EL CASO DEL MOSQUITO ADORMILADO

una aventura de PERRY MASON

ERLE STANLEY GARDNER

El arsénico y un certero disparo dan comienzo al drama.

El escenario lo constituyen unas minas de oro en las que halla incentivo la ambición humana.

Y el personaje misterioso es un mosquito que parece tener sueño.

¿Quién mató? ¿El envenenador o el que hizo el disparo?

Un nuevo caso para el abogado Perry Mason.



Erle Stanley Gardner

El caso del mosquito adormilado

Perry Mason - 23

ePub r1.0
Titivillus 16.09.2017

Título original: *The Case of the Drowsy Mosquito*
Erle Stanley Gardner, 1943
Traducción: Fernando González
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



1

El sol bañaba las calles de la ciudad, filtrándose por la ventana de la oficina, de modo que la sombra del letrero en el que se leía: «Perry Mason, abogado» se proyectaba invertida sobre el lugar en que los rayos del sol derramábanse en la maciza mesa, cubierta de libros de leyes.

Era el suave sol californiano, que aún tenía la floreciente lozanía de la primavera. Aquel mismo sol, avanzada ya la estación, sería tan abrasador que resecaría los campos hasta darles un color castaño oscuro, absorbiendo toda la humedad del aire y dejando el cielo sin una nube, parecido al que se cernía sobre el desierto, a ciento cincuenta millas al Este. No obstante, era ahora una dorada bendición.

Ante la mesa, Della Street sostenía una estilográfica sobre las páginas de un cuaderno de taquigrafía. Mason, con un rimero de correspondencia ante sí, hojeaba las cartas, arrojando unas al cesto de los papeles y entregando otras a Della, intercaladas con breves comentarios. Solamente en casos de gran importancia dictaba Mason la redacción íntegra de su respuesta.

El primero en cuestión representaba la correspondencia acumulada durante tres meses. Mason odiaba el tener que contestar una carta, y sólo se decidía a hacerlo cuando la pila adquiría proporciones amenazadoras, a pesar del diario ajetreo de los dedos de Della Street. Abrióse bruscamente la puerta de la oficina exterior, y la telefonista dijo:

—Le aguardan dos clientes, señor Mason. Parecen ansiosos por verle.

Mason la miró reprobadoramente.

—Gertie —dijo—, un sol acariciador parece invitarnos desde un

límpido cielo. Un cliente, propietario de una gran hacienda, acaba de pedirme que inspeccione una linde en litigio. La hacienda mide veinticinco mil acres, y acabo de preguntarle a Della si le gustaría dar conmigo un paseo a caballo sobre ondulantes praderas. ¡Piénselo, Gertie! Acres de verde hierba, robles de robustos troncos y ramaje frondoso. Al fondo, lomas pobladas de artemisas, cardos y chaparros, y, tras ellas, nevados picos que se destacan sobre un cielo azul… Gertie, ¿sabe usted montar a caballo?

La joven sonrió.

—No, señor Mason —repuso—. No siento mucha simpatía por los caballos. El campo es encantador en las noches de luna, pero, no siendo así, prefiero la buena comida y las comodidades. La idea que tengo de un día perfecto es la siguiente: dormir hasta mediodía y tomar en la cama café con tostadas y tocino, y, en ocasiones, un plato de rojas fresas bañadas en crema espesa, que disuelve el azúcar cuando una lo vierte encima. Por lo tanto, tenga la bondad de no tentarme con los bandazos de ese cacharro de Ford que es un caballo de tiro. Yo acortaría su vida y le estropearía la línea, y él, en compensación, me destrozaría el tipo.

—¡Oh, Gertie! Es usted desesperante. Como peón de una hacienda sería un verdadero fracaso pero ¿cómo se conduciría en calidad de energúmeno expulsando de mi despacho a los clientes importunos? Dígales que me hallo muy ocupado; dígales que tengo una cita importante…, una cita con un caballo.

—No permitirán que se los expulse. Son tenaces.

—¿Cómo son? —preguntó Mason, contemplando con expresión calculadora el reloj eléctrico del despacho.

—Uno de ellos —repuso Gertie— es la encarnación de una próspera madurez. Parece banquero o senador. El otro es… Bueno, el otro es un vagabundo… pero un vagabundo dignamente altivo.

—¿Sabe usted lo que desean?

—Uno de ellos dice que viene a causa de un accidente de automóvil, y el otro quiere verle por un asunto de leyes corporativas.

—Bueno —dijo Mason—, eso lo arreglaré fácilmente. El vagabundo tiene derecho a que se le haga justicia, y quizá encuentre dificultades para lograrlo. Lo recibiré. Respecto al banquero, con sus leyes corporativas, puede ir a ver otro abogado.

¡Que me aspen si no…!

—El vagabundo es el que quiere verle por la cuestión de las leyes corporativas —dijo Gertie.

—¡Gertie, es usted desesperante! —exclamó Mason suspirando —. Su mente está abarrotada de rojas fresas rociadas de crema, café caliente y sueños angelicales. ¡Un vagabundo viene a consultarme sobre leyes corporativas, y usted lo trata como si fuera un asunto de pura rutina! Della, salga usted y écheme al banquero. Trate al vagabundo como si fuera un huésped de honor. Dejaremos para mañana nuestro paseo a caballo.

Della Street siguió a Gertie a la sala de visita, regresando al cabo de cinco minutos.

—¿Y bien? —preguntó Mason.

—No es un vagabundo.

—¡Oh! —exclamó Mason desilusionado.

—No acierto a comprenderlo —dijo Della—. No viste de un modo harapiento, pero se nota que sus ropas están raídas y quemadas por el sol. Imagino que es un hombre que ha vivido mucho tiempo al aire libre, llevado por algún propósito perfectamente definido. Es taciturno y receloso. Se niega a decirme nada del asunto que le trae aquí.

—¡Pues que se enfade y se largue! —exclamó Mason irritado.

—¡Oh, no hará nada de eso, jefe! Espera con la paciencia de… un asno. ¡Ya sé, jefe! Debe de ser un minero, un cateador, un buscador de oro. ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta antes? ¡Si lleva marcado el sello del desierto, esa paciencia adquirida arreando burros! Vino a verle, «y le verá»… Hoy, mañana o el próximo año… Alguien le dijo que viera a Perry Mason, ¡y verá a Perry Mason!

Los ojos del abogado relampaguearon.

—Hágalo pasar, Della. ¿Cómo se apellida?

—Bowers. No me dio su nombre ni sus iniciales.

—¡Magnífico! Echémosle una ojeada, Della.

La joven sonrió con aire de suficiencia.

De pie en el umbral, Bowers examinó a Mason con expresión escrutadora en la que se reflejaba cierta ansiedad. No era cortés ni afable. En torno suyo parecía flotar un aire de sencilla y noble dignidad. La vieja camisa de trabajo estaba inmaculadamente

limpia, aunque había sido lavada tan frecuentemente que el cuello, estaba deshilachado. La cazadora de cuero era, sin duda, de piel de ante, y ésta sí que no parecía limpia. El largo uso había depositado en ella varias capas de polvo, que le habían dado cierto brillo, como el barniz con que se recubren algunos cacharros de alfarería. Su mono estaba lleno de remiendos y descolorido, pero limpio. Las botas habían adquirido un tono oscuro procedente sin duda de interminables y afanosas caminatas. El aludo sombrero había soportado muchos años de continuado uso. El sudor había dejado indelebles manchas alrededor de la cinta, y el borde había sido doblado en un característico sesgo.

El rostro de aquel hombre dominaba el singular atavío. Tras él, un alma sencilla y sin ambiciones se asomaba a un mundo que le era extraño. Sin embargo, sus ojos no reflejaban el menor asombro. Por el contrario, eran duros, resueltos, llenos de aplomo.

—Buenos días —dijo Mason—. ¿Se llama usted Bowers?

—Así es. ¿Es usted Mason?

—Sí.

Bowers cruzó el despacho, se sentó ante el abogado y miró a Della.

—Bien —dijo Mason—. Es mi secretaria. Toma notas sobre mis casos. No tengo secretos para ella. Puede usted confiar en su discreción.

Bowers oprimió el ala del sombrero entre sus bronceados dedos, apoyó los codos en las rodillas y balanceó el sombrero.

—Adelante, señor Bowers. Dígame sus dificultades.

—Si no le importa, Llámeme Salty[1] . No me gusta ese «señor».

—¿Y por qué Salty? —preguntó Mason.

—Bueno, yo solía andar por las salinas del Valle de la Muerte, y la gente me dio ese apodo. Eso ocurrió cuando yo era mucho más joven, antes de que me asociara con Banning.

—¿Quién es Banning?

—Banning Clarke, mi socio —repuso Salty con sencillez.

—¿Un socio minero?

—Exactamente.

—¿Y tuvo usted algún conflicto con él a causa de alguna mina? —inquirió Mason.

—¿Un conflicto con él?

—Sí.

—¡Caramba! —exclamó Salty—. Ya le dije que era socio mío. No se tienen conflictos con un socio.

—Comprendo.

—Yo le protejo. Es una Compañía de estafadores… con un presidente estafador…

—Bien, continúe y cuéntemelo todo —le invitó Mason.

Salty movió la cabeza. Mason le contempló con curiosidad.

—Quiero que me entienda —dijo Salty—. Yo no soy tan listo como Banning. Él es un hombre educado. Puede contárselo mejor que yo.

—Bien —dijo Mason nerviosamente—. Concertaré una cita con él para…

—No puede venir —le interrumpió Salty—. Por eso he tenido que hacerlo yo.

—¿Por qué no puede venir?

—El doctor lo tiene allá atado.

—¿A la cama?

—No, no a la cama. Pero no puede subir escaleras, ni viajar. Ha de permanecer en casa.

—¿Tal vez el corazón?

—Eso es. Banning cometió el error de vivir bajo techado. Un hombre que tiene la costumbre de vivir a la intemperie no puede meterse bajo techo. Intenté decírselo antes de que se casase, pero su esposa tenía manías de grandeza. Cuando Banning se hizo rico (tan rico como un pachá), a ella se le metió en la sesera que él tenía que llevar la vida de un potentado. Bueno, no quiero hablar de ella. Ya ha muerto. Lo que deseo decirle es que un hombre del desierto no puede meterse en casa.

—Bien —dijo Mason suavemente—, creo que iré a ver a Banning.

—¿A qué distancia se encuentra su casa desde aquí? —preguntó Della, acometida por súbita inspiración.

—A cien millas —repuso Salty con displicencia.

Los ojos de Mason relampaguearon.

—Ponga un cuaderno de notas en la cartera, Della —dijo—. Vamos a ver a Banning. Empiezo a sentir interés por el minero que se instaló en una casa.

—Ahora ya no vive bajo techo —dijo Salty apresuradamente—. Yo se lo arreglé todo en cuanto llegué.

—Creí que había dicho usted que sí, amigo mío —exclamó Mason.

—No, señor. Los médicos dijeron que no podía abandonar la casa, pero ya no vive bajo techo.

—¿Y dónde está, pues? —inquirió el abogado.

—Tendré que enseñárselo. Tardaría mucho tiempo en explicárselo, y cuando lo hubiese hecho ustedes no me creerían.

2

A treinta millas por hora, Perry Mason giró a la derecha en los límites urbanos de San Roberto, tras el maltrecho y despintado «cacharro» modelo 1930 que Salty Bowers conducía lentamente.

El primer coche viró bruscamente y comenzó a subir.

—Es como si fuésemos a dar un paseo por el aristocrático barrio residencial —dijo Della Street.

Mason asintió, apartando los ojos de la carretera el tiempo justo para echar una ojeada al océano que se extendía a sus pies, un mar azul límpido, con franjas de soñolienta espuma y una orilla de relucientes arenas blanquecinas que hacían resaltar el bosque de palmeras.

La carretera bordeaba la cima de las asoleadas colinas, sobre la que se hallaban diseminadas opulentas casas señoriales. Abajo, en un pequeño anfiteatro, a menos de una milla de distancia, Mason veía la cegadora blancura de la villa de San Roberto.

—¿Por qué cree usted que nos trae hasta aquí? —preguntó Della Street—. Es imposible que… —Calló de pronto. El destartalado coche que iba delante, resoplando y dando bandazos y tumbos, pero sin cesar de avanzar con perruna eficacia, acababa de girar bruscamente y detenerse junto a un muro blanqueado.

Mason sonrió.

—¡Válgame Dios, Della! ¡Vive aquí! ¡Está abriendo el portón!

Della Street observaba al minero, que descorría el cerrojo de un enorme portón que lucía artísticos herrajes.

Salty Bowers volvió al coche y lo hizo atravesar, resoplando, el portón. Mason le siguió.

El lugar, situado en una zona en que los terrenos se valoraban por pulgadas, tenía por lo menos seis acres de extensión. El gran

caserón de estilo español, encalado y con tejas rojas, había sido íntegramente planeado conforme a sus aledaños. Se apoyaba en el empinado terreno como si hubiera instalado cómodamente para contemplar el paisaje. Los peldaños en que se dividía el terreno habían sido tan hábilmente distribuidos que parecía como si la Naturaleza los hubiese realizado, y la mano del hombre sólo les hubiera añadido algún detalle, como un romántico sendero, unos bancos de piedra o un acuario.

El alto muro rodeaba la finca dándole un aspecto de misteriosa reserva, y en el rincón más alejado destacábanse las extrañas formas de la vegetación del desierto: cactos comunes e incluso los pelados brazos de un cacto palmífero.

Della Street se quedó boquiabierta ante la escena que se desarrollaba delante de ellos como una visión de espléndidos azules, blancos deslumbrantes y tranquilizadores verdes.

—¿Es ésta la casa de Banning Clarke? —le preguntó Mason a Salty, cuando se acercó a su coche.

—Sí, ésta es.

—Una espléndida casa.

—Él no vive aquí.

—Creí que había dicho usted que sí.

—Pues no es así.

—Perdone. Tal vez no le haya comprendido. Le pregunté si era ésta su casa.

—Sí, ésta es su casa, pero no vive en ella. Yo le saqué de aquí. Acampamos entre los cactos. ¿Ve, allá a lo lejos, esa nubecita de humo? Por lo visto, está cocinando algo. Ya le dije que, al meterse bajo techo, se agotaron sus energías. Por lo tanto, le saqué de aquí. Aún se encuentra muy débil para deambular por el desierto. El doctor dice que ni siquiera puede subir escaleras. Voy a devolverle su vigor primitivo. Ahora se encuentra mejor que la semana pasada… y la semana pasada mejor que el último mes.

—¿Comen y duermen ustedes a la intemperie?

—Exacto.

—Entonces, ¿quién vive en la casa?

—Alguien.

—¿Quién?

—Dejaré que Banning se lo cuente todo. Vamos, vamos a verlo.

Bajaron por una senda hacia el árido rincón en que crecía una plantación de cactos. Espinosos cactos piriformes crecían en amenazadores macizos. Los cactos «chollas» parecían delicados y sedeños. Sólo un conocedor del desierto podía darse cuenta de la temible dimensión de aquellas púas o del peligro que envolvía la bolita del espinoso ramaje que se desprendía de la planta madre. Había también cactos sin espinas, que se elevaban a una altura de diez pies, formando así una cortina, protectora y preservando del viento al resto del jardín.

Un muro de seis pies de alto, construido de piedras multicolores, rodeaba el jardín de cactos.

—Está hecho con rocas del desierto —explicó Salty—. Banning hizo ese muro a ratos perdidos, antes de que el corazón empezase a fallarle. Yo transporté las rocas.

Mason contempló las piedras de colores.

—¿Han colocado por separado las rocas de cada mina? —inquirió.

—No. Las trajimos y las arrojamos ahí. Son sencillas rocas de color. Banning las asentó.

El camino serpenteaba bordeando los macizos de cactos, dando la impresión de adentrarse en el mismo desierto.

En un pequeño claro entre los cactos ardía una diminuta fogata sobre una roca, en la cual se habían colocado dos barrotes de hierro. Encima de estos hierros, un perol de una materia que imitaba el ágata, ennegrecido por el fuego, lanzaba nubecillas de vapor al levantarse a intervalos la tapa impulsada por las sacudidas del hirviente contenido.

Junto al fuego, en cuclillas, vigilando las llamas absortamente, se hallaba un hombre de unos cincuenta y cinco años. A pesar de ser flaco, parecía fofo. Bajo los ojos tenía unas grandes bolsas de piel, que le caían también sobre las mejillas y las quijadas. Estando en reposo, los labios parecían laxos y de un color azulado. Solamente el acerado impacto de su mirada, comprendieron éstos que, si el cuerpo de aquel hombre se había debilitado, su alma era dura como el acero.

Al levantarse, una sonrisa iluminó su rostro. Su sombrero gris de *cowboy* describió un amplio círculo al saludar.

Salty Bowers dijo lacónicamente:

—Éste es. —Y añadió poco después—: La joven es la secretaria. Vigilaré los garbanzos.

Luego se aproximó al fuego y se puso en cuclillas, sentado sobre los latones como si pudiera permanecer cómodamente en esta posición durante muchas horas. Su actitud era la de un hombre que ha cumplido con su deber.

Mason estrechó la mano a Banning.

—Llegan ustedes a tiempo para comer un bocado… siempre que puedan ingerir la sencilla comida de un minero —dijo Banning, mirando a Della de soslayo.

—¡Con mucho gusto! —exclamó la joven.

—No hay sillas, pero no es preciso asegurarse de que no hay una víbora en el sitio en que uno va a tomar asiento. ¡Siéntense, y asunto terminado!

—Veo que han formado ustedes aquí un pequeño desierto —dijo Mason para iniciar una conversación.

—¡Bah! Aún no lo ha visto todo. ¿Quieren echar un vistazo a mi pequeño dominio antes de sentarse?

Mason asintió, y Clarke los guió en torno a un ancho macizo de cactos hasta otro claro cercado también de cactos. Hallábanse allí dos burros con las cabezas inclinadas y tiesas las largas orejas. En el suelo veíanse un par de raídas albardas junto a una pila de cajas de embalaje, cuerdas, lonas, palas, picos y cazuelas de mineros.

—Sin duda alguna —dijo Mason—, no usan ustedes aquí nada de eso.

—Pues yo diría que sí y que no —repuso Clarke—. El equipo es de Salty. Se sentiría desgraciado alejado de sus burros, y creo que éstos no son felices lejos de él. Y no sé por qué, pero uno se siente mejor cuando lo despiertan los rebuznos de un burro que cuando duerme cuanto le apetece… Ahora, miren hacia allí, a la vuelta del camino. Ahí tenemos… —Banning cesó bruscamente de hablar, se volvió en redondo y, en un susurro, añadió precipitadamente—: No lo diga nunca delante de Salty, pero le han tendido una trampa… ¡Una mujer! De casarse con Salty, esa mujer viviría a su lado un par de meses, entablaría luego demanda de divorcio y se apoderaría de sus acciones, o las dejaría sin efecto a causa de la demanda. Salty es muy leal. Hará cuanto yo le pida. Le dije que deseaba que invirtiera sus acciones junto con las mías, en cierta compañía minera. En

cuanto ella descubra que no puede disponer de las acciones, no se casará con él. Salty no sabe por qué hago todo esto. No comprende qué hay detrás, pero en cuanto esa mujer se aperciba de que las acciones están «amarradas» de tal forma que ella no pueda hincarles el diente, se negará a casarse con él aunque la maten. No le diga nada de esto a Salty. —Luego Clarke alzó la voz y añadió—: Y éste es nuestro pequeño dormitorio.

Y señaló otro pequeño claro, en el que se veían dos mantas extendidas a la sombra de un enorme cacto.

—Algún día me iré de aquí para trasladarme al verdadero desierto. No será hoy, ni mañana, ni la semana que viene, pero estoy deseando ir al desierto. No sé si sabría explicarme de modo que me entendieran ustedes.

—Salty nos dio una explicación muy aceptable —dijo Mason.

—Salty no es gran cosa dándole a la lengua.

—No obstante, se defiende bastante bien transmitiendo y esbozando ideas —observó Mason.

—¿Oyeron hablar alguna vez de la «Mina de las Piernas de Louie»? —preguntó Clarke de pronto.

—No. ¿La «Mina de las Piernas de Louie»? ¡Hum! Extraño nombre, ¿verdad?

—Es el de ese burro que se ve allí. Bautizamos a la mina del mismo modo. ¡Un buen filón! Salty le vendió su parte a un sindicato, por la que recibió cincuenta mil dólares, que no tardó en derrochar. Pocos meses después despertó una mañana más limpio que una patena.

—¡Pobrecillo! —exclamó Della con simpatía.

Al mirarla, los ojos de Banning tenían un brillo juguetón.

—Hizo lo que tenía que hacer —dijo—. Yo hubiera hecho exactamente lo mismo de hallarme en su caso.

Mason rió entre dientes.

—Nosotros —continuó Clarke—, tenemos un extraño punto de vista en lo que respecta al dinero. Este no vale nada si uno no se lo gasta en algo. Y con el dinero no se puede adquirir nada mejor que la vida de un minero. En el subconsciente de éste hay algo que le induce a darse cuenta de ello. Por eso tantos mineros tratan de librarse de su dinero y lo antes que pueden. En cambio, yo me aferré al mío, y ese fue mi error.

—Continúe —le apremió Mason—. Empieza usted a decir cosas muy interesantes.

—Yo seguí sintiendo interés por la mina —dijo Clarke—. Debí haberlo mandado al demonio. La mina se hacía más rica a medida que profundizábamos en ella. El sindicato que adquirió la parte de Salty intentó eliminarme. Fuimos a los tribunales. Entonces murió uno de los miembros del sindicato, y yo compré sus acciones. Esto me dio el dominio de la empresa. Luego logré otras participaciones. Un día llamé a Salty y le dije que había adquirido sus acciones, que le daría algunas y que retendría el resto como depósito. Estuvo a punto de llorar de agradecimiento. Vivió un mes a mi lado, y todo marchó a las mil maravillas. Luego salió en busca de aventuras, y regresó totalmente arruinado. Esta vez se sentía el pobre tan avergonzado que no se atrevía a mirarme a la cara. Luego desapareció en el desierto.

»Después vi la oportunidad de conseguir más dinero. Fundé el "Come-Bank Mining Syndicate", y comencé a comprar minas viejas, a ponerlas de nuevo en marcha y a rehabilitar sus antiguos filones. Era una vida bien ajetreada. Mi mujer tenía aspiraciones sociales. Cuando me di cuenta, me hallé viviendo en un caserón, asistiendo a reuniones que me tenían sin cuidado y comiendo platos pesados y llenos de complicaciones. Bueno, ¿qué necesidad hay de recordar todo esto?

»Toda mi vida había sido un hombre osado, pero siempre salí con bien en cuantos asuntos intervine. Mi mujer me censuraba los arriesgados negocios que emprendía, y por eso coloqué virtualmente todas mis propiedades a su nombre. Luego quise ir en busca de mi amigo Salty y volver al desierto. El simple hecho de que tal cosa me pasara por la mente hería a mi esposa. Por aquel tiempo no se encontraba muy bien. Por lo tanto, no me fui. Pero ella murió. En su testamento dejaba todas sus propiedades a su madre, Lillian Bradisson, y a su hermano, James Bradisson. No creo que sospechase el resultado de tal testamento. Me imaginaba rico. No comprendía que, siendo las acciones un regalo, me había dejado sin un céntimo. Llevé el asunto a los tribunales, protestando de que las acciones eran, realmente, propiedad común, puestas a nombre de mi mujer solamente como protección.

—¿Y quiere usted que le represente en este caso? —dijo Mason,

con evidente falta de entusiasmo.

—No —repuso entonces Clarke—. El asunto pudo arreglarse perfectamente. El juez insinuó que sería conveniente suspender la causa y dividir las acciones. Así lo hicimos. El pleito provocó algunas diferencias. Jim Bradisson, mi cuñado, se imagina un genio de los negocios. Nunca llegó a nada, pero no cesa de repetir que le persigue la mala suerte. Mi mujer era mucho más joven que yo. Jim sólo tiene treinta y cinco años, y es un tipo vanidoso y seguro de sí mismo. Usted debe de conocer a esta clase de gente.

Mason asintió.

—La muerte de mi mujer, la vida que llevaba y, por último, el pleito de que le he hablado, que venía a rematar todas mis desgracias, fueron demasiado para mí. Mi salud se resintió. El corazón empezó a fallar y mis nervios quedaron destrozados. Salty se enteró de que estaba muy enfermo y vino a verme. Luego ocurrió algo muy singular. Se descubrió que las acciones de Salty, que yo había retenido como depósito, representaban el dominio de la compañía.

»Salty se impresionó mucho al verme tan enfermo. Comenzó a hacerme reaccionar, y creo que lo está consiguiendo. Le entregué las acciones a efectos del voto. Entre ambos impedimos que Jim Bradisson se revolviera como un toro furioso. Y entonces tuvo Salty la inoportunidad de enamorarse. ¡Demonios! Creo que la señora Bradisson lo planeó todo. Salty se va a casar, y su mujer le hincará el diente a las acciones, tan seguro como de que estamos aquí. Deseo que redacte usted un convenio y…

Se interrumpió de súbito. El golpear de un cucharón contra el fondo de una sartén anunciaba que Salty tenía preparada la comida.

—Voy a hacer que Salty firme un convenio según el cual sus acciones votarán con las mías —añadió Clarke rápidamente, cuando el ruido se extinguió—. Deseaba que supiera usted por qué hacía todo esto, evitándome así muchas preguntas embarazosas. Si Salty llega a saber que no tengo la menor confianza en la mujer con la que va a contraer matrimonio, se sentirá dolido.

—Comprendo —dijo Mason—. ¿Es eso todo lo que usted desea?

—No. Hay otro asunto, pero de él puedo hablar delante de Salty.

—¿De qué se trata?

—Un caso de estafa. Deseaba contratar sus servicios para

representar al demandado. Va a perder el pleito. No tiene nada en que basarse.

—¿Quién es el demandante?

—La corporación.

—Un momento —dijo Mason—. ¿Trata usted de contratar mis servicios para tener las riendas de ambos extremos del asunto y…?

—No, no. No me interprete mal —repuso Clarke—. Gane el pleito si puede, pero no podrá. Considérelo perdido antes de comenzar.

—Entonces, ¿para qué ir al juez?

Por un instante, Clarke pareció a punto de confiarle todos sus secretos. Pero volvió a oírse el golpeteo de la sartén, y el vozarrón de Salty dijo:

—¡Vamos! ¡Vengan pronto, o tiraré la comida!

—No puedo detallarle todas las ramificaciones del caso —dijo Clarke bruscamente.

—Y yo no creo que vaya a ocuparme de este asunto —repuso Mason.

Clarke sonrió.

—Bueno —dijo—, de todas formas, podremos comer y charlar del asunto. Creo que se encargará usted de él cuando esté más enterado. Y al cabo de cierto tiempo habrá otra cuestión, un misterio que tendrá que solucionar. Mientras tanto, Jim Bradisson compra a Hayward Small minas por docenas, y creo que este es un asunto que huele mal. Pero dejemos esto ahora y vayamos a comer.

3

Se sentaron alrededor del fuego, sobre el que hervía en aquel momento un caldero de agua para fregar los platos. Moviéndose con cierta desgarbada eficiencia, Salty parecía hacerlo todo sin aparente esfuerzo. Para comer había alubias excelentemente preparadas; tasajo de venado con tomates, zanahorias y pimiento; tortilla fría, un espeso jarabe y grandes tazas de té caliente.

Banning Clarke comió con gran apetito, rebañando el plato y dándoselo a Salty para que le sirviera por segunda vez.

Los ojos de Salty brillaron al decir:

—Hace un par de meses no podía comer.

—Es cierto —repuso Clarke—. El corazón comenzó a andar mal, empeorando a cada instante. Los médicos me obligaban a tomar medicamentos y a permanecer absolutamente quieto. Al fin me metieron en la cama. En esto apareció Salty y estableció su propio diagnóstico. Dijo que tenía que volver a vivir al aire libre. Pero Salty montó aquí este pequeño campamento y me trasladó a él. He estado comiendo y durmiendo a la intemperie, ingiriendo la clase de alimentos a que estaba habituado, y ahora noto que cada día mejoro.

—El músculo del corazón es un músculo como otro cualquiera —aseguró Salty categóricamente—. Si uno lleva una vida blanda, todos los músculos se vuelven blandos. Lo principal es aire puro y sol. Sin embargo, confieso que este aire de aquí me deprime un poco. No se parece al del desierto. Es bueno, pero cuando la niebla se levanta del mar…, ¡uf! —Y Salty se estremeció al recordar la brisa marina.

—No tardaremos mucho en marcharnos de aquí —prometió Clarke—. La señorita Street trajo su máquina de escribir portátil,

Salty. Por lo tanto, Mason podría dictarle el pacto que ligará nuestras acciones. Nosotros lo firmaremos, y asunto terminado. Así, el señor Mason no tendrá que hacer otro viaje.

—De acuerdo.

—¿Y el pleito por estafa? —inquirió Mason.

—Tendré que contarle algo más sobre mi situación aquí para que se forme una idea. Vive en la casa una enfermera que no me pierde de vista. Se llama Velma Starler. Tengo también un ama de llaves excéntrica, llamada Nell Sims. En Mojave regentaba un restaurante donde Salty y yo acostumbrábamos a comer cuando nos hallábamos por aquella zona. Cuando mi mujer murió, se trasladó aquí.

—¿Existe tal vez un vínculo de afecto? —preguntó Mason.

Clarke se echó a reír y repuso:

—De ninguna manera. Nell está casada y tiene una hija de su matrimonio anterior, una chica de unos veinte años. Es, sin duda, un tipo extraordinario. Su esposo, Pete Sims es tan extraordinario como ella: «cargador» de minas, mentiroso, borracho y vago. Hayward Small, corredor de minas, que estuvo estudiando cuestiones de sicología y del poder de sugestión mental, le habló a Pete, hace aproximadamente un año, del fenómeno de la doble personalidad… Desde entonces, Pete tiene una personalidad secundaria. Es ridículo, pero el sujeto parece sincero. Pretende que Small le pidió autorización para utilizarlo en ciertos experimentos de hipnotismo, y que en cuanto quedó hipnotizado hizo su aparición esa personalidad secundaria. Lo más absurdo del caso es que Pete no tiene una idea muy sólida de dicho fenómeno para hacer medianamente plausibles sus ridículos embustes. Continúa emborrachándose y mintiendo, y de todo ello culpa a esa personalidad secundaria, a ese misterioso ente al que Pete llama «Bob»…

—Una cómoda abstracción… para Pete —dijo Mason.

—Sin duda.

—¿Y le cree alguien?

—Si no me equivoco, su esposa, algunas veces. Nunca se sabe a ciencia cierta lo que Nell cree o deja de creer… Posee una filosofía particular y es dada a confundir proverbios. La gente solía acudir a su restaurante por oírla enristrar un proverbio tras otro. Es

asombrosa intercalando entre ellos breves y cáusticos comentarios. Pero ya la conocerá usted.

—¿Viven todos en la casa?

—Sí.

—¿Incluso la señora Bradisson y su hijo?

—Así es.

—¿Y nadie más?

—Sí. Ese Hayward Small del que le hablé. Es corredor de minas. Creo que si pudiésemos averiguar las relaciones que existen entre Bradisson y Small, tendríamos algo concreto.

—¿En qué sentido?

—Desde que enfermé, Bradisson se convirtió en presidente de la Compañía. Esta gasta grandes sumas en la adquisición de nuevas minas. Casi todas las ventas se tramitan por intermedio de Hayward. Aparentemente, todo es, desde luego, correcto, pero sospecho que Bradisson recibe alguna comisión de Small. No obstante, no he podido demostrar nada aún.

—¿Y ese pleito por estafa?

Clarke rió entre dientes.

—Nell Sims poseía varias minas, de las que se había incautado en concepto de cuentas de hospedaje impagadas. Todos las creían prácticamente inútiles. Y lo son en verdad. Pete Sims le vendió las minas a la Compañía. Forman el grupo denominado «Shooting Star». Engañó a Jim Bradisson al vendérselas. La Compañía alega que Pete «cargó» las minas con muestras de mineral aurífero, dándoles así un valor ficticio.

—¿Pueden demostrar eso? —preguntó Mason.

—Temo que puedan demostrarlo todo. Sin embargo, deseo que defienda el caso de la señora Sims. Y quiero que todos sepan que contraté sus servicios para eso.

—¿Y espera usted que lo pierda?

—Tengo la absoluta seguridad de que así será. Cuando Pete, en uno de sus ocasionales regresos al hogar, apareció por aquí y descubrió que Nell se hallaba en una casa en la que había un ser bondadoso con dinero para invertir en minas, la tentación fue superior a sus fuerzas. Inmediatamente llevó a Bradisson a los lavaderos. Pete es un individuo de aspecto inocentón, pero suele enredar al más pintado. Es un mentiroso impenitente y un bribón de

siete suelas, que admite voluntariamente sus líos, pero echándole la culpa de todo a su segunda personalidad, a ese «Bob» sin escrúpulos que suele cargar con todo con demasiada frecuencia.

—Y ¿por qué desea usted que se sepa que contrató mis servicios para defender el pleito? —preguntó entonces Mason.

—Eso es algo que yo no puedo decirle —murmuró Clarke—. Yo… ¡Mirad! Ahí viene la señorita Starler.

Mason se volvió, fijando los ojos en la mujer que, contoneándose, avanzaba por el arenoso camino. Según juzgó Mason, era una mujer de algo más de treinta años, de rizados cabellos que lanzaban destellos dorados a la luz del sol, ojos de color pizarra que parecían muy poco soñadores y boca fácil a la sonrisa.

Clarke murmuró precipitadamente:

—El médico dice que es demasiado eficiente para que se dedique a trabajos generales. Prefiere que se especialice en casos crónicos para… ¡Ah! Ha decidido usted venir a vigilarme, ¿no es así? Venga a conocer a estos amigos.

Clarke los presentó a todos.

—Recuerde que tiene que tumbarse media hora después de las comidas —dijo Velma Starler—. Tiéndase a la sombra y repose. —Y, volviéndose a Mason, añadió sonriendo—: Es un enfermo imposible. Después que Salty ha vuelto, me da mucho trabajo lograr que se porte bien.

—Hoy tengo algo que hacer, Velma —dijo Clarke—. Terminaré en media hora. Entonces descansaré.

Velma frunció ligeramente el ceño.

—Le prometí al doctor Kenward que le haría descansar todos los días. Además —añadió—, Nell Sims quiere saber si va usted a entrar para comer un poco de comida «civilizada».

—¡Comida civilizada! —exclamó Salty—. ¡Lechuga y otras verduras por el estilo! ¡Bah! No está acostumbrado a esas cosas. Se ha habituado a comidas sencillas y sanas, ¡y por eso reacciona en la forma en que lo hace!

Velma rió fácil y espontáneamente. Su risa era contagiosa. En la tensión nerviosa que se había manifestado en Banning Clarke al relatar sus dificultades económicas, se percibía el influjo de su suave y bondadosa afabilidad.

—Lo malo de ustedes —dijo ella—, es que fueron socios demasiado tiempo. El señor Clarke cree que está bien todo lo que Salty cocina. Nell Sims tiene razón cuando dice que el hombre tiene el estómago en el corazón.

—Es una nueva forma de decir un viejo proverbio —dijo Mason sonriendo.

—¡Espere a conocer a Nell Sims! —repuso la enfermera—. Tiene muchas cosas por el estilo. Bueno, voy a casa. Me alegro de haberlos conocido, y espero que solucione las cosas de forma que el señor Clarke no vuelva a tener que ocuparse de ellas. —Y la mirada que lanzó la enfermera al abogado fue significativa.

—Lo intentaremos —contestó Mason.

—Iré a buscar al coche la máquina portátil y… —dijo Della.

—Yo se la traeré —dijo Salty—. Sé dónde está. Vi dónde la ponía.

—Bien, me marcho —dijo Velma—. Yo… ¡Oh, ahí viene Nell Sims con su jugo de frutas! —Volviéndose jocosamente hacia Mason, añadió—: Por lo visto, hay tres personas encargadas de la salud del señor Clarke. El doctor Kenward intenta prescribirle un régimen equilibrado; Nell opina que lo que le conviene al señor Clarke son frutas y ensaladas, y Salty afirma que lo que necesita es lo que él llama alimentos sencillos.

La mujer que se aproximaba a ellos, llevando en la mano una bandeja con un vaso de jugo de tomate, se detuvo de pronto.

—Está bien, Nell —dijo Banning—. Esta es la señorita Street, y éste el señor Mason, Perry Mason, el conocido abogado. Va a representarla en ese caso por estafa.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí.

—¿Y quién le pagará?

—Yo.

—¿Cuánto pide?

—Eso no importa.

—¿Qué hay? —dijo la mujer, dirigiéndose únicamente a Mason y a Della—. Yo no le pagaré un céntimo. Fue mi marido quien vendió la mina, no yo.

Nell Sims era una mujer recia, de unos cincuenta años, de espaldas vencidas por el duro quehacer, competente y activa, que

nunca había rehuido el trabajo. Sus ojos, negros e inescrutables, brillaban bajo unas cejas negras, observando el mundo sobre unas gruesas bolsas. Pero daba una impresión de fuerza y de eficiencia.

—Nell se empeña en que la comida del campamento no me proporciona las vitaminas necesarias —dijo Clarke—. Me persigue constantemente con su dichoso jugo de frutas.

—Es preferible tomar jugo de frutas que recibir la visita del médico —dijo Nell—. No me cansaré de repetirle que es mejor curarse en salud. Si desean ustedes comer, tengo en casa algunos platos excelentes.

—Muchas gracias, pero acabamos de almorzar —dijo Mason.

Nell Sims observó los platos vacíos apilados en la arena, e hizo una mueca de desdén.

—Ese Salty va a ser la causa de su muerte —dijo volviéndose hacia Banning—. «Guiso de ptomaínas», acostumbraban a llamar los muchachos a las cosas que cocinaba cuando estaba en la «Desert Mesa Mine». Le conozco hace más de treinta y cinco años. Jamás en su vida…

Salty rodeó el macizo de cactos gigantes llevando la cartera y la máquina portátil de Della.

—¿Qué dice usted de mí? —murmuró.

—¡Condenados cactos! —exclamó Nell con irritación—. No es posible ver nada tras ellos, y así no se puede vivir en privado. ¡Diablos! Ni siquiera se puede hablar de una persona sin que ésta aguce el oído sorprendiendo la conversación. Bueno, eso le está bien empleado, Salty. ¿No dicen que el que huele lo que guisan se chamusca las narices?

Salty sonrió socarronamente.

—Celos profesionales —dijo dirigiéndose a Mason.

—¡Celos! —exclamó Nell—. Eso que usted cocina mataría a un mulo.

—Siempre me ha gustado mucho.

—¡Eso es! Pero acostumbraba a rondar por mi restaurante para poder comer algo decente, Salty. Lo peor que a usted le ocurre, amigo mío, es que no tiene ningún conocimiento científico. Ignora todo lo referente a las vitaminas, y lo cocina todo con grasa. Comer tales cosas es como cargar el sistema digestivo con una cantidad igual de veneno. ¡Lento, pero seguro!

Salty sonrió y dejó que la mujer se calmase.

—Nell ha descargado su pecho contándole lo que ella cree una verdad como un templo —dijo Clarke—. Pero siente afecto por Salty, ¿verdad, Nell?

—¡Claro, estoy loca por él! —repuso Nell sarcásticamente—. En su especialidad no tiene rival… ¡Si es como el papel de lija! Como cocinero, creo que es uno de los mejores envenenadores del oficio. Bien, deme ese vaso vacío, que me marcho. ¿No quiere que les lleve esos platos sucios a la casa, para lavarlos como Dios manda?

Salty sacó la pipa del bolsillo, la cargó, sonrió a Nell y movió la cabeza.

—No… Los deja usted con demasiado gusto a jabón…

—¿Sabe usted lo que hace este descastado con los platos? —preguntó Nell dirigiéndose a la divertida Della Street—. Los extiende por el suelo, los restriega con arena hasta que ésta sale seca, y los guarda luego, sin emplear siquiera un poco de agua.

—Es la única forma de dejar verdaderamente limpios los platos —dijo Salty, fumando con placer—. En el desierto es preciso lavarlos así, porque el agua no abunda; pero si se hace con cuidado, los platos quedan perfectamente limpios. Se toma arena, se frota con ella los platos y luego se quita la arena con la mano. Los platos quedan así completamente limpios.

—¡Limpios! —exclamó la indignada Nell.

—¡Muy limpios!

—¡Bah! ¡Veneno y nada más! —insistió Nell—. No sé qué mal espíritu lo trajo aquí para envenenar a Banning, Salty, pero debería usted estar en casa cocinándole a ese Bradisson. Un poquitín de veneno no le vendría mal.

Una sonrisa distendió los labios de Salty, de los que surgían a intervalos nubecillas de humo blanquecino.

—¿Por qué no lo envenena usted, Nell?

De pronto, la cara de la mujer adquirió un gesto inexpresivo. Tomó el vaso vacío de manos de Banning e hizo ademán de marcharse, pero, volviéndose, dijo significativamente dirigiéndose a Salty:

—Cría cuervos y te sacarán los dientes —dijo, y se marchó.

Sonriendo, Mason abrió la pitillera, ofreció un pitillo a Della y otro a Banning, y dijo:

—Es realmente un tipo extraordinario. ¿De dónde saca sus absurdos refranes?

—Nadie lo sabe —repuso Clarke—. A veces creo que los altera sin intención, pero otras me parece que lo hace deliberadamente para amoldarlos a su propia filosofía de la vida. De todas formas, le ha sacado provecho a su jerigonza. Los chicos de Mojave solían acudir a su restaurante tanto para comer lo que cocinaba como para oírla ensartar proverbios. ¿Podría usted redactar aquí ese convenio, Mason?

Della destapó la máquina de escribir portátil y, colocándola sobre su regazo, abrió la cartera y puso en el rodillo papel y copias.

—Nunca escribí un convenio comercial en un desierto de imitación, situado en la finca de un millonario de San Roberto —dijo—, pero creo poder intentarlo. Tal vez no sea un trabajo muy esmerado.

—Nos tiene sin cuidado el aspecto —dijo Banning— con tal que sea válido.

Mason asintió, hizo algunas preguntas y luego comenzó a dictar. Cuando hubo concluido, entregó una copia a Clarke y otra a Salty.

El primero analizó detenidamente el documento. En cambio, Bowers ni siquiera lo miró.

—Es necesario que lo lea usted —le dijo Mason.

—¿Por qué?

—Podría ser ilegal si no lo leyese.

Bowers cogió la copia y comenzó a leerla trabajosamente, moviendo los labios en silencio mientras pronunciaba mentalmente las palabras.

—¿Está bien? —preguntó Mason.

Banning sacó su pluma estilográfica, garrapateó una firma sobre el documento y se la pasó a Salty.

Bowers firmó ambos documentos, devolvió gravemente la estilográfica a su amigo, recogió la pipa y, tras hacer ademán de llevársela a la boca, pareció cambiar de idea y, mirando fijamente a su socio, dijo:

—Ella te engañará.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Clarke, con una repentina nerviosidad que evidenciaba su desconcierto.

—Bien sabes lo que quiero decir —repuso Salty, y, llevándose la

pipa a la boca, encendió una cerilla. Sosteniéndola encendida sobre la cazoleta, volvió a mirar a Banning Clarke—. No cederá —anunció, y aspiró la llama sobre la chamuscada cazoleta de la pipa.

4

En los últimos tiempos, el insomnio aquejaba a Velma Starler, enfermera diplomada. Se resistía a tomar somníferos, pensando que su desvelo se debía a conflictos de orden interno.

Sabía lo que diría Rinkey. Este era su hermano, un año más joven que ella; el muchacho tenía un espíritu aventurero, y poblaban su mente un sinfín de ideas nuevas, claramente definidas, inconvencionales, sobre el mundo, la propiedad y los derechos humanos. Él pensaría que su hermana estaba perdiendo el tiempo con un millonario excéntrico, cuya vida carecía de importancia. Rinkey pilotaba un avión en algún lugar de los mares del Sur. El Ejército necesitaba enfermeras. «¿Por qué no te incorporas donde podrías hacer algún bien?», decían incesantemente sus cartas.

Esta era una de las caras de la moneda. La otra era la madre de Velma. Ésta decía: «Velma, no te pareces a Rinkey. Él es alocado. No puede estarse quieto un instante. Siempre estará en peligro. Disfruta con el riesgo. Es propio de su naturaleza. Y, aunque pudiera, no se la cambiaría. Desde que era niño, comprendí que debía prepararme para el choque, que alguna vez vendrían a comunicarme la noticia fatal, quizá brutalmente, acaso con mil rodeos, tratando de suavizar la situación. Un coche de carreras y una goma que revienta… Ensayando algún dispositivo nuevo en su coche… Siempre adiviné que sería algo rápido. Así es como él lo quiere, y así es como quisiera yo. Pero tú, eres distinta, Velma. Puedo confiar en ti. Eres tranquila. Miras hacia adelante. Tienes sentido de la responsabilidad… ¡Oh, por favor, no te marches! Después de todo, basta con que haya uno en la familia. No podría resistir el vivir sola. El mundo tiene tal prisa, que nos aparta y pasa vertiginosamente a nuestro lado si no hay un ancla que nos retenga

en la corriente de la vida».

Estaba también el doctor Kenward, cansado, paciente, abrumado de trabajo, con la convicción de que ya carecía de fuerzas para resistir la tensión de una llamada nocturna. Se enfrentaba un día tras otro con la interminable procesión de enfermos que se amontonaban incesantemente en su consultorio, siempre con los mismos viejos síntomas, siempre con los mismos males, renovándose únicamente los pacientes. El doctor Kenward le había dicho: «Velma, es usted la única persona en la que puedo confiar. Se han ido ya todas las buenas enfermeras. No tendrá mucho que hacer: sólo estar con la jeringuilla preparada por si la necesita. Pero no crea usted que no está llevando a cabo nada importante. Haga que esté quieto, deje que se vaya recuperando, y saldrá de la crisis. Pero lo peor que le ocurre es que, en cuanto comienza a sentirse bien, piensa que ya está curado. Pondrá demasiado esfuerzo en "ese" músculo, y entonces… Bueno, es entonces cuando tendrá usted que estar presente con la jeringuilla. Los minutos pueden ser de vital importancia. Tal como están las cosas, acaso no lleguen a avisarme a tiempo para salvarle. Tendrá que encargarse usted de ese trabajo. Un individuo de otro carácter podría ir al hospital o a un sanatorio. Con él, eso sería fatal. Recuerde, Velma, que cuento con usted para su bien».

Y así fue cómo Velma Starler fue a vivir en aquel caserón de rojas tejas, alojándose en un gran dormitorio que daba al mar, siendo nulos sus deberes profesionales, sin duda más sicológicos que físicos. Su paciente se había marchado del caserón, durmiendo bajo las estrellas, viviendo de un modo desequilibrado, desoyendo consejos… y mejorando visiblemente con aquel tratamiento.

Su única concesión consistía en el timbre que había hecho instalar en el «campamento», de forma que una simple presión del pulgar era suficiente para llamar a Velma a cualquier hora del día o de la noche.

Velma luchaba contra el deseo de revolverse en la cama. Sólo con que cediera una vez a la tentación, la causa estaría perdida. Sabía, asimismo, que era mejor no tratar de dormir. El sueño no quiere acudir cuando se le llama; sólo llega cuando uno se muestra indiferente a todo, con los músculos totalmente relajados…

En algún lugar del cuarto zumbaba un mosquito. Velma,

fastidiada, frunció el ceño. Una parte de su espíritu intentaba concentrarse en un descansado relajamiento, mientras que la otra estaba irritada, exasperada por el incesante zumbar del mosquito. Velma trataba de localizar el sonido. Aparentemente, en aquel rincón… Bien, tendría que levantarse, encender la luz y matar el mosquito. No podía dormir con el insecto en la habitación, y menos en la forma en que tenía sus pobres nervios.

Alargó la mano y encendió la lámpara situada a la cabecera de la cama. Casi en el acto cesó el zumbido del mosquito. Velma apoyó los pies en el suelo, enfundó sus sonrosados piececitos en sólidas zapatillas y miró ceñudamente el rincón de la estancia. Sabía que pasaría aquello. Encendería la luz, y el maldito mosquito jugaría al escondite en algún sitio, oculto probablemente, entre las sombras que proyectaba uno de los cuadros… Cuando lo descubriera, ya se habría desvelado para el resto de la noche. Bueno, al fin y a la postre, ya estaba bien despierta.

Velma cogió un matamoscas de la mesilla de noche, sobre la cual hallábanse distintos objetos ordenadamente colocados: una lamparilla de alcohol para hervir el agua, la jeringuilla, la linterna eléctrica, un cuaderno en el que anotaba las actividades de su paciente, supervisión ésta que hubiera amargado a Banning Clarke de haberlo sabido.

El mosquito no había reanudado el zumbido. Velma apagó la luz y aguardó sentada al borde del lecho.

El mosquito continuaba en silencio.

Alguien llamó suavemente a la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Velma.

Siempre que oía llamar a la puerta experimentaba una honda reacción profesional. ¿Qué pasaba ahora? ¿Habría Banning sufrido un ataque tan súbito que ni siquiera había tenido tiempo de oprimir una sola vez el timbre de alarma?

—¿Qué ocurre? —repitió.

La voz de Nell Sims sonó de un modo casi misterioso al responder:

—¿Se encuentra bien, señorita Starler?

—Desde luego. ¿Por qué?

—Por nada. Vi la luz encendida, y me pregunté si pasaría algo. Jim Bradisson y su madre se encuentran enfermos.

Velma se puso su salto de cama.

—Pase. ¿Qué les ocurre?

Nell abrió la puerta. Llevando una bata un poco raída y calzando anchas e informes zapatillas, con el descolorido cabello atado en papillotes y los ojos hinchados de sueño, la mujer entró en la habitación arrastrando los pies.

—Dicen que se debe a algo que comieron.

—¿Hay alguien más enfermo?

—Eso es lo que deseaba saber, señorita Starter. Vi la luz de su cuarto encendida. ¿Está segura de que se encuentra bien?

—Naturalmente, señora Sims. ¿Qué síntomas tienen?

—Pues los corrientes: náuseas, ardores… ¡Algo que comieron! ¡Bah! ¡Qué tontería! ¡Comieron demasiado! Ahí tiene usted a la señora Bradisson; se pasa la vida hablando de su peso, no trabaja, elige para comer todas las cosas buenas, no puede pasar sin su postre, y normalmente se sirve dos veces, si le es posible. ¿Sabe lo que le dije el otro día, cuando luchaba para ponerse el vestido?

Velma casi no la escuchaba. Su pensamiento luchaba entre dejar que la situación se aclarase por sí sola, o ver lo que podía hacer. Una cosa, sin embargo, era indudable: no debía tolerar que se alarmasen y llamaran al doctor Kenward a aquellas horas de la noche.

—¿Sabe lo que le dije? —repitió Nell.

—No. ¿Qué le dijo? —preguntó Velma, mientras su mente se hallaba muy lejos de allí.

Nell rió entre dientes y repuso:

—Le hablé claro. Dije: «Tiene usted que recordar, señora Bradisson, que en boca cerrada no entran lombrices.»

—¿Cuánto hace que está indispuesta?

—No lo sé. Según me dijo: creo que media hora.

—Será mejor que vaya a ver si puedo hacer algo por ellos —dijo Velma.

La enfermera siguió a Nell por el pasillo hacia el departamento del ala norte, donde los Bradisson, madre e hijo, poseían una salita que daba a los dormitorios.

Velma oyó el rumor característico de los vómitos, seguido de quejidos. La puerta de la habitación de la señora Bradisson se hallaba abierta, y Velma, entrando con profesional aplomo,

preguntó:
—Me han dicho que estaba usted indispuesta, señora Bradisson. ¿Puedo hacer algo por usted?
La señora Bradisson, a quien los vómitos habían debilitado, desplomose sobre las almohadas y, contemplando a la enfermera con enrojecidos ojos, dijo:
—¡Me han envenenado! Voy a morir. ¡Oh, cómo me arde! —Extendió una temblorosa mano hacia un vaso que contenía una tercera parte de agua, lo bebió ávidamente, y añadió—: ¿Quiere usted hacerme el favor de llenármelo otra vez?
Nell Sims llevó el vaso al cuarto de baño y lo colocó bajo el grifo.
—¡Qué tontería! —murmuró—. No fue lo que usted comió, sino la cantidad que comió. Nadie más en la casa está enfermo.
—Mi hijo y yo hemos sido envenenados.
—¡Tonterías!
—Me alegro mucho de que haya venido, señorita Starler —balbució la señora Bradisson—. Acabo de telefonear al doctor Kenward. Dijo que la llamase a usted para que me reconociese, y que si lo juzgaba necesario que lo mandase a buscar inmediatamente. Creo que lo mejor es que telefonee en seguida, señorita Starler.
—Desde luego. Lo haremos todo a su debido tiempo —repuso Velma jovialmente—. Sea cual sea la causa de su trastorno gástrico reacciona usted favorablemente, y dentro de quince o veinte minutos se sentirá perfectamente. Quizá encontremos algo que sirva para entonarle el estómago. Su hijo se encuentra también indispuesto, ¿no es cierto?
—Él no está tan enfermo como yo. El… él… —El dolor crispó el rostro de la señora Bradisson. Luego, exhausta, se desplomó pesadamente sobre las almohadas.
—Iré a ver cómo está Jim —dijo Velma.
Aparentemente, Jim Bradisson tenía los mismos síntomas que su madre, pero se mostraba más fuerte y lúcido.
—Velma —dijo—, creo que lo mejor es llamar inmediatamente al doctor Kenward.
—Es que ahora tiene mucho trabajo —repuso Velma—. Prefiero no molestarle llamándole por la noche, de no ser que sea algo muy

urgente. Ocurre con frecuencia que algunas personas sufran agudos trastornos digestivos, motivados por algo que comieron.

Bajando la voz, Jim dijo:

—Sé lo que es sufrir un envenenamiento por ingerir alimentos en mal estado. Pero esto no es lo mismo. Es otra clase de veneno. Parece como si tuviese la boca llena de limaduras de hierro… Me abraso de sed… Es una sed ardorosa, terrible… Me duelen el estómago y el abdomen… Casi no puedo tocarlos… Le aseguro, Velma, que nos han envenenado…

Velma fingió cierta displicencia, cuando preguntó:

—¿Tiene calambres en los músculos?

Sorprendido, Jim repuso:

—¡Pues sí! Ahora que usted lo menciona, recuerdo que sentí calambres en las piernas… Pero no creo que eso tenga nada que ver con lo otro… Supongo que anduve demasiado esta tarde. Como usted sabe, mi madre y yo subimos a las colinas. Ella está absolutamente resuelta a disminuir su peso. —Bradisson sonrió. A pesar de que amaba profundamente a su madre, reconocía, no obstante, lo fútil de sus periódicos intentos por rebajar de peso—. Todo lo que logró —añadió— fue sentir un tremendo apetito, y, desde luego, me lo contagió. Fue un ejercicio terrible. Y, para colmo. Nell nos había preparado pollo frito. Mi madre y yo disfrutamos comiéndolo. ¡Oh! Temo que me va a dar otro ataque. ¡Dios, esto es peor que el mareo!

—Bien, le telefonearé al doctor Kenward —dijo Velma—. Tal vez sea preferible que venga inmediatamente.

—¡Dese prisa, por favor!

Bradisson se encaminó rápidamente al cuarto de baño, y Velma bajó para telefonear al médico.

—Lo siento, doctor, pero creo que lo mejor es que venga usted —dijo.

—¿Es un trastorno gástrico corriente en su forma violenta? —preguntó Kenward por teléfono.

La joven acercó los labios al aparato.

—Son los síntomas de un envenenamiento arsenical, con los típicos calambres musculares de las piernas.

A Velma solía sorprenderle la forma en que Kenward, respondiendo medio dormido a la llamada, reaccionaba de súbito

ante un caso urgente, despabilado y con la mente tan clara como si estuviera ya vestido y esperando la llamada.

—En doce minutos estaré ahí —dijo—. Vigile los síntomas. Supongo que no tiene usted a mano hierro dializado, ¿verdad?

—No, no lo tenemos.

—Bien. Hágales un lavado de estómago y permanezca junto a ellos. Voy inmediatamente.

El doctor Kenward empleó en el viaje poco más de diez minutos, y en los cuarenta que siguieron, Velma trabajó más que en toda su vida. El médico no perdió el tiempo charlando. Inició el tratamiento con lavados de estómago, con la introducción de óxido de hierro en forma de arseniato férrico y con la eliminación de los compuestos férricos por medio de lavados. Los pacientes reaccionaron inmediatamente al tratamiento. Hacia las dos de la madrugada descansaban sosegadamente, y el doctor Kenward, haciendo un ademán casi imperceptible, le indicó a Velma que deseaba hablar con ella en su dormitorio.

Después de cederle al médico la silla más cómoda, Velma, sentada al borde de la cama, guardó silencio hasta que Kenward se arrellanó en su asiento, aspiró voluptuosamente el humo de su pipa y lo exhaló con un soplo que era casi un suspiro de alivio.

Fue una espera tensa, parecida a la que Velma había compartido con Kenward en innumerables vigilias. Momentáneamente, el doctor había hecho cuanto la ciencia recomendaba en tales casos. Pero antes de regresar a su casa, aguardaba a que el tratamiento se desarrollara en su plena eficacia. En tales períodos, relajaba los músculos lo mismo que un boxeador entre dos asaltos. Su mente, llevada al máximo de la eficiencia, no podía relajarse, pero sí podía, en cambio, disminuir la tensión nerviosa tendiéndose y relajando los músculos todo lo posible.

—¿Comieron pollo frito? —preguntó bruscamente.

—Sí.

—La señora Sims tenía no sé qué contrato con sus pensionistas, ¿no es cierto?

—Así es. Ignoro qué arreglo era ése, pero creo que el señor Clarke cubría cualquier déficit que hubiera después de cobrar ella la pensión a los distintos huéspedes. Un extraño arreglo, pero bien es verdad que todo en la casa era extraño.

—¿Había pollo frito en abundancia?

—¡Oh, sí!

—¿Todo en una sola fuente?

—No. Había dos fuentes.

—¿Había una en el extremo de la mesa a la que estaban sentados los Bradisson?

—Sí.

—Es probable que sea el pollo frito la causa del trastorno —dijo el médico pensativamente.

—¿Se refiere usted al envenenamiento?

—No. Me refiero al período transcurrido entre la ingestión del veneno y la aparición de los síntomas. Los alimentos grasos retrasan la aparición de esos síntomas. Ahora bien, ¿cómo pudo ser envenenado el alimento sin que el veneno fuese administrado al mismo tiempo a los demás comensales? ¿Es seguro que las fuentes o los platos no se sirvieron individualmente, con los alimentos ya servidos?

—No. Las raciones se colocaron en platos que circularon entre los comensales.

—Ambos aseguran insistentemente que no comieron nada después de la cena. En ese caso, debe de habérseles administrado en algún líquido.

—¿Es arsénico?

—Sin la menor duda. La señora Sims comprobó el estado en que se encuentran los demás. Nadie se halla indispuesto. Por lo tanto, es… Se fijó usted en Banning, ¿verdad? —preguntó Kenward, y su voz vibraba de ansiedad.

—Sí. Salí de puntillas hasta el jardín de cactos. Banning y Salty roncaban sosegadamente en sus bolsas de dormir.

—¿Cenaron en la mesa?

—No. Comieron fuera. Salty es todo un cocinero de campamento.

—¡Hum! Sin duda, no es exactamente el tratamiento que uno le prescribiría, y, no obstante, parece sentarle perfectamente, lo cual es todo lo que uno puede pedirle a un tratamiento. Confieso que lo aprobé de mala gana, con lo cual ese par de granujas se sintieron como un par de escolares que emprenden las más excitantes aventuras. Proporcionándoles el estímulo mental que supone hacer

algo prohibido, se gana la mitad de la batalla. Ahora, dígame, ¿no existe algún medio por el cual…? —Se interrumpió, al ver la expresión que apareció de súbito en el rostro de la joven—. ¿Sí? ¿Qué es, Velma?

—¡El salero!

—¿El salero?

Las palabras surgían a borbotones de los labios de Velma, al comprender toda la importancia de la idea que acababa de ocurrírsele.

—Sí, el salero, Jim y su madre son muy aficionados a la sal. Sienten tal afición por ella, que la echan en todo lo que ven. La señora Sims les dio al fin un salero especial para ellos. Pusieron sal en abundancia en cada ración de pollo que les sirvieron, y aseguraría que fueron los únicos que lo hicieron en la mesa. Para mi gusto, ya estaba bastante sazonado.

Aplastando el cigarrillo en el cenicero, Kenward se levantó.

—Vamos a echar un discreto vistazo a ese salero.

Recorrieron de puntillas los corredores de la silenciosa casa, y entraron en el comedor. Al fin, Velma localizó el salero en el enorme aparador. Kenward vertió un poco de sal sobre la palma de la mano, sacó una lupa del bolsillo, examinó la sala cuidadosamente, frotó el producto sobre la piel y luego, bruscamente, se guardó el salero en el bolsillo.

—Sí, creo que es esto, Velma —dijo—. Lo haré analizar, para estar más seguro. Ha tenido usted una idea magnífica, Velma. Sí, el salero era un procedimiento fácil de eliminar al prójimo. No diga nada de esto por el momento. Supongo que tendremos que ponerlo en conocimiento del fiscal, pero prefiero hacer algunas averiguaciones más antes de notificárselo. Sin la menor duda, Jim acusará a Banning… ¿Cómo andan las relaciones de esos dos con los demás?

—Jim es una buena persona —dijo Velma vacilando un poco—. Tiene un repertorio de mil novecientos treinta y cuatro chistes. Los decentes son muy sosos; los indecentes, pesadísimos y traídos por los pelos… En una palabra, no son agudos. Pero, en resumen, trata de ser afable y simpático, y de no ser por su presunción y su aire de superioridad, lo sería.

—¿Y su madre?

Velma movió la cabeza.

—Es egoísta y vanidosa, y está tan enajenada con su hijo, que resulta insoportable. Está llena de triquiñuelas, y se engaña a sí misma anunciando lo que hará respecto a su régimen dietético, lo que piensa y lo que no piensa comer; pero luego pretende que ha olvidado sus propósitos… cuando se ha servido una segunda ración… O bien roba a hurtadillas un segundo trozo de pastel, cuando cree que nosotros no la miramos, como si eso hiciera que no engordase…

—¿Enemigos?

—Imagino que los tendrán.

—Pero el caso gira principalmente en torno a esa oferta de mina, ¿no?

—Sí, y el pleito por estafa.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Poca cosa. Como es lógico, ellos no discuten delante de mí sus cuestiones comerciales. Pero hay roces. Pete Sims «cargó» una mina y vendió varias de ellas a Jim Bradisson. Creo que, en realidad, las «cargó». Pete es un viejo granuja, un borracho contumaz. Hace canalladas y trata de endosárselas a una imaginaria «personalidad secundaria». Además, tienen líos por el control de la Compañía. No es, desde luego, un hogar feliz, pero intentan guardar las apariencias, por lo menos en mi presencia…

—¿Y el dinero?

—¿Hayward Small? Es un tipo muy activo, pero yo no me fiaría de él. Es un excelente vendedor… Dicho sea de paso, dedica mucha atención a Dorina, la hija de Nell Sims… aunque debe de tener doce o quince años más que ella.

—¿Tiene alguna relación comercial con Bradisson?

—Estuvo cateando minas para la Compañía.

—Bien, tengo que ponerlo en conocimiento de las autoridades. Creo que lo mejor es esperar a mañana y ponerme en contacto personal con el fiscal. Entretanto, mucho ojo, Velma. Trate de que los pacientes no coman nada en absoluto hasta que yo le avise. Y eso será después que haya hablado con el fiscal, tal vez alrededor de las ocho…

Cuando el doctor Kenward se hubo marchado, Velma fue a ver a los enfermos para asegurarse de que descansaban tranquilamente.

Luego regresó a su dormitorio y se tumbó en la cama. Casi inmediatamente se quedó amodorrada. «¡Es extraño!», se dijo. Cuando internaba dormir, no podía; sin embargo, cada vez que se ocupaba de un caso en el que necesitaba dormir a pequeños intervalos, podía tumbarse en el lecho y comenzar a dormitar casi instantáneamente…, con un ojo abierto y los sentidos alerta. Ahora no había inconveniente en entregarse al sueño… Sólo debía evitar dormir profundamente. Bastaba con sumirse en una semiinconsciencia y, detenerse luego descansando, lista al menor… ruido… No, no era un ruido que se relacionase con un paciente. Era el zumbido de un mosquito. Sí, era eso… Se olvidó de buscar al mosquito… Era un extraño mosquito… Era imposible acertarle… Zumbaba unos segundos, y luego… ¡otra vez! Es posible que el insecto estuviera soñoliento… ¿Duermen los mosquitos? ¿Y por qué no? Pero aquel mosquito estaba soñoliento, cuando…

Velma se despertó de súbito. Definitivamente, iba a echar del cuarto a aquel inoportuno mosquito. Tanteó en la oscuridad buscando la linterna, esperando oír de nuevo al mosquito. Percibió el zumbido y encendió la linterna. El zumbido cesó bruscamente.

Velma, sobresaltada, saltó de la cama. El mosquito obraba de un modo extraño. Estos insectos suelen zumbar en círculos concéntricos, acercándose cada vez más. En cambio, aquel parecía huir de la luz. Quizá pudiera localizarlo de nuevo si apagaba la luz y aguardaba en la oscuridad… Velma apagó la linterna y se aproximó a la ventana.

Amanecería al cabo de una o dos horas. Una enorme luna brillaba, baja, al oeste, suspendida sobre la espejeante superficie del mar en calma; una luna que brillaba en el rostro de Velma, trazando un dorado camino sobre el mar, rumbo al País de las Hadas, e inundando la finca con tranquilo resplandor. Su hermano Rinkey estaría pilotando un avión allende aquel plateado océano. No corría ni la más ligera brisa. Sólo se percibía la tranquila luz de la luna, la brillante superficie del mar, la oscura mancha de las sombras en que… Algo se agitó en el jardín.

Velma aguzó la vista, escrutando un oscuro parche de sombra… que no era sombra. ¡Se había movido! Sí, allí había… había un hombre agazapado, inmóvil ahora, deseando por lo visto pasar inadvertido, tratando de hacerle creer que sólo era una sombra más

en un mar de sombras. Pero en aquel lugar no había nada que proyectara tal sombra.

La ventana estaba abierta. Casi sin pensarlo, descorrió la cortina, apuntó la linterna hacia el jardín y la encendió.

El blanco haz de luz resaltaba vívidamente sobre el dorado suave de la luz de la luna. Concentrado por las poderosas lentes en un círculo, la luz de la linterna rozó casi al individuo agazapado. Velma la apuntó hacia él.

Dos anaranjados fogonazos, rodeados de un resplandor azulado, le hicieron un guiño en la sombra. Dos secas detonaciones quebraron brutalmente la tranquilidad de la hora. Dos balas se incrustaron en la ventana, unos centímetros más arriba de la cabeza de la enfermera.

Involuntariamente, Velma dio un respingo. La instintiva comprensión de que su linterna era un blanco perfecto la impulsó a apagarla en un ademán reflejo.

El hombre corrió, cruzando la franja de la luz lunar y sumiéndose en las sombras, rodeando el seto, el extremo de la pared de piedra…

Dos pensamientos cruzaron rápidamente la mente de Velma. Uno de ellos se refería a la seguridad de su paciente. El desconocido se dirigía en su huida hacia el jardín de cactos. Si tropezaba con Banning, el encuentro no sería muy recomendable para el corazón de éste. El otro pensamiento era que sus cabellos se hallaban llenos de trozos de cristal, que habían llovido sobre su cabeza cuando las balas destrozaron los paneles de la ventana.

Velma percibió rumores en la casa: pies descalzos que se deslizaban por el suelo, voces que se elevaban en tono inquisitivo. Sí, tendría que bajar a calmar a Lillian y a su hijo… Un minuto más y…

La voz de Banning Clarke, aguda y agresiva, gritó:

—¡Eh!

De las sombras próximas a la verja inferior surgió otra lengua anaranjada y el estampido de otro disparo.

Casi instantáneamente brillaron dos relámpagos más en el jardín de cactos y se oyeron las detonaciones de un revólver de grueso calibre. Era, seguramente, el «45» de Clarke…

Velma vio la delgada figura de Banning, cubierta únicamente

por unos calzoncillos largos, precipitarse desde el jardín de cactos hacia el lugar por donde había desaparecido el fugitivo.

La joven olvidó inmediatamente su miedo. Su instinto profesional apareció de súbito.

—¡No corra usted más! —gritó autoritariamente—. ¡Es peligroso! ¡Vuelva a la cama en el acto! Llamaré a la policía. ¿Dónde está Salty?

Banning se volvió para mirarla.

—¿Qué ha pasado? ¡Algún canalla disparó contra mí!

—También disparó contra mí… y dos veces. ¿Dónde está Salty?

—Aquí —dijo Salty Bowers, saliendo a la luz de la luna y luchando con el cinturón de su mono—. Es mejor que te vistas, Banning.

Banning se dio cuenta entonces de su breve indumentaria.

—¡Oh, Dios! —balbució, y salió corriendo hacia los cactos como un conejo despavorido.

—¡No corra más! —gritó Velma con exasperación— ¡No es la primera vez que veo ropa interior!

5

La estancia era un enorme anacronismo, el cual, a cien millas de Los Angeles, seguía existiendo como había existido desde hacía setenta y cinco años, una extensión de muchos millares de acres de ondulantes prados, con pintorescos robles, barrancos poblados de sicómoros y colinas tapizadas de chaparros, dominado todo por nevadas montañas que se esfumaban en la purpúrea lejanía.

De cascos suaves, los caballos camperos descendían en fila india del abrupto terreno que enmarcaba la pradera, siguiendo un serpenteante y primitivo camino de herradura casi borrado a intervalos. Abajo, las casas de la estancia descansaban en un pequeño valle cubierto de árboles. Existían aún leves manchas verdes en los prados, pero la mayor parte de él tenía un tinte parduzco, debido al aire seco, al cielo sin nubes y al sol ardiente.

Della Street, con el cuaderno de notas en el bolsillo derecho de la silla, lleno de apuntes sobre antiguos rincones, caminos abandonados y setos quemados, cabalgaba con ese ritmo que elimina el movimiento de la silla y que tan cómodo es para jinete y cabalgadura.

—¿Cansada? —le preguntó Mason.

—No. Esto es delicioso.

Harvey Brady, el dueño de la estancia, se volvió a medias en la silla, sonriendo.

—¿Creen ustedes que lo han visto ya todo? —preguntó—. Si así fuera, podríamos volver.

Della, riendo, dijo:

—Creo que cambiaría la vuelta por un poco de comida.

El dueño de la estancia, echándose sobre la nuca el sudado sombrero, paseó por sus vastos dominios sus ojillos astutos, que

todo lo veían. La pequeña comitiva llegó a un sendero más transitado. Los envolvía una nube de polvo entre dorado y rojizo, lo suficientemente espesa como para proyectar sombras bajo el sol. Finas partículas posábanse sobre los jinetes. Los caballos, cubiertos los flancos de sudor seco, aumentaron su rápida marcha.

Mucho más abajo, un caballo estaba parado sobre tres patas, relajados los músculos e inclinada la cabeza. Las riendas, arrojadas al suelo como por descuido, lo mantenían tan inmóvil como si estuviese atado, prueba de que se trataba del adiestrado caballo de la estancia.

—No sé qué hace aquí ese caballo —dijo Harvey Brady—, parado a pleno sol. Deben de estar aguardando nuestra llegada. ¡Claro! Ahí viene uno de los vaqueros.

Un peón de la estancia, corriendo desgarbadamente con sus zahones de cuero y sus botas de alto tacón, salió de la casa, recogió las riendas y, arrojándolas sobre el cuello de la montura, se asió al borrén. En el acto le abandonó toda torpeza. El hombre saltó sobre la silla, y a continuación jinete y caballo fundiéronse en rápido galope, que esparcía polvo a lo largo del pequeño anfiteatro del valle, comenzando luego a ascender por la serpenteante huella.

El hacendado espoleó a su caballo, apresurando su marcha.

—Por lo visto, algo anda mal —dijo.

Pocos minutos después llegó hasta ellos el supuesto correo, un vaquero bronceado y esbelto, que detuvo a su corcel a la orilla del sendero, manteniéndose el animal en difícil equilibrio a la orilla de la empinada cuesta, moviéndose con inquietud, aparentemente a riesgo de perder pie y caer al fondo del precipicio.

—El telefonista de Los Angeles ha estado todo el día intentando dar con Perry Mason —dijo—. Hace veinte minutos empezaron a «arder» los hilos. Dicen que es algo de suma importancia. El señor ha de llamar en cuanto llegue.

—Gracias, Joe —contestó el estanciero—. Vamos inmediatamente.

—¡Oh! ¡Tenga cuidado! —exclamó Della—. Ese caballo está a punto de perder el equilibrio y…

Unos dientes muy blancos brillaron en la bronceada tez.

—No se inquiete, señorita. Conoce esta cuesta tan bien como yo.

Harvey Brady picó espuelas a su caballo.

—Tengan calma —dijo Mason—. Todos los clientes tienen la convicción de que sus asuntos son de la mayor importancia. De todas formas, gracias por avisarme, Joe.

El vaquero sonrió. Mientras los caballos desfilaban ante él, su montura, deseosa de ponerse al frente, alzó la cabeza, mostró el blanco de los ojos y distendió sus rojas fosas nasales.

—Creí que era preferible que lo supiera —dijo el jinete, y se colocó tras la pequeña cabalgata.

La cuesta se hizo menos abrupta y zigzagueante. El estanciero, que abría la marcha, partió al galope. Los corceles resoplaban en las breves subidas, deslizándose en las bajadas e inclinándose a un lado o a otro, siguiendo las revueltas del camino.

Balanceándose en su silla, Mason parecía torpe ante la soltura de los vaqueros profesionales.

Cruzaron ruidosamente un pórtico, abrieron una puerta en la que se leía «Oficina» y penetraron en una habitación cuyo piso sin lustrar estaba astillado por el roce de innumerables pies calzados con botas. A lo largo de dos terceras partes del cuarto había un mostrador. En el centro veíase una estufa construida con una lata de cincuenta galones de gasolina. Una joven, que, encorvada sobre unos libros, trabajaba en un escritorio, alzó la cabeza y sonrió a Mason.

—El teléfono está allí, señor Mason.

El abogado le dio las gracias con un gesto, se dirigió al aparato, levantó el receptor y pidió Los Angeles.

Della vio el periódico de la mañana, acabado de llegar en el correo. Y mientras Mason aguardaba la respuesta a su llamada, la joven se fijó en la sección «Matrimonios, nacimientos y defunciones».

—¿Buscando cadáveres? —preguntó Mason sonriendo.

—¡Hombres sin romanticismo! —murmuró la muchacha—. Se ve que… ¡Oh aquí está!

—¿El qué, Della?

—El anuncio del compromiso. —Della volvió la hoja, señaló el anuncio con lápiz y leyó—: «Bowers-Brunn, Prentice C., 619 Skyline, San Roberto: Lucille M., 33704 6th. Street, San Roberto». —Sonrió a Mason y dijo—: Me alegro de que continúen con su propósito. No sé por qué, pero me parecía que el amor

tendría un asidero legal.

Sonó el teléfono. Mason cogió el receptor. La voz de Banning, vibrante de excitación, gritó:

—¿Es usted, Mason?

—Sí, soy yo.

—He estado todo el día tratando de localizarle. Me dijeron que estaba en un lugar de la estancia, y por eso estuve llamándole cada poco tiempo. Pero ¿tan grande es esa estancia?

El abogado se echó a reír.

—Podría cabalgar todo el día yendo de una linde a otra.

—¡Caramba! Sí, ya pensé que sería toda una estancia. Les dije que trataran por todos los medios de que se pusiera al habla conmigo. No podía esperar ni medio minuto más.

—Sí, eso me dijeron. ¿Qué ocurre?

—Estoy en un aprieto. Necesito verle en cuanto llegue.

—Bien, eso podrá ser a fines de esta semana. Yo…

—¡Oh, no, no! Quiero decir hoy, ahora mismo, apenas le sea posible llegar aquí en automóvil, Mason. Esos tipos airearon no sé qué antiguas leyes. Por lo visto, hoy se celebrará una reunión de accionistas. Están maquinando la forma de fastidiarme. Han buscado un abogado listo para que me meta en un atolladero.

—Lo siento mucho —dijo Mason firmemente—, pero estoy desde el amanecer examinando unas lindes en litigio, y…

—Anoche, alguien envenenó a mi suegra y a Jim Bradisson. Luego, dispararon un par de tiros contra la enfermera. Eso, y el arsénico en la comida…

El rostro de Mason se crispó en una sonrisa.

—Basta con los tiros. Iré en cuanto me sea posible.

—Entre por la puerta trasera —dijo Clarke—. Deseo verle antes que los demás sepan que está usted aquí.

Mason cortó la comunicación y se volvió a Della.

—¿Quiere hacer un viaje rápido?— preguntó.

—¿A caballo?

—¡Oh, no, desde luego!

—Eso es otra cosa —dijo la joven.

La voz del estanciero sonó, seca:

—Traten de irse sin comer y beber, y les enseñaré lo que son en realidad unos tiros.

6

Nell Sims abrió la puerta trasera del caserón casi en el mismo momento en que Mason llamaba.

—¿Solo? —preguntó ella con suspicacia.

—Únicamente viene conmigo la señorita Street, mi secretaria.

—¡Espléndido! Pasen. El patrón está deseando verle. Dijo que le avisase en cuanto llegara.

—¿Dónde está? ¿En el jardín de cactos?

—Sí.

—¿Siempre comiendo? —preguntó Mason con jovialidad.

—Diariamente hace aquí una verdadera comida —gruñó Nell—. Eso le impide morir de hambre. El resto del tiempo se lo pasa engullendo esas bazofias que preparan él y Salty… Pero, según creo, hoy ha sido un día ajetreado para ustedes, ¿no es cierto?

Della y Mason la siguieron hasta la cocina.

—¡Bah! No hay descanso para el malvado —repuso Mason alegremente.

—Eso es verdad —dijo Nell mirándole gravemente—. Pero bienaventurados serán los puros de corazón, porque ellos se multiplicarán como los granos de arena.

Della miró maliciosamente a Mason, y éste observó a Nell con ojos suspicaces. Sin embargo, la mujer sostuvo la mirada con cándida inocencia.

—Sin arsénico, ¿no? —murmuró Mason, burlón.

—¡Oh! Todavía es demasiado pronto para decirlo. ¡Dios me asista! ¡Qué trabajo tuve este mediodía para hacerles comer un bocado! Y aún fue peor para la cena.

—¿Qué sabe usted del envenenamiento?

—¡Nada en absoluto!

—Pero, en general, seguramente sabe usted qué pasó, ¿verdad?

—Donde la ignorancia es una bendición, el poco saber es una cosa bastante peligrosa —declaró Nell—. No sé nada de eso, y no tengo el menor interés en saberlo. La policía anduvo trajinando por toda la casa. Por lo que a mí respecta, ya pueden…

Abrióse la puerta posterior, y Banning sonrió con alivio viendo al abogado.

—Estuve con el oído pegado a tierra —dijo— y me pareció oírles llegar. ¡Buenas noches, señorita Street!

Della le saludó con una sonrisa. Mason cambió un apretón de manos con Clarke.

—¿Qué les parece si cenáramos? —preguntó Banning.

—Tal vez tenga miedo del arsénico —insinuó Nell—. Todos los demás parecen estar asustados. ¡La gente apenas prueba mi comida!

Mason rió:

—¡Pues correremos el albur! Sólo comimos unos bocadillos. ¡Venga, pues, su arsénico!

—Quedaron muchos buenos bocadillos de liebre guisada. ¡Bah! Es absurdo que un hombre no coma por temor al veneno que tragó otro.

Atrajo Banning una silla y se sentó, señalando la casa con el pulgar:

—Ahí delante están celebrando una reunión ordinaria de accionistas. Me interesa su asesoramiento. Mason. ¿Qué le parece? ¿Me cuelo en la reunión y tomo parte en ella, o no me conviene que me vean el pelo?

—¿Qué ganaría usted asistiendo? —preguntó Mason.

—Nada. De acuerdo con el convenio firmado, Salty puede votar por mí.

—¿Qué pierde si no asiste?

—Esto —confesó Banning— es algo que ha estado preocupándome mucho.

—Temo no comprenderle.

La señora Sims abrió el horno y sacó una gran fuente de guisado de liebre, puso té en la tetera y la llenó de agua hirviendo.

—Mis pensionistas apenas han probado bocado esta noche —murmuró, indignada.

—Tomaré una taza de té, Nell. Nada más. Ustedes coman

mientras yo hablo.

—Tengo tanta hambre que me comería hasta el esmalte de la fuente. Espero que no se escandalicen ante esta poca femenina demostración de apetito, señores.

—Y ¿por qué le preocupa tanto no asistir a la reunión? —apremió Mason a Banning, pugnando por arrancarle una respuesta concreta—. Y ¿qué puede decirme del tiroteo?

—Esto es un misterio. Sin duda algún merodeador andaba por el jardín. Tiró dos veces contra la señorita Starler cuando ella lo enfocó con el haz de luz de su linterna. Las balas dieron en la ventana superior, a una distancia de tres pulgadas escasas y a unos dos pies por encima de la cabeza de la enfermera. Los tiros me despertaron. Empuñé mi viejo 45 y salí a la luz de la luna. El individuo andaba entonces por el portón. Me disparó un tiro y yo contesté del mismo modo al fogonazo. No acerté, pero debió andarle cerca. Esta mañana vi el lugar donde había dado la bala en la pared, justamente al lado del portón inferior, un portón que, dicho sea de paso, está cerrado siempre.

—¿Y del envenenamiento? —preguntó Mason.

—Alguien puso arsénico en el salero de los Bradisson. Un tratamiento muy enérgico permitió al doctor que reaccionaran satisfactoriamente. Esto hay que agradecérselo a Velma Starler.

—Bien —dijo Mason, sonriente—. Volvamos ahora a la pregunta original. ¿Por qué tiene miedo de asistir a la reunión?

—Porque… La verdad, Mason, yo… Mire: voy a decirle algo que no se lo he dicho a nadie, aunque me imagino que mi amigo Salty Bowers lo sospecha.

—¿Quiere usted que me vaya? —preguntó Nell.

—No. Quédese, Nell. Sé que puedo confiar en usted.

—Adelante —dijo Mason, sirviendo liebre a Della y llenando después su propio plato.

—¿Qué sabe de las famosas «minas perdidas» de California? —preguntó Clarke.

—Poca cosa.

—¿No oyó hablar nunca de las «Excavaciones del Placer Goler»?

Mason sacudió la cabeza con la boca llena de liebre.

—Son minas perdidas —terció Nell—. En el desierto hay una infinidad.

—Bueno. Y ¿qué hay con eso? —inquirió Mason.

Clarke echó azúcar en el té, lo revolvió y se sacó del bolsillo de la americana un librito azul, forrado.

—¿Sabe qué es esto? —preguntó.

—No… ¿Qué es?

—La «Guía de Mineros», de Horace J. West. West recogió muchas informaciones sobre las famosas minas perdidas de California. El libro fue publicado en mil novecientos veintinueve. Encontrará en él diversas versiones acerca de las más famosas minas perdidas, aceptables unas y desatinadas otras. West examinó archivos, habló con viejos mineros, compiló su historia hace unos veinte años y la hizo lo más fiel que pudo.

—Bueno —dijo Mason—, pero ¿y la mina perdida de Goler?

—Hacia mil ochocientos ochenta y seis —dijo Clarke—, según dice West en su libro, tres hombres que habían estado explorando en las serranías de Panamint, fronterizas al Valle de la Muerte, salieron de un paso de la Panamint y se dirigieron hacia San Bernardino. Estos hombres iban montados en buenos caballos, poseían equipos completos y cantimploras de diez galones de agua. Con el corazón lleno de confianza se internaron a caballo por el desierto.

»Al segundo día hubo entre ellos una discusión sobre el mejor rumbo a seguir. Acalorados los ánimos, la cosa degeneró en riña. Franc Goler, uno del grupo, pensó que se dirigían demasiado hacia el sur y al oeste, e insistió en tomar una ruta más oriental. Después del incidente, se separó de los otros y se dirigió al este. Nadie sabe qué fue de los otros dos. Tal vez se perdieron en el desierto, y es posible también que llegaran a algún destino… Pudo ocurrir incluso que llegaran penosamente a San Bernardino. Para la historia la verdad es que desaparecieron.

—Dos hombres se ponen de acuerdo. Tres riñen —dijo Nell, sentenciosa.

Con los ojos brillantes por el interés, Della hizo una pausa en su cena y contempló a Banning. Perry siguió comiendo liebre.

—¿Quiere ahora el té? —preguntó Nell al abogado.

—Sí, por favor —contestó éste.

Mientras ella servía las tazas, Banning continuó su relato:

—Dos días después, al mediodía, Goler, medio extenuado y

terriblemente asustado, llegó ante unas colinas bajas. Al cruzarlas, descubrió al otro lado del cañón un arroyuelo y algo de vegetación… ¡Qué a tiempo llegó! El desdichado estaba casi delirante. Se arrojó de bruces a la orilla del arroyo y comenzó a beber desesperadamente, tragando agua a la sombra de un gigantesco álamo que crecía ante él. Mientras bebía, una leve brisa agitó las hojas del árbol y dejó filtrar un rayo de sol, que arrancó áureos reflejos a algo que estaba sumergido en la corriente, a pocas pulgadas de la cara del aventurero.

»Goler terminó de beber y metió el brazo en el arroyo para recoger el objeto de áureos reflejos. Era una gruesa pepita de oro que pesaba varias onzas. Había más entre el lecho rocoso de la corriente. Goler recogió las pepitas y se las guardó dentro de la camisa.

—Yo hubiese llevado una bolsa —dijo Nell.

—Un buen filón, ¿verdad? —preguntó Mason.

—En efecto, un buen filón —dijo Clarke—. Pero hasta que uno no se encuentra a merced del desierto, no sabe lo que va a encontrar en medio de esas enormes, peladas y yermas soledades. Goler tenía oro. Pero no podía comerlo ni beberlo. Estaba muy lejos de la civilización. Su caballo estaba cansado y hambriento. También él se sentía débil por la falta de alimentos. Y de pronto comprendió que, fuera de la civilización, su oro no valía nada. Allí, en medio del desierto, representaba un lastre para el agotado caballo de Goler. Las pepitas de oro recogidas por él reducían sus posibilidades de llegar a la civilización.

»Con semejante comprensión, Goler tuvo un ataque de pánico. Decidió compensar el peso del oro disminuyendo todo lo posible el suyo. Se soltó el cinto, lo arrojó a la maleza y picó espuelas al animal. Como le ocurre frecuentemente a la gente cansada, Goler no prestó atención a su ruta. Es más, se había perdido (y continuaba perdido, por cierto), y esto produce extrañas cosas en la mente humana.

»Cabalgó cañón abajo, salió a terreno más llano y se vio ante lo que parecía el lecho de un antiguo lago evaporado, que había dejado una suave, ancha y reseca planicie. Sólo entonces comenzó a determinar su situación y a orientarse. Vio que el monte de San Antonio estaba al oeste (ahora lo llamamos “Viejo Pelado”) y éste

fue su primer hito. Al pie de una montaña en forma de flecha, en la dirección general de dicho pico, había una pequeña población de mineros y hacia ella se dirigió Goler.

»Llegó a Arrowhead y enfermó. Las pepitas, al rozar su pecho, lo habían desollado y se le infectaron las heridas. Como tenía poca resistencia contra las infecciones, quedó en cama durante tres semanas antes de que pudiera pensar en situar el lugar de su mina. Tres semanas pueden representar mucho tiempo cuando la mente está fija en un solo tema. Entonces la cabeza suele jugarle a uno malas pasadas.

—Es cierto —intervino Nell, hablando por encima del hombro, mientras sacaba más liebre del horno.

—Como es natural, Goler no fue solo —prosiguió Clarke—. Lo siguió un grupo de mineros con la esperanza de descubrir minas propias.

»La partida anduvo penosamente por el desierto, y al cabo de un tiempo los mineros comenzaron a incomodarse y se volvieron. Vieron claramente que Goler había perdido sus huellas y erraba a ciegas por el desierto.

»Goler regresó también un mes más tarde. Descansó, reunió más provisiones y partió de nuevo. Nunca más volvió al cañón del oro. Ni siquiera logró encontrar el lugar exacto de las serranías.

»Hasta aquí es todo una historia rigurosamente cierta. La mayor parte figura aquí, en el libro de West. Algo más conseguí saber por otras fuentes: el dato del cinto, por ejemplo. Lo supe leyendo una carta de Goler. Se conserva en una colección de una biblioteca de Pasadena.

—Parece imposible que un hombre pueda perderse de este modo —dijo Della.

—Pues es muy posible —respondió Clarke—. En el desierto se pierde uno fácilmente. Piense en las personas que salen de caza, después de haber dejado el campamento, plenamente dispuestos a recordar con exactitud dónde está, para volver a él por la noche… Pero ¿qué ocurre cuando se trata de buscar el campamento? Pues que no es posible acercarse a él lo bastante después de varias horas de caminata, ni para reconocer un punto de referencia familiar.

Mason asintió.

—Este fue el fin de Goler, ¿verdad? —preguntó.

Una enigmática sonrisa se dibujó en los labios de Banning.

—Bueno —dijo—. Volvamos al relato de West. No olviden que todo ocurrió en mil ochocientos ochenta y seis. Años después, en mil ochocientos noventa y uno, había un viejo buscador, llamado Henn Moss, que vagaba por San Bernardino y efectuaba breves y periódicas exploraciones por el desierto.

»En uno de sus viajes ordinarios, uno de sus burros, animal que acababa de adquirir y hacía su primera excursión por el desierto, decidió separarse de los demás. Imagínese la ira de Moss. El burro llevaba un equipo con muchas cosas que Moss necesitaba imprescindiblemente para sus trabajos, y el maldito animal se lo había llevado todo tranquilamente por el desierto. Todo lo más que podía hacer el buscador era rastrear al animal con la recua, maldiciendo y renegando. Esto debió divertir al burro. De pronto se había convertido en cabeza de la recua. Henn Moss lo rastreó, logró cazarlo y pugnó por llevárselo a garrotazos. Pero el burro es un animal muy particular. Cuando se le mete una idea en la cabeza, no hay modo de sacársela de allí. El burro se dirigió hacia una reseca franja de terreno que Henn Moss no había explorado nunca. Ningún explorador había andado por ella, pues formaba parte de una región muy agreste, hostil y yerma, reseca y distante de toda base de aprovisionamiento. En aquellos tiempos un lugar como éste en el desierto representaba una muerte segura.

»El caso fue que Moss no podía perder las cosas que cargaba el burro y tampoco al animal. Siguió adelante, pensando que si no lo alcanzaba en un plazo determinado, volvería grupas, dejando que el maldito animal se muriera de sed en aquellas soledades. Y cuando se disponía a hacerlo, descubrió que el burro se dirigía hacia el agua. Si usted lleva un burro al desierto, suéltelo de esa forma…; en cualquier momento se puede adivinar cuándo se dirige hacia el agua. Todos los animales de Moss ventearon también el agua y todos comenzaron a trotar. Moss se limitó a seguirlos y su dichoso burro lo llevó a un cañón lleno de agua y rico en oro.

»Apenas encontró el oro, se volvió completamente loco. Se llenó los bolsillos y deliró de júbilo. Corrió dando saltos y vivas, y luego inició la vuelta a San Bernardino, decidido a gozar de la vida. Hallábase a mitad de camino cuando se dio cuenta de que, en su excitación, había olvidado estacar la mina. Vaciló entre volver o no,

pero la idea de lo que iba a divertirse en San Bernardino fue lo que determinó su resolución. Decidió seguir su camino hasta la ciudad, comenzar la juerga y volver al cañón, localizar su mina y explotarla.

—Los hombres siempre toman buenas resoluciones antes de beber, pero después se olvidan de ellas —dijo Nell.

Clarke contuvo una sonrisa.

—En resumen, nuestro minero no había contado con la reacción de los habitantes de San Bernardino. La ciudad enloqueció en cuanto vio las pepitas de Moss. Supieron que éste había dado con un buen filón, y supieron que no tardaría en salir en busca de más oro. Lo llenaron de alcohol y lo vigilaron.

»Finalmente, cuando Moss se quedó sin oro y no pudo comprar más alcohol, se quedó sobrio y sólo entonces se dio cuenta de lo que se le venía encima. Decidió volver a sus excavaciones, pero al minuto de salir del pueblo, vio que lo seguía la mitad de la población de San Bernardino, todos montados en buenos caballos y con equipo y provisiones para una larga permanencia en el desierto.

»Henn vagó por el desierto, tratando de desprenderse de ellos. Aparentó haber perdido la mina y trató de escabullirse de noche. Se las ingenió para hacer todo lo posible en tal situación, pero fue en vano. Los mineros le pisaban los talones…

Banning se interrumpió para preguntar:

—Supongo que no les aburro, ¿verdad?

—¡Nada de eso! ¡Es muy emocionante! —dijo Nell.

—Es muy interesante —añadió Mason—. Adivino que esto está certificado y asegurado, ¿no es eso?

Banning tamborileó sobre el librito azul.

—Estoy contando historia —dijo— y así no hay manera de equivocarse. A pesar de todo, aunque conozco de memoria los hechos, los voy cotejando a medida que los cuento. Pero esto ocurrió hace cincuenta años, cuando el desierto estaba lleno de oro y antes de que existieran rápidos transportes.

—Entendido —dijo Mason—. Siga. ¿Qué le ocurrió a Moss? ¿Logró desprenderse de sus seguidores?

—No. Regresó a San Bernardino, muy molesto y disgustado. No tenía un céntimo, a pesar de poseer el secreto de una mina casi fabulosa, cuyo beneficio lo hubiese hecho el rey de las tabernas y los salones de baile. Pero no podía mover un pie fuera de la ciudad

sin que toda ella lo siguiera. Intentó hallar la manera de escabullirse de San Bernardino sin que nadie se diera cuenta. Pero estaba derrotado ya antes de empezar. Hubiera sido un suicidio internarse en el desierto sin equipos, y la ciudad lo vigilaba demasiado estrechamente para poder ocultar burros de carga en algún escondrijo y salir a escondidas del pueblo.

—La mina descubierta por él, ¿era la de Goler? —preguntó Mason.

—A eso voy —dijo Clarke, y momentos después añadió—: Por lo general se admite que Henn descubrió la perdida mina de Goler.

Mason se quedó pensativo.

—Confieso que me interesa el pobre Henn Moss y su embarazosa situación. Ni siquiera parece posible que todo eso haya ocurrido en San Bernardino. Uno pasa por allí rápidamente y a veces se para sólo el tiempo justo para abastecerse de gasolina y sigue luego su camino. Parece una población como muchas, próspera y al día… Un pueblo como hay tantos.

—En San Bernardino ocurrieron cosas muy curiosas —dijo Clarke—. Pero el automóvil borra la historia. Antes fue una verdadera ciudad de mineros.

Nell Sims, de pie junto al horno eléctrico, dijo:

—Menos mal que pasó en esos tiempos. Piensen ustedes en la pobre gente que regentaban restaurantes en esta comarca, y que carecía de hielo, neveras eléctricas y medios de transporte.

—¡Bah! ¡Ya se las componían, Nell! —murmuró Clarke.

La señora Sims movió lastimeramente la cabeza.

—No puedo imaginarme cómo. La conservación de los alimentos es la primera ley natural.

—¿No será la autoconservación? —corrigió Clarke, risueño.

—¡Qué más da! ¿No se refiere a los alimentos? ¡No se puede vivir sin comida!

Clarke guiñó el ojo a Mason.

—Cuanto más trata uno de discutir con ella, más lejos van las cosas.

—Porque tengo razón —dijo la señora Sims con la terminante calma del que está seguro de su posición y que no tiene por qué molestarse en comprobar la impresión que produce en el ánimo del prójimo.

—Nos hemos dejado a Henn Moss en medio del desierto —dijo, impaciente, Della.

—En medio de San Bernardino —corrigió Clarke—. Muy disgustado y rabioso. Pero este hombre tenía madera de filósofo. Así, pues, se encaró un día con los habitantes de la ciudad, y les dijo poco más o menos lo siguiente: «Bueno, ya que no puedo irme sin que vayan detrás de mí, es mejor que vayamos todos juntos. Preparen sus cosas que nos vamos ahora mismo, y esta vez, amigos míos, pienso ir derechamente a la mina. Cuantos más seamos más nos divertiremos. Si no puedo desprenderme de ustedes ahorraré tiempo y energías llevándomelos y dejándome de vueltas y rodeos.»

—Lo ganaron por cansancio —observó Nell.

—Y hablaba en serio. Henn era hombre de palabra. Juntó su equipo y aguardó en las afueras de San Bernardino hasta que estuvo seguro de que se encontraban todos los que querían ir. Luego se dirigió a la mina. En aquellos tiempos la gente tenía carácter.

—¿Qué pasó después? ¿Hubo suficientes filones para explotar? —preguntó el abogado.

Clarke sonrió.

—Esto —murmuró— es lo patético del caso. El viejo Henn era un buen sujeto, generoso con sus defectos. Sabía vivir en el desierto semanas enteras manteniéndose con muy pocas provisiones, solo, absolutamente solo, y sin nadie con quien hablar. Pero luego se largaba a la ciudad y se gastaba hasta el último centavo que había conseguido arrancar del suelo. Y esto fue lo que hizo justamente al regresar de su mina. Resultado fue que su caballo no era de lo mejor, y es posible que el viejo no fuera el mejor jinete de la partida.

»Estando la comitiva de mineros a una cierta distancia del cañón con agua, tras varias jornadas de travesía por el desierto los más listos del grupo comprendieron que llegaban al fin del viaje. Por lo tanto, espolearon a sus caballos y emprendieron un desatinado galope. Henn picó espuelas a su cabalgadura. Esto provocó la “estampida”. Debió haber sido un espectáculo inolvidable; detrás, olvidados, los caballos de carga: una espesa nube de polvo elevándose hasta el cielo, el sol ardiendo en un firmamento sin nubes, y aquellos jinetes galopando frenéticamente y espoleando sin descanso a sus cabalgaduras, volando sobre un terreno pedregoso y

reseco, cruzando una empinada cuesta, y entrando como una tromba en el cañón… Y el pobre Henn Moss a la cola.

»Los jinetes llegaron al cañón. No encontraron minas demarcadas y los hombres se lanzaron en todas direcciones, clavando estacas por todas partes. En aquellos días los hombres tenían el poder de la decisión rápida y valiente y no hubo vacilaciones ni inútiles tanteos. Un hombre escogía lo que se consideraba el mejor filón disponible, tomaba posesión de él y mantenía la posesión. A la hora en que Henn llegó por fin al cañón casi todo el valle había sido estacado. Henn se incorporó en el caballo y miró en torno suyo, sólo para ver su mina en manos de los intrusos. Ochenta minas estaban ante él. El filón que por último localizó Henn era el más pobre de todos…

—La ley de la retribución —sentenció Nell.

—¿Y ése era el Placer Goler? —preguntó Mason, advirtiendo solamente entonces que nadie prestaba atención a las interpelaciones de Nell.

—Sí, ése era considerado el Placer Goler. Los mineros examinaron el territorio circundante, recordando lo que Goler había contado y decidieron que aquello era el Placer Goler.

—¿Y lo era? —preguntó Mason.

—No.

Della dejó de comer para contemplar a Clarke.

—Goler —continuó éste— no era un tipo tan simple como parecía. La historia que contó sobre el lugar de su hallazgo no se ajustaba a la verdad de los hechos. La descripción del punto en cuestión estaba lo suficientemente desfigurada para engañar a quien quisiera seguirlo, y para evitar que le ganaran por la mano, en la última embestida, hombres más jóvenes y con caballos más frescos, como le ocurrió al propio Henn. Goler fue más listo que éste. Deliberadamente desfiguró la descripción de la zona en que estaba situada la mina.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Mason.

—Buena pregunta —dijo la señora Sims.

Banning miró furtivamente en torno suyo.

—Está bien —dijo entonces Nell—. Todos se encuentran en la reunión. Hayward Small viene casi siempre a tomar una taza de té a estas horas de la noche. Pero no aparecerá por aquí mientras dure

la reunión.

Clarke abrió su maletín y sacó a la vista una pistolera que fue negra en sus buenos tiempos y que ahora mostraba un color castaño oscuro, reluciente a causa del uso.

—Quiero evitar que esto caiga a la vista de alguien —murmuró.

Metió la diestra en la funda, extrajo el arma y la colocó sobre la mesa.

Mason, Della y Nell se inclinaron sobre ella.

Era un revólver *Colt*, gastado, oxidado y de acción simple. Fuera el que fuese su acabado original, yacía ahora éste sepultado bajo espesas incrustaciones de orín, que formaban una gruesa cubierta sobre el cañón, cilindro y gatillo. Sólo la amarillenta cacha de marfil había resistido por entero la acción del tiempo. Y la palabra «Goler» estaba grabada sobre la culata y debajo la fecha: 1882.

Mason silbó bajito.

—Descubrí esta arma —dijo Clarke— por pura casualidad, cerca de un arroyuelo y bajo unos algodoneros del desierto. El hombre que estaba conmigo había salido a hacer algunas ascensiones. Todo esto ocurrió antes de que mi corazón se pusiera tan mal como se puso después. Pero entonces padecía ahogos y trataba de tomarme la vida con la mayor tranquilidad. Me tendí a la sombra del algodonero. Unas tres pulgadas de este revólver sobresalían de tierra, justo al lado del arroyo. Vi que era parte del cañón de un arma y la desenterré por pura casualidad. Al cabo de un minuto de examen descubrí el nombre de Goler y la fecha. Sólo entonces comprendí lo que acababa de encontrar.

—¿Qué hizo usted? —preguntó Della, con los ojos dilatados y brillantes por la excitación.

—No llevaba conmigo ninguna clase de herramientas o equipo —dijo Clarke—, pero arañé un poco del fondo de la corriente, utilizando simplemente la mano.

Junto al lecho de roca, había como una bolsa de arena y extraje la grava llena de oro.

—Pero ¿cómo es posible que nadie se diera nunca cuenta de todo eso? —preguntó Mason.

—Esto —murmuró Clarke— es lo chocante del caso. El terreno de la corriente formaba parte de una mina de cuarzo con la cual se estaba muriendo de hambre algún pobre diablo de buscador,

pugnando por hallar rocas que valieran la pena de explotar. Aparentemente a nadie se le había ocurrido la idea de que aquel lugar podía contener un placer aurífero. ¡Caramba! Si el propio «Come-Bank Mining Syndicate» tiene actualmente intereses en esa mina, y supone que sólo es una mina de cuarzo de valor muy problemático. Es una de tantísimas minas en venta. Por cierto: no tengo la menor intención de volcar más dinero en las manos de la señora Bradisson y de su inefable hijo James.

—¿Alguien a quien usted conoce sospecha la situación de la mina? —preguntó el abogado.

—Creo que Bradisson.

Mason enarcó las cejas.

—Allá, en el campamento de Salty, no tengo lugar para guardar nada de este tipo, y así dejé el arma en un cajón del escritorio, puesta hacia abajo la parte de la culata que tiene escrito arriba el nombre de Goler. Bueno, pues hace cosa de una semana descubrí que este lado estaba vuelto hacia arriba. Ahora subo pocas veces al cuarto. Me cuesta mucho subir las escaleras. Siempre que lo hago tengo que subirlas con mil precauciones, descanso unos minutos al segundo o tercer escalón. De modo que ya ve usted que…

La puerta chirrió sobre sus goznes. La mano de Banning saltó al viejo y oxidado revólver y, escamoteado con destreza, sepultó en su funda.

Abrióse la puerta. Una joven de unos veinte años, esbelta, ceñida por un jersey y sabiendo que esta prenda la favorecía, se echó atrás al ver al grupo reunido en torno a la mesa.

—¿Molesto? —preguntó.

—De ningún modo, Dorina —dijo Banning—. Pase. Este es el señor Mason, y esta joven es la señorita Della Street, su secretaría… Dorina Croffton, hija del primer matrimonio de la señora Sims. Le estaba contando algo al señor Mason, Dorina, pero ya he terminado.

Clarke se volvió al abogado.

—Ya tiene usted explicada la situación en que me encuentro, especialmente con respecto a la corporación.

—¿Tienen ellos alguna sospecha en cuanto a los hechos? —preguntó Mason.

—Creo que sí.

—Me refiero al título legal, a la posesión de la propiedad en… Bueno, en litigio.

—Sí.

Los ojos del abogado se empequeñecieron.

—¿Dice usted que tienen un abogado en esa reunión?

—Sí, un tal Moffgat. Tal vez lo conozca. Fue abogado de mi mujer. Manejaba sus bienes. Luego Bradisson comenzó a encargarle asuntos. Moffgat representaba su parte en el pleito de las acciones… No creo que me tenga mucho cariño. Yo sé que no me es nada simpático.

—¿Asiste ahora a la reunión de la dirección?

—¡Oh, sí! Anda metido en todas las combinaciones actuales de la corporación.

—Dígame —dijo Mason súbitamente—, ¿renunciando a la presidencia renunció también como director?

Clarke asintió.

Con cierta irritación en su acento, Mason dijo:

—¿Por qué no me lo dijo antes al redactar el convenio con Salty?

—¿Y qué tiene que ver todo eso con lo nuestro?

—Supongamos —explicó Mason— que lo nombran director de la empresa. Salty está allí, votando por usted conforme al convenio suscrito. Sería tanto como si usted votara personalmente. Una vez nombrado director, obra usted con carácter fiduciario. Si posee conocimientos que puedan afectar los valores corporativos y se abstiene de suministrar a la corporación el beneficio de tal conocimiento… ¡Saque inmediatamente a Salty de la reunión antes de que alguien se…!

—La reunión terminó ya, señor Mason —dijo Della—. Oí mover sillas cuando pasé frente a la habitación.

Clarke miró a Mason.

—¿No hay forma de arreglarlo? —preguntó.

Mason meneó la cabeza.

—En el momento en que se convierta usted en director, aunque sólo sea por unos instantes, su causa está perdida. No puede retener esa información y pensar que… ¡Un momento! Según los reglamentos interiores, un director tiene que ser accionista, ¿no es eso?

—Creo que sí —dijo Clarke.

—¿En cuánto están valoradas sus acciones?

—En trescientos o cuatrocientos mil dólares, más o menos. ¿Por qué?

—Se las compro —dijo Mason con una sonrisa— por cinco dólares. Haré un acuerdo privado con usted, según el cual se las revenderé por cinco dólares y cinco centavos, reventa que se efectuará pasado mañana, pero nadie debe saber nada de este acuerdo.

—No puedo correr mucho por esas escaleras —dijo Clarke—. Está guardado en el escritorio del segundo piso, en el tercer cajoncito de la derecha.

—¿Está cerrado el escritorio? —preguntó Mason, levantándose.

—No. Hay cerradura, pero no funciona. Tuve la intención de hacerla arreglar. Se rompió una llave dentro. Supongo que podrá encontrarlo… ¿Qué le parece, Dorina, si le muestra al señor Mason el camino del cuarto? Puede ir por las escaleras del fondo.

De pie junto a la mesa Dorina parecía estar en Babia.

—Dorina, por favor. ¡Despierta, hija! Cuidado… que me vuelcas el azúcar. El señor Clarke quiere que lleves al señor Mason a su cuarto.

—¡Ah, sí! Ahora mismo —la joven sonrió con vaga expresión de sonámbula—. ¿Tiene la bondad, señor Mason?

—Aquí tiene sus cinco dólares, Clarke. Considere realizada la venta —dijo el abogado.

Clarke bajó la voz:

—Si oye disolverse la asamblea, Mason, y ve que posiblemente no pueda lograrlo, ya sabe lo que debe hacer.

Mason levantó la diestra, esbozó el ademán de firmar y enarcó las cejas. Clarke asintió.

—Eso —murmuró el abogado— traería complicaciones.

—Lo sé. Pero no podemos permitirles que nos pillen en esa trampa.

Mason agarró a Dorina por un brazo.

—Vamos, jovencita —dijo.

Dorina Croffton lo guió escaleras arriba. Silenciosa, caminó de prisa por el corredor.

—Parece usted una mujer de profundos pensamientos —

aventuró Mason.

Ella le dedicó una sonrisa que exigía la cortesía y momentos después murmuró:

—Creo que hoy estoy bastante tranquila. Este es el cuarto del señor Clarke.

El criminalista, preparado para verse en un suntuoso dormitorio de dueño de casa, se sorprendió al encontrarse en aquel cuartito, situado en el ala norte del caserón. Contenía una sencilla cama, una cómoda, un arcón, una mesa un poco destartalada, un anticuado escritorio de tapa corrediza y alrededor de una docena de ampliaciones fotográficas con marco. Un par de rollos de sogas de cuero crudo colgaban de la pared. Otro par de espuelas mejicanas colgaban entre las cuerdas. De la otra pared pendía una gastada funda de fusil que todavía contenía un arma. Un armario con armas, cerrado con cristales, exhibía un conjunto de fusiles y escopetas. La piel de un puma estaba extendida sobre la tercera pared. La habitación, en otro tiempo había formado parte evidentemente de la íntima personalidad de un hombre. Pero ahora nadie había vivido lo bastante en ella para darle esa atmósfera de calor y humanidad que debió formar parte de semejante dormitorio. Escrupulosamente limpio, el cuarto presentaba esa rígida limpieza que demuestra estar lejos de la vertiginosa corriente de la vida diaria.

Mason fue al escritorio y sacó los papeles amontonados en la gaveta descrita por Banning. Halló el sobre del certificado de las acciones, lo sacó, lo miró, vio que estaba en orden y se dirigía ya a la puerta cuando oyó abajo súbito rumor de varias personas hablando al mismo tiempo y el ruido de unos pasos dirigiéndose al fondo de la casa, todo el ajetreo consiguiente a la disolución de una asamblea.

—¿Qué pasa? —preguntó Dorina.

—La venta está concertada, pero el certificado tendría que haber sido firmado antes de la disolución de la junta.

—¿Hay mucha diferencia?

—Muchísima. ¿Sabría usted la manera de llevarle en seguida este documento a la cocina antes de que los otros lleguen y…?

—Ya van para allá, señor Mason. Creo que buscan al señor Clarke.

Mason se sentó de nuevo ante el escritorio, sacó la estilográfica

y papeles y más papeles de la gaveta hasta que encontró uno con la firma de Banning Clarke.

Por encima del hombro echó una ojeada a Dorina.

Ésta parecía no darse cuenta de lo que ocurría, aparentemente absorto su espíritu en algún problema personal que requería toda su atención.

Mason extendió el certificado y puso encima el documento con la firma de Banning. Estudió unos instantes la firma. Luego, con rápido ademán ejecutó el trabajo un poco torpe de transcribir la firma de Clarke a un endoso de acciones.

Puso en su lugar el documento del que había copiado la firma de Clarke, dobló el certificado, se lo metió en el bolsillo y se guardó la estilográfica.

—Listo —dijo.

Dorina salió silenciosamente al pasillo. Mason se sintió seguro de que ella había estado tan absorta en sus meditaciones que ni siquiera se le había ocurrido el significado de su acción.

Todos estaban en la cocina cuando llegó Mason: Lillian Bradisson, con demasiada grasa y demasiados afeites; Jim Bradisson, aparentemente afable y cordial en su campechanía; Moffgat, el abogado, fuerte y bien trajeado, peinado cabello a cabello o poco menos, relucientes éstos de perfumes y brillantinas, ocupando cada uno su lugar exacto; Hayward Small, flaco y nervioso, con ojillos saltarines, inquietos y vivarachos, y Salty Bowers, que parecía apartado por completo de los demás.

Brevemente hizo Banning Clarke las presentaciones. A Mason le pareció que los otros eran casi efusivos en su cordialidad. En particular Moffgat se esmeró en mostrarse amistoso, aunque con cierta prudente reserva.

—Acabo de enterarme —dijo— en que representará usted a los señores Sims en esa querella por estafa. Será para mí un gran honor enfrentarme con tan famoso e inteligente contrincante, señor Mason. He tenido ocasión de verlo varias veces en los tribunales, pero no estoy muy seguro de que me recuerde… Moffgat y Steele, abogados, con bufete en el «Brokaw Building» —y le entregó, solemne, una tarjeta.

Mason se guardó la tarjeta en el bolsillo y dijo:

—No tuve tiempo de familiarizarme con los pormenores del

caso.

—No se preocupe, no se preocupe —dijo Moffgat—. Creo que decidirá no contestar a la acción apenas haya oído las pruebas. De momento, señor Clarke, le traemos buenas noticias…

—¿Cuáles? —preguntó con frialdad.

—Se nos ha ocurrido —prosiguió Moffgat— que la corporación, a raíz de varios litigios y otras cosas, se ha mostrado realmente injusta con usted, señor Clarke. Físicamente no está usted en condiciones de ir hasta las propiedades y tomar parte activa en las operaciones. La verdad es que posee ciertos conocimientos especializados, y la Compañía se siente en el deber de decirle que tiene pendiente con usted una deuda de gratitud por los trabajos realizados en la explotación de las propiedades mineras. En fin, señor Clarke, venimos a informarle que le hemos nombrado para ocupar un puesto en la dirección, como gerente, y con un sueldo de veinticinco mil dólares anuales, aparte de los gastos de representación.

Clarke se quedó sorprendido.

—Lo siento, Moffgat, pero no puede ser —dijo Mason.

—¿Qué quiere usted decir?

—Lo que dije. La trampa está tendida con astucia, pero no conduce a ninguna parte.

—No sé qué derecho tiene usted a formular semejante declaración —exclamó Moffgat—. Nosotros estamos tratando de enterrar el hacha de la guerra. Eso es todo.

Mason sonrió.

—Voy a decirle algo más, amigo mío. Ha quedado invalidada la elección de Clarke como director.

—¿Qué quiere usted decir?

—Los directores tienen que ser accionistas.

—Clarke es el mayor accionista.

—Lo fue —dijo Mason—. ¿No sabe que vendió sus acciones?

—Los libros de la corporación no muestran tal cosa.

—La mostrarán cuando las acciones sean presentadas para su transferencia legal.

—Sí, pero, según los libros de la corporación, Clarke continúa siendo accionista. Si él…

Mason extrajo el certificado del bolsillo y lo desdobló sobre la

mesa.

—La cuestión estriba en saber si Banning Clarke es realmente accionista, y yo creo que esto responde a la pregunta. Caballeros, he adquirido las acciones de Clarke.

Moffgat puso cara avinagrada.

—Esta compra de acciones —masculló— es un vulgar ardid.

Mason sonrió.

—¿Quiere usted presentarse al tribunal solicitando la anulación de esa transferencia basándose en que usted le tendió una trampa esperando que Clarke cayera en ella, y que él la evitó vendiéndome sus acciones? —dijo.

—¡Le digo que no era una trampa! Estamos tratando de darle la rama de olivo de la paz.

Empleando el incisivo acento que se reservaba para sus interpolaciones, Nell Sims terció:

—Teme a los griegos cuando te tiendan la rama de olivo.

—Bueno, tal vez me precipité un poco —dijo Mason suavemente.

—Creo que sí.

—¿Formalizaría usted ese contrato sobre la base de un año, estipulando que la corporación no podría rescindirlo sin previo aviso de doce meses?

Moffgat enrojeció.

—¡Oh, no!

—¿Por qué no?

—Hay motivos que…

Mason hizo un ademán hacia Banning.

—Ahí tiene usted —dijo.

—Dejo el asunto en sus manos, Mason —respondió aquél.

El abogado dobló el certificado y se lo metió en el bolsillo.

—¿Puedo preguntarle cuánto pagó por eso? —inquirió Moffgat.

—Claro que sí.

Moffgat aguardó la aclaración.

—Está usted en libertad de preguntar cuanto quiera —murmuró Mason, sonriendo.

James Bradisson intervino en la conversación:

—¡Vamos, vamos! No quiero resentimientos entre ustedes, señores. Por lo que a mí se refiere, no quiero que Banning imagine

que existe una animosidad personal. Francamente, Moffgat dijo que si elegíamos a Banning para ocupar un cargo en la dirección y le hacíamos firmar este contrato, podríamos acorralarlo de tal modo que, o revelaba lo que sabía respecto a las propiedades de la Compañía, o bien (si alguna vez explotaba tal conocimiento bajo su propio nombre y en provecho suyo), podríamos hacer una reclamación judicial, estableciendo que estaba obrando como fideicomisario involuntario de la Compañía. ¡Vamos, Moffgat! Salió usted primero, pero llegó segundo a la meta. Mason se anticipó a su jugarreta y se la desbarató. Por mi parte, confieso que estoy contento. Ya estoy harto de pleitos. Vamos, amigos, olvidemos estas diferencias y démonos la mano. Supongo, Banning, que no hay posibilidad de llegar a un acuerdo y que nos dé cierta información, ¿verdad?

—¿Qué información?

—Ya sabe usted a qué me refiero.

Banning ganó tiempo alcanzándole la taza a la señora Sims.

—De modo que era una trampa —dijo.

—Naturalmente —replicó Bradisson, mientras Moffgat, que tomaba aliento, intentaba aparentemente negarlo—. Bueno, hablemos de otra cosa.

La señora Sims llevó la tetera en torno a la mesa, volvió a servir a Della y Perry y preguntó:

—¿Y mi caso?

Frío y colérico, Moffgat masculló:

—Bueno, me alegro que lo cite. Esta es una de las cosas que deseaba discutir. Pero probablemente sería mejor hacerlo en ausencia de su cliente, señor Mason.

—¿Por qué en ausencia mía? —preguntó la señora Sims.

—Podría molestarse —dijo Moffgat secamente.

—Yo, no. No tuve absolutamente nada que ver con eso. Mi único deseo es comprender mi posición exacta.

—Ya dejé instrucciones con respecto a ese caso —respondió Mason.

La señora Bradisson, que se había mantenido al margen, terció:

—James, supongo que ya nos hemos descargado de nuestras obligaciones como directores y que podríamos irnos.

Bradisson parecía poco decidido a marcharse.

Dorina Croffton rodeó la mesa y se detuvo ante una esquina. Luego cruzó impulsivamente el cuarto, se dirigió a su madre y la besó.

—¿A qué viene esto? —preguntó la señora Sims.

—Para que tengas suerte —dijo Dorina, riendo.

Siguió un instante de confusión general, en el que se movió la gente por la enorme cocina. Bradisson le abrió la puerta a su madre. Mason, de pie, saludaba y expresaba el placer que había sentido al conocerlos a todos.

Cuando se cerró la puerta de la cocina tras los directores, dijo Moffgat:

—Tengo un documento que quisiera que me firmase, Mason. Dejé olvidada la cartera en el otro cuarto. Si me perdonan un instante…

—¡Vigílelo! —dijo Clarke, secamente, mientras Moffgat salía de la cocina—. Tiene más conchas que un galápago. En este momento debe de estar tramando algo con Jim. Este asunto de dejar olvidada la cartera fue un ardid para ganar tiempo.

—Probablemente, el documento debe significar que quiere tomarle declaración a Pete Sims. Tal vez quiera tomarle la suya, Banning.

—¿Por qué?

Mason sonrió.

—Una expedición de pesca general. Una vez logre llevarlo ante el notario público, comenzará a formularle preguntas destinadas a hacerlo caer en una trampa relacionada con ese otro asunto. Siento mucho haber hecho lo que hice con esas acciones, pero recuerde que trabajamos contra el tiempo.

—Está bien —dijo Clarke, soltando la carcajada.

—Escúcheme —continuó Mason—. No tuve tiempo de explicárselo, pero la ley es un poco oscura por lo que se refiere a los directores de corporación. No es como ser elegido para alguna empresa en que es necesario someterse al juramento de práctica. De acuerdo con el convenio suscrito por Salty, éste votaba en representación suya, Banning. Naturalmente, él creyó que le hacía un señalado servicio, poniéndolo en la dirección.

—Esos individuos eran tan afables y cordiales que supuse que efectivamente trataban de allanar toda la diferencia entre ustedes

—dijo Salty, manso como un cordero—. ¡Me daría de bofetadas!

—No se enfade, amigo —dijo el abogado—. Fue una astuta jugarreta legal.

—Muy astuta de veras —gruñó Banning—. Pero supongo que si algún día investigan el factor tiempo, comprobarán que hubo un período de cinco o diez minutos durante los cuales fui efectivamente director, y, por consiguiente…

Mason frunció las cejas y miró a Nell.

Banning se echó a reír.

—Confiaría mi vista a Nell y a Dorina —dijo.

—Bueno —dijo Mason—, sólo para legalizar el asunto y sacarme de un lío en caso de que haya una investigación, tome su pluma y estampe su firma al pie de este certificado de acciones. Particularmente quisiera que Dorina le viese firmarlo, porque ella estaba conmigo cuando…

—Me temo que se haya ido —interrumpió Nell—. Así son los jóvenes de hoy, se largan en cuanto se les presenta la oportunidad. Hubo un tiempo, cuando yo era jovencita, en que nadie pensaba en irse sin el permiso de los padres.

—Dorina es una buena chica —dijo Banning con emoción.

—Sí, lo es si se piensa cómo son hoy las chicas —rezongó la señora Sims—, pero es demasiado independiente.

—No está mal que los jóvenes sean independientes —terció Mason—. Así tienen ocasión de desarrollar su personalidad.

—Pero no conviene que lo sean demasiado —dijo Nell con desdén—. Los jóvenes abusan siempre de su libertad. La rama se rompe por el lado que se tuerce.

Banning sonrió a Mason y sacó su estilográfica. Mason desdobló el certificado.

—Cuando vuelva Moffgat —observó—, toseré dos veces, si parece traer algún documento para que se lo firme, Banning. Si toso, invéntese alguna excusa para salir, y luego manténgase oculto para que no pueda pasarle ninguna citación. Desconfío de él y…

La puerta se abrió. Moffgat habló casi cuando entró en la habitación:

—Bueno, señor Mason, espero que nuestros opuestos intereses no perjudicarán nuestras amistosas relaciones.

Ahora sonreía afablemente, y sus maneras habían

experimentado un cambio completo, como si Jim Bradisson le hubiese dado instrucciones definitivas para que intentara otra cosa.

Mason arrebató el certificado de manos de Banning Clarke, antes de que la pluma hubiese tenido ocasión de rozar el papel. Aparentando tender la mano sobre la mesa para coger la tetera, dobló el documento y se lo guardó en el interior del bolsillo de la americana.

El abogado advirtió que Banning Clarke tenía todavía en la mano la pluma, pero dijo suavemente:

—Aquí tengo una estipulación jurídica, señor Mason, con respecto a la declaración de Peter Sims, uno de los querellantes en ese juicio por estafa. Me gustaría tomar mañana esa declaración, si no se considera un preaviso demasiado corto. Es de gran importancia proceder al esclarecimiento de todos los pormenores relativos al caso.

Moffgat extrajo de la cartera un sobre de cartulina y puso en manos de Mason un documento.

Della Street, sentada junto a Mason, ojeó el sobre y dio con el codo al abogado.

Éste tosió dos veces.

Banning, echando hacia atrás la silla, dijo:

—Perdóneme, pero voy a tomar un vaso de agua.

Se dirigió a la pila y miró de reojo la mesa. Mason leía la estipulación con sumo cuidado y Moffgat lo vigilaba con los ojos ligeramente entornados.

Sigiloso, Banning se escurrió por la puerta trasera.

—Si vamos a tomar declaración a Peter Sims, como una de las partes del litigio, desearía tomar al mismo tiempo declaración a James Bradisson.

—¿Por qué quiere usted su declaración?

—¿No es el presidente de la corporación?

—Sí.

—¿Y no es la persona con la cual Peter Sims estaba en tratos poco antes de la ejecución del contrato, considerado ahora fraudulento?

—Sí.

—Quiero su declaración —dijo Mason—. Si vamos a tomar declaración a una de las partes, quiero tomar también la de la otra.

Moffgat accedió a ello a regañadientes.

—Anótelo ahí en tinta —gruñó—. Mientras lo hace, estampe el nombre de Banning Clarke.

—No es parte litigante. No tiene usted derecho de tomarle declaración.

La sonrisa de Moffgat se hizo astuta.

—Anda mal de salud —murmuró—. Puedo tomarle declaración para perpetuar su testimonio. Es un testigo material.

—¿De qué?

—De algo relacionado con esta querella.

—¿Qué es?

—Se lo revelaré a su debido tiempo.

—En tal caso no incluiré su nombre en la estipulación —dijo Mason.

—No es necesario que lo haga. Me anticipé a su negativa, obtuve una orden judicial y una citación. En tales circunstancias, puesto que le evitaré a su cliente la molestia y el engorro de tener que recibir la citación ya desconocida, es mejor incluir su nombre en la declaración.

Mason se limitó a estampar con su pluma las palabras: «También la declaración de James Bradisson en el mismo lugar y hora».

Moffgat parecía definitivamente disgustado.

—Le prevengo, señor Mason, que haré ejecutar esa orden en la primera oportunidad que me convenga, sin consideraciones para la comodidad de Banning Clarke.

—Eso —anunció Mason, guardándose la estilográfica— es privilegio suyo.

Moffgat secó la firma de Mason, estampó su propio nombre, le entregó una copia de la estipulación y guardó el sobre de cartulina en la cartera.

—Y ahora —dijo—, con permiso de ustedes me reuniré con los Bradisson. Hasta mañana, señor Mason.

Apenas Moffgat hubo salido de la estancia, la señora Sims se dirigió a la nevera y dijo:

—Aquí tengo guardado algo para quitarles de la boca el sabor de esa ave negra. No quise sacarlo mientras estaba aquí, porque me hubiese pedido un pedazo y de los grandes.

Sacó de la nevera un pastel de limón. El oro oscuro de la corona

estaba punteado de glóbulos ambarinos.

Mason espió a Della y luego sonrió feliz.

—Si yo fuera un gato —dijo a la señora Sims—, me desperezaría frente a la chimenea y empezaría a ronronear.

Salty consultó el reloj.

—¡Diantre! ¡Cuánto lamento haber caído en esa trampa, señor Mason!

—No se aflija por ello. El cebo estaba astutamente preparado. Oiga, Salty: Moffgat va a tratar de pasarle esa citación a Banning. ¿Cree usted que pueda escurrirle el bulto?

Salty rió entre dientes.

—Dele diez minutos de ventaja en la oscuridad. Ni el diablo podrá dar con él —dijo.

7

Cuando Mason y Della terminaron de comer su pastel, dijo el primero:

—Es mejor que vayamos a hablar con Banning. Espero que no se haya conmovido demasiado.

Salty, que jugueteaba nervioso con los dedos, tartamudeó de pronto:

—Desearía que esperasen solamente un minuto.

Las cejas del abogado, se levantaron en una muda interrogación.

—Va a venir la mujer con quien voy a casarme: Lucille Brunn. Le dije que estuviera aquí a las ocho y media y será puntual como un reloj. Yo… bueno, a mí me gustaría que la conocieran.

La señora Sims dijo, mientras despejaba la mesa:

—Lo malo es que Banning Clarke siempre fue muy activo y ahora no puede sosegarse. Si durante algún tiempo tomara la vida con calma, creo que todo iría bien. Pero apenas está medio curado, vuelve a empezar.

—Se está restableciendo —dijo Salty, a la defensiva.

—No estoy muy segura. Esta noche no parecía nada bien. Si la señorita Brunn viene hoy aquí, Salty Bowers, váyase de mi cocina para que yo pueda trabajar. Es sorprendente —continuó, disparando las palabras mientras iniciaba el ataque de los platos con diestra eficacia— que yo pueda hacer mi trabajo mientras toda esta gente utiliza mi cocina para reuniones de dirección y yo qué sé. La policía encontró veneno en la comida y me preguntó cómo estaba allí. ¿Y cómo podía yo saberlo con todo el mundo metido en mi cocina? Y ese acaramelado imbécil… ¡robarme a mi hija bajo mis propias narices, dejando a la madre con todos los platos!… Ahora, ese novio que tenía y que tuvo que ingresar en el ejército, Jerry Coslet, no

hubiera hecho nunca una cosa semejante. Las chicas solían lavar los platos antes de salir. Pero esto ocurría en los tiempos en que tenían un poco de consideración por los padres.

Salty sonrió a Mason.

—Sería mejor que nos fuéramos a la sala. Es capaz de estar hablando de esto hasta el Juicio Final.

—Hoy parece que los hombres no tienen ninguna consideración con las mujeres —continuó Nell—. No piensan nada. Lucille quiere causar buena impresión a su amigo abogado y la trae usted a la cocina… ¡Dios mío!… ¿Qué es eso?

La señora Sims recogió el azucarero y, debajo, apareció un papelito que empezó lentamente a enderezarse, aplastado, como estaba, por el peso del recipiente.

—Parece una nota —dijo Della.

La señora Sims la desdobló y, sosteniéndola a distancia, entornó los ojos.

—Bueno, bueno… —masculló—. Otra vez olvidé traer los lentes. Hay algo escrito, pero no puedo leerlo sin lentes. —Se volvió y puso el papel en las manos de Della—. Usted tiene ojos jóvenes. Supongo que podrá leérmelo.

Della le echó una rápida ojeada.

—Es de su hija, señora Sims. ¿Quiere que lo lea alto o…?

—¡Claro que sí! ¡Vaya una idea la de Dorina de poner notas bajo el azucarero! ¿Por qué no vino derecha a verme y me dijo lo que tenía que decirme?

—La nota dice: «Mamita querida: Hayward ha estado insistiendo en que vayamos a Las Vegas a casarnos. Durante todo el día traté de tomar una decisión. Todavía no sé la respuesta. Si esta noche no estoy de vuelta en casa, ya sabrás lo que pasó. Si no te gusta, no intentes detenernos, porque no podrías. Cariños.» Y está firmada con la inicial «D».

Lentamente la señora Sims se enjugó las manos en el delantal.

—¡Habrase visto! —exclamó.

—Si ella está enamorada de… —terció Salty.

—¡Sí, está enamorada de él! —estalló Nell—. ¡Qué idea dejar una nota semejante cuando se va a casar! ¡Dios Santo! Si hubiese estado enamorada de él habría vuelto la casa patas arriba. ¡Lo estuvo pensando todo el día y no pudo tomar una decisión! Lo

sorprendente es que no le hubiera pedido un consejo a su mamaíta querida. ¡Claro que hubiese podido dárselo! Hayward le parece ahora bien porque todos los jóvenes están ahora en el ejército. Esos pájaros que han quedado les parecen artistas de cine a las muchachas, porque hace tanto tiempo que no ven hombres con trajes de paisano que ya no saben lo que parecen. ¡Esperemos a que vuelvan los jóvenes! El tal Hayward Small les parecerá un viejo búho comparado con Jerry Coslet… Así son las chicas de hoy: no quieren pedir consejo a sus madres. Creen que lo saben todo. Se dan un barniz de filosofía barata y creen que pueden hacer frente a la vida en compañía de viejos embaucadores.

—Su hija parece una joven muy sensata, señora Sims —dijo Mason suavemente—. Tal vez haya tenido en cuenta esas cosas que usted dice.

—Sí, es una buena chica —dijo la señora Sims categóricamente —. Una chica muy buena y todo le irá bien. Por mucho que se haga, no se sacarán nueces del avellano.

—Exacto —dijo el abogado, sonriente.

Salty Bowers, que parecía nervioso e intranquilo, murmuró:

—Lucille está por llegar y…

—Váyase de mi cocina —dijo Nell—. ¡Vamos! ¡Afuera todos!… ¡Largo de mi cocina!

—Permítame que la ayude con los platos, señora Sims —dijo Della—. Veo que hay aquí unos cuantos, y yo no trato de causar a nadie una impresión romántica.

—Bueno, si no es así, pierde usted lamentablemente el tiempo —dijo Nell, mirando a Della con sus negros ojos—. ¡Dios mío!… No sé cómo hay gente educada que no pueda ver… ¡Vamos! ¡Fuera todos! ¡Largo!

—Y lo dice muy en serio —comentó Salty, risueño.

Della le brindó una radiante sonrisa.

—La cena estuvo muy bien, señora Sims. Y estoy segura de que su hija saldrá perfectamente bien.

—Desde luego que sí. Me hubiese gustado que hubieran visto a Jerry Coslet el día en que… Esto es lo peor de todo: no ha visto a sus amigos… Anduvo demasiado tiempo en la cocina. Un caso de ausencia, que hizo que se aficionara más al pájaro que tenía en la mano… ¡Esperen a que vea a Hayward! ¡Me va a oír!… Yerno o no,

le diré cuatro frescas… ¡Váyanse! ¡Fuera todos!… Lucille Brunn llegará de un momento a otro, y si ve la cocina en este estado… ¡Vamos! ¡Lárguense todos!

Mason, en la sala, sonrió a Salty.

—¡Hasta nos espantó con el delantal! —dijo—. ¡Como si fuésemos un puñado de pollos!

—Es todo un carácter —comentó Salty, sonriendo—. En Mojave los muchachos solían ir a verla por el gusto de oírla hablar. Ella…

Se interrumpió porque sonó el timbre de la puerta de la calle.

Salty se excusó, se precipitó a la puerta y regresó poco después con aire de orgullo.

—Lucille, éste es el señor Mason —y entonces, advirtiendo que había presentado primero al hombre, corrigió—: La señorita Street y el señor Mason.

Lucille Brunn tenía una cara pequeña, ojos negros y apasionados y maneras vivas y nerviosas. Procediendo con tacto, saludó primero a Della Street y luego hizo lo propio con Mason, tendiéndole la mano.

—Vamos a casarnos pasado mañana. Pasaremos la luna de miel en el desierto —dijo Bowers.

—¿Vivió usted en el desierto? —preguntó Della a la señorita Brunn.

—No, pero voy a trabar relación con él por medio de Salty —respondió ella, riendo.

—El desierto —dijo Salty, solemne— es la mejor madre que puede tener un hombre. Si uno hace lo que el desierto quiere, se portará bondadosamente con nosotros. También nos enseña a pensar con nuestras propias cabezas, y esto es muy bueno. Pero olvide por un instante sus sagradas leyes, y le ocurrirá un sinfín de contratiempos. ¡Los errores no se repiten en el desierto!

Larga parrafada fue ésta para Salty, parrafada que ponía de relieve toda la hondura de su pensamiento.

—Espero que sea usted feliz en el desierto de Salty —dijo Della, cortésmente, a Lucille—. Hace de él una descripción tan tentadora…

—Pues claro que sí —contestó ella. Luego, con nerviosa sonrisa, agregó—: En cualquier parte sería feliz con Salty.

Se abrió la puerta del pasillo y Velma Starler, que entraba de

pronto en el cuarto, se detuvo al ver a Perry Mason y a Della Street.

—¡Ah!… No sabía que iban a reunirse aquí. No es que… En fin, mi paciente no sufrió ningún trastorno, ¿verdad?

—Ninguno —respondió Mason—. Me pidió sencillamente que viniera a su casa por un asunto de negocios.

—¡Menos mal! El doctor Kenward insistió en que descansara por la tarde. Dijo que enviaría a otra persona en mi lugar, pero el señor Clarke se enfadó tanto que el doctor no insistió. ¡Pasamos los dos una noche tan agitada! —continuó, como explicándose—. ¿Y ustedes? ¿Estuvieron en la playa?

—No, en el campo —dijo Mason—. Por esto tenemos el rostro quemado por el sol. Estuvimos todo el día a caballo.

—¡Cómo me gusta montar a caballo! —dijo Velma. Se volvió a Lucille y le preguntó—: ¿Hace mucho que llegó usted, Lucille?

—Apenas unos minutos, Velma.

—¿Hay alguna novedad?

—No sé nada nuevo. Traté de sonsacarle algo a Salty, aunque él lo sepa al dedillo —respondió ella, risueña—. Cuando se trata de informar a la gente, es mudo como una tumba.

—Parece que hoy era el intrigante día en que había de celebrarse la asamblea ordinaria de la corporación minera. Trajeron a su abogado y trataron de usar la «rama de olivo» para disimular una pequeña combinación.

—¿Moffgat? —preguntó ella.

Mason asintió, mientras encendía un cigarrillo.

—Sí… Un intrigante bastante enérgico…

—Yo le tengo miedo —dijo Lucille a Salty, en voz baja.

—¿Por qué?

—No me gustan sus ojos.

Mason se aclaró la garganta, aplastó su cigarrillo en el cenicero y no dijo nada.

—Bueno, voy a echarle una ojeada a mi enfermo —dijo Velma jovialmente—, antes de cambiarme de ropa. Sólo para asegurarme de que está bien. Tendré que subir a buscar la linterna.

—Buena chica —comentó Salty, cuando se fue la enfermera. Bien, Lucille y yo nos vamos… ¡Hasta la vista, amigos!

Della los siguió con la mirada y dijo en voz baja:

—No puede negar que está perdidamente enamorado de ella.

—Diríase que, para Salty, Lucille es la única mujer en el mundo —asintió Mason—. Sus ojos se recreaban en ella.

—En lo que a él se refiere, así parece —dijo Della—. ¡Ah! ¡Qué hermoso debe de ser inspirar un amor semejante!

Mason sonrió.

—Se dice que todos simpatizan con los enamorados. Yo añadiría que esencialmente las mujeres. ¡Muéstrele un amor a una mujer y sus ojos comenzarán a brillar!

Della se echó a reír.

—Me pregunto cómo se las arreglará la señora Sims para darle vueltas a ese proverbio, sin quitarle todo el sentido. No sabía yo que mis ojos brillaban. A decir verdad me siento mal, terriblemente mal. De vuelta a casa en el coche, voy a… a… —la joven se interrumpió para aclararse la garganta.

—Probablemente tuvo usted demasiado ajetreo —dijo Mason—. Esa marcha a caballo…

—No, no es ese tipo de fatiga… Yo… ¿Tiene usted bien la garganta?

—Sí. ¿Por qué?

—Noto una extraña sensación de ardor… Un cierto gusto metálico.

Súbitamente solícito, Mason dijo:

—Supongo que no dejará usted que la imaginación le juegue una mala partida…

—No lo creo.

Mason la miró a la cara, avanzó un paso y le cogió las manos.

—¡Della, está usted enferma!

La joven se esforzó en sonreír.

—Debe haberme sentado mal algo que he comido. Siento… siento como unas náuseas. ¿Dónde diablos están los lavabos en esta casa?

Mason corrió a la ventana, separó los visillos y se asomó a las tinieblas del jardín. El punto formado por una linterna eléctrica señalaba el lugar por donde iba caminando Velma Starler. Todavía no había llegado al muro de rocas multicolores.

Mason abrió bruscamente la ventana.

—¡Señorita Starler! —gritó.

El haz de luz se detuvo.

—¿Verdad que cuando pueda examinará a la señorita Street? —preguntó el abogado.

—¿Qué le pasa?

—Se ha indispuesto de pronto.

El punto luminoso vaciló un instante y luego se convirtió en un cono brillante cuando la mujer volvió sobre sus huellas y echó a correr hacia la casa.

Minutos después, jadeante y evidentemente alarmada, la joven entró en la sala.

—¿Dónde está? ¿Qué le pasa?

—Fue al baño. Tiene náuseas y se queja de un gusto metálico.

Velma salió corriendo del cuarto sin dejar terminar a Mason.

Transcurrieron más de diez minutos, antes de que regresara. Su rostro estaba grave.

—He llamado por teléfono al doctor Kenward. Vendrá en seguida.

—¿Qué es? —preguntó el abogado.

—Temo que sea algo grave —dijo Velma, preocupada—. Tiene todos los síntomas de un envenenamiento con arsénico. Ella… Pero, Mason, ¡tiene usted un aspecto!… ¿Se encuentra bien?

—Los síntomas del envenenamiento por arsénico —preguntó Mason con digna calma—, ¿dan una sensación abrasadora, náuseas, calambres en el estómago y un sabor metálico en la garganta?

—Sí, pero usted…

—Pues bien, cuando venga el doctor Kenward —dijo Mason—, dígale que tiene dos enfermos.

Y se dejó caer, exhausto, en una silla.

8

El doctor Kenward, con un movimiento casi imperceptible de cabeza, indicó a Velma que deseaba hablar con ella para cambiar ideas, y seguidamente se dirigió al comedor.

Segundos más tarde, Velma Starler se reunió con él. Estaba sentado en una silla, frente a la mesa, encorvado, con los codos sobre las rodillas, contemplando desoladamente la alfombra.

No era ya el hombre frío y eficiente del sanatorio, el médico seguro de sí mismo y rápido en sus decisiones, cuya tranquila competencia personal no se alteraba ante ninguna crisis repentina ni ante las diabólicas coincidencias de la fatalidad que todo parecen trastornarlo con la velocidad del rayo.

Sentado al borde de la silla en el comedor, con los codos apoyados en las rodillas y el cuerpo agobiado de cansancio, era un pobre hombre, un hombre fatigado y abrumado por el trabajo, un ser que había llegado al límite de su resistencia.

Cuando entró Velma levantó los ojos y ella se sobresaltó cuando el brillo de sus ojos hizo resaltar las profundas ojeras que los rodeaban.

Advirtiendo que no era un caso en que la enfermera debe permanecer de pie en presencia del médico sino que ambos eran dos seres llenos de fatiga, unidos por un interés común, Velma atrajo una silla y se sentó a su lado. Kenward estuvo silencioso durante unos instantes. Velma aguardó pacientemente, comprendiendo que él no tenía deseo alguno de hablar, pero que estaba haciendo acopio de fuerzas, claramente reanimado por su presencia.

Ella le ofreció sus cigarrillos.

Él, silencioso, tomó uno. Fue ella quien encendió la cerilla y

amparó la llamita con la mano para poder encender los dos cigarrillos.

No era un silencio tenso y embarazoso. Hubiérase dicho que un manto de callada comprensión había caído sobre ellos, aventando, aunque por un momento, todas las inquietudes y preocupaciones del mundo exterior.

Fue el doctor Kenward quien rompió por fin el silencio:

—Gracias a que disponía usted del antídoto, creo que no será nada grave.

—¿Arsénico? —preguntó ella.

—Con toda seguridad. Quizás en una dosis no muy grande, pero indiscutiblemente arsénico.

Segundos más tarde el médico suspiró cansadamente y dijo:

—Temo no haber escuchado bien todo lo que me dijo sobre Banning… Aquellos pormenores… ¿Sería tan amable que me repitiera lo que me dijo?

—Con mucho gusto —respondió la enfermera.

El médico aspiró una larga bocanada de humo, apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y expelió el humo lentamente, cerrando los párpados.

—Iba a ver a Banning —dijo Velma— cuando me llamó el señor Mason. Le telefoneé, les hice un lavaje y administré a los dos la solución férrica apropiada. Luego fui rápidamente a ver al señor Clarke.

»Ya sabe usted la disposición del sendero del jardín. Pasa primero junto al muro de piedra, rodea después el macizo de cactos, y serpentea por la arena flanqueando estas plantas. Corrí tan de prisa que, por un momento, no me di cuenta del significado de lo que veía o, mejor dicho, de lo que no acerté a ver.

Calló y lo miró, como preguntándose si aquellos ojos cerrados y aquellos músculos relajados ahora indicaban que se había sumido en la modorra del agotamiento físico.

—Continúe —dijo el médico, sin otro signo de atención que un simple parpadeo.

—Ya sabe cómo duermen los dos: Salty Bowers, al lado norte del arenal; Banning Clarke, al sur, cerca de la pared. Pues bien, acababa de pasar corriendo junto a la hoguera cuando me di cuenta de lo que ocurría: no estaban allí los dos sacos para dormir.

—¿No había señales de Clarke?

—Tampoco. Los sacos habían desaparecido; los cacharros de cocina se habían evaporado; el coche que utilizaban para pasear por allí, tampoco estaba… No había rastros de Banning ni de Salty.

—¿Ni un indicio en la arena? ¿Huellas? —preguntó el médico.

—No lo miré.

—¿Los burros habían desaparecido también?

—Sí. No estaban allí.

El doctor Kenward aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero.

—Vamos a revisar el campamento —dijo—. ¿Tiene una linterna?

—Sí.

—Vaya a ver a los pacientes y dígales que saldrá durante un momento. A propósito, ¿dónde está el ama de llaves?

—No lo sé. Parece como si todos hubiesen desaparecido por arte de magia. La señora Sims no está aquí. Su hija se fue con Hayward. Creo que dejó una nota diciendo que se iba a Las Vegas a casarse. A la señora Sims le alteró bastante la noticia. Dejó los platos en la fregadera y se largó.

—¿Se alteró? ¿Por qué?

—No le tiene simpatía al chico.

—¿Dónde están los demás?

—No lo sé. Parece que hubo aquí una reunión de directores. Moffgat, el abogado, estuvo también aquí. Pretendió hacer algunas jugarretas, pero, gracias al señor Mason, no le salieron bien. Entonces todos se marcharon. Me sorprende que se hayan ido también la señora Bradisson y su hijo. Debían estar todavía un poco débiles a causa del arsénico ingerido. Por lo menos es lo que hay que creer. Anoche se encontraban terriblemente mal.

—Por lo que veo tuvieron un restablecimiento satisfactorio. Pero no debemos preocuparnos por esto. Hay que dar cuenta a la policía. Sin embargo, antes de que se hagan cargo del caso quisiera saber qué le ha ocurrido a Clarke. Quisiera asegurarme de que no está en la finca o en algún lugar cercano a ella. Si necesita atención médica, se la proporcionaré antes de que las autoridades inicien una nueva investigación.

Velma fue a ver a los pacientes e informó luego a Kenward que los dos se encontraban perfectamente tranquilos.

—¿Salimos ahora? —agregó.

El médico asintió.

Atravesaron la puerta posterior, pasaron por el camino de guijas, descendieron los escalones de piedra y siguieron luego el abanico de luz de la linterna por la cuesta en forma de terrazas, diseñada tan hábilmente. El muro de piedra estaba a su izquierda; el jardín de cactos al frente y a mano derecha. La luna, que había pasado levemente su plenitud, parecía colgar del inmaculado cielo oriental, vertiendo rayos de argentina luminosidad, formando franjas de sombrías tinieblas.

—Es como si nos encontráramos en medio del desierto de Mojave —dijo Kenward—. Cada vez que salgo experimento una sensación escalofriante. Pero no es exactamente esto; es como si saliera del presente y me internara en el pasado.

—Conozco bien esa sensación —respondió ella—. ¡Es un cambio tan completo!… Ahí es donde tenían el campamento. Vea la hoguera. Ahí estaban sus sacos para dormir.

—A ver esa linterna, un momento —dijo el médico—. ¡Ah! ¡Ya decía yo!

—¿Qué?

—Ese trozo especialmente oblongo de la arena. Advierta esas marcas que llevan a ese otro lugar, pequeño y liso, ligeramente cóncavo, como si hubiesen apretado un cilindro sobre él.

—Es verdad. No lo había visto antes. ¿Cuál fue la causa?

—Ahí es donde estuvo extendido el saco de Banning, que fue cuidadosamente arrollado. Se ve claramente el sitio en el que alguien empezó a enrollar y empujar, moviéndose de rodillas, envolviendo el saco hasta formar un rollo ceñido. Fíjese en esas marcas características. Son el resultado de la presión de las rodillas en la arena al arrollar el saco lo más ajustadamente posible. Una vez enrollado en un paquete compacto, lo recogió para atarlo. La última presión ejercida sobre el saco lo hundió un poco en la arena y dejó este pequeño espacio rectangular, ligeramente cóncavo.

—Ya lo veo. Pero ¿qué importancia tiene?

—Creo que la tiene.

—Lamento decirle que no sé dónde quiere ir a parar.

—Un veterano —dijo el doctor Kenward—, por mucha prisa que tuviera, arrollará su saco y lo llevará arrollado, a menos que lo ponga sobre un caballo, en cuyo caso lo plegaría doble. En cambio,

un novato que tratara de eliminar con prisa un saco acusador, se apresuraría a recogerlo de cualquier manera y salir volando con él.

—¿De modo que usted cree que el saco fue enrollado por alguien que ha vivido mucho tiempo en el campamento?

El médico asintió.

—¿Banning?

—Sí: él o Salty.

—¿Y qué significa todo eso?

—Una de las hipótesis más aceptables es que Salty y Banning están jugando a una carta importante. Y me sospecho que en algún lugar del camino, en un punto donde no es posible prestarle asistencia médica, Clarke revelará síntomas de envenenamiento por arsénico. Aunque la dosis no sea fatal, los vómitos y las náuseas superarán la resistencia de su corazón.

Silenciosos volvieron a la casa, en medio de la calma nocturna. Velma había apagado la linterna. La luz de la luna bastaba para guiarlos entre los desgarbados cactos, así como la pared de piedra que proyectaba siniestras sombras, el lejano océano, como un manto de misteriosa neblina, en el cual advertíase el latido de la atronadora marejada.

Bruscamente Kenward se detuvo, y se apoyó contra la pared.

—Descansemos diez minutos —dijo—. Creo que tenemos derecho. Nuestros enfermos se van reponiendo, y no haremos gran daño a nadie si tardamos diez minutos más en informar a la policía.

—Cansado, ¿verdad?

—No he parado un momento —admitió el médico—. Hay tanta calma afuera, tanta paz… Aquí estamos a mil leguas del teléfono, de los neuróticos y los hipocondríacos. Desde que conocí a Salty me he preguntado muchas veces cómo sería la vida del desierto, cabalgando un asno en medio de los anchos espacios abiertos al misterio del mundo, desenrollando el saco y echándome a dormir a pierna suelta, envuelto en un manto de olvido, en ese ancho silencio que parece desprenderse de los espacios interestelares… Ha de ser una sensación maravillosa, Velma.

—Bruce —dijo ella de pronto, llamándolo casi inconscientemente por su nombre—, usted no puede soportar esta tensión día tras día, mes tras mes y año tras año. ¿Por qué no se prescribe un tratamiento que prescribiría usted a un paciente en su

estado? Tómese un mes de vacaciones y despréndase de todo, olvidando completamente la profesión.

—No es posible.

—El argumento que esgrimiría usted ante el paciente es que, si sufre una crisis nerviosa o si sobreviene un ataque mortal, las cosas seguirían funcionando sin usted…

La luz de la luna suavizó la aspereza de la sonrisa que crispó los labios de Kenward.

—Es cierto —admitió—. Pero es algo que no puedo dominar. Si ahora me retiro, mi trabajo recaerá en otros hombres que ya tienen bastante con sus dificultades. Lo único que se puede hacer es continuar tirando como sea posible. Hay pocos de nosotros para seguir adelante. Pero tenemos derecho a tomarnos de vez en cuando un descanso de diez minutos.

Bruscamente la agarró del brazo y regresó al lugar donde Banning y Salty habían tenido su campamento. Se sentó e hizo sentar en la arena a su compañera.

—Vamos a ver —murmuró—: somos un par de mineros sentados en el desierto. No podemos hacer nada hasta que amanezca; aspiramos esa paz y tranquilidad reconfortante que sólo roza a quienes viven en contacto con la Naturaleza, al aire libre.

Velma Starler, con un nudo en la garganta, indicó el leve azul de las montañas bañadas por la luna.

—Mañana —dijo, tratando de imitar la pausada entonación de Salty—, nos meteremos por ese paso y exploraremos allí. Mientras tanto no podemos hacer otra cosa que descabezar un sueño.

—¡Bien por su fortaleza de ánimo! —dijo Kenward. Enlazó las manos bajo la nuca y se tendió en la arena, cara al cielo—. Me extraña que haya tantas estrellas aunque sea luna llena. La verdad es que nosotros no vemos el cielo en las grandes ciudades. Salty Bowers estuvo tratando de decirme el otro día que uno se puede tender de espaldas al desierto y contemplar el firmamento con millones de estrellas, cuya existencia ni siquiera se sospecha hasta que se ha huido de las ciudades y se ha internado uno en el claro y seco aire del desierto.

—Esta noche las estrellas parecen excepcionalmente brillantes —dijo la enfermera—, aunque haya luna. Hay docenas de estrellas visibles.

—Docenas —murmuró el médico—. Me pregunto cuántas serán visibles desde el desierto… en una noche de luna… y si podríamos hacer una escapada una noche, ir en coche al desierto sólo para ver… Me gustaría saber cuántas se ven ahora, por ejemplo… Veamos… Hay cinco…, diez…, quince…, veinte…, veinticinco…, treinta y una…, treinta y dos…, treinta… ¿Dónde estaba?… Bueno, no sé si conté aquella que…

Ella no dijo nada hasta que él se sumió en el silencio. Segundos más tarde advirtió la respiración regular de un hombre cansado que se desliza en un necesario sueño.

Silenciosa se puso de pie y se deslizó tan calladamente como pudo en la suave arena. Cuando estuvo a media docena de pasos, volvió a mirarlo, mientras una tierna expresión de ansiedad aparecía en sus ojos al ver que la luz de la luna acariciaba las demacradas facciones del médico, relajadas en el sueño.

Durante un instante se quedó mirándolo; luego se volvió y se dirigió silenciosamente a la casa que había sido tan desagradable para su dueño. Velma entró en una habitación para huéspedes, se echó un par de gruesas mantas al brazo, volvió al jardín de cactos y se dirigió de puntillas hasta el dormido médico. Con suave ternura desdobló las mantas y las extendió sobre su cuerpo, empleando en ello la habilidad de una buena enfermera, para no despertarlo con ningún brusco movimiento.

Luego regresó a la casa y echó una ojeada a Perry y a Della. A continuación regresó a la biblioteca, cogió el teléfono, marcó un número y dijo:

—Comisaría de Policía, por favor. He de notificar una tentativa de asesinato.

9

El teniente Tragg, de la Policía Metropolitana, se sentó al borde de la cama de Mason. El crujido del somier, ocasionado por el peso de Tragg hizo que el abogado abriera los ojos.

—¡Hola! —dijo—. ¿Qué hace aquí?

Tragg sonrió.

—Lo crea o no, estoy de vacaciones.

—¿Es optativo? —preguntó Mason con voz desfalleciente.

—¿Cómo?

—Creerlo o no.

Tragg se echó a reír a carcajadas.

—Pues es cierto, Mason. Mi cuñado es comisario aquí. Salí a pescar. De vuelta pasé por casa de mi hermana para dejarle unas truchas. Entonces sonó el teléfono comunicando el envenenamiento… Sam Greggory, mi cuñado, quiso que echara una mano al asunto. Le dije que no había nada que hacer. En mi propia jurisdicción he tenido ya bastantes líos de esta especie para no tener que ir a buscarlos a otra parte. Luego me dijo que las últimas víctimas eran de mi ciudad natal: Perry Mason y Della Street, su secretaria. Ya puede suponerse mi reacción. No podía perderme un caso semejante.

Mason parpadeó. Trató de sonreír, pero hizo una mueca.

—Estoy un poco mareado. Me parece que me dieron una inyección. Dígame la verdad, Tragg; ¿es usted real o forma parte de una pesadilla provocada por la droga?

—Formo parte de la pesadilla.

—Ya me lo parecía. ¡Qué alivio!

—¿Qué tal se pasa como víctima alguna vez?

—Muy mal.

—Bueno, hacía tiempo que se le preparaba. Estuvo usted haciendo de paño de lágrimas entre los criminales y ahora puede ver las cosas desde el otro lado.

Mason se incorporó, indignado.

—¡Nada de «paño de lágrimas» entre los criminales! —protestó, furioso—. Nunca le busqué la escapatoria a ningún criminal, Tragg. Me preocupé sólo de que se administrara con orden una justicia absolutamente imparcial.

—Sí, sacándole jugo a los recursos de la ley —gruñó el agente.

La voz de Mason sonaba poco clara, pero en sus palabras no había confusión ninguna.

—¿Por qué no? La ley tiene sus recursos. Los tiene toda regla humana. Trace usted una línea de demarcación entre lo prescrito y lo prohibido y encontrará siempre casos fronterizos, ambiguos o equívocos que parecen absurdamente próximos a uno y otro lado. Además…, además, teniente, le agradeceré tenga presente que mis clientes no son criminales hasta el momento que se les ha demostrado que lo son. Y esto, hasta la fecha, no ha ocurrido nunca… Sospecho que estoy superando los efectos de esa inyección.

Tragg dijo, curioso:

—Supongo que me dirá ahora que la persona que le puso veneno en el azúcar tiene derecho a gozar de los beneficios que le concede la ley, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—¿No siente usted ningún resentimiento?

—Nunca podría sentir contra nadie el suficiente resentimiento para solicitar que sea descartado el procedimiento legal de práctica. Este procedimiento es mi propia salvaguardia de ser condenado injustamente. Tal es mi gobierno ante mi conciencia. Ley y orden. ¡Caramba, Tragg! ¿No puede entender lo que le estoy diciendo?

—Claro que sí.

—Mi cabeza está despejada —continuó Mason—. Pero tengo la lengua como un estropajo. Usted consiguió despejar el lío que tenía en la cabeza, pero las palabras se me lían ahora en la lengua. De todos modos me siento mejor y más fuerte. ¿Y Della?

—Va bien.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las doce.

—¿Y Banning? ¿Cómo está?

—Nadie lo sabe. No está aquí. Bueno, sigamos con la cuestión de ética: ¿sería usted capaz de meterse en el bolsillo su resentimiento personal y defender a la persona o personas que detenga mi cuñado, acusada o acusadas de haber puesto veneno en el azúcar?

—¿Por qué no?

—¿Aunque creyera usted que esa persona es culpable?

Mason, un poco desfallecido, murmuró:

—La ley garantiza a toda persona la celebración de un juicio por jurados, Tragg. Si me negara a defender a alguien porque lo creyera culpable, sería un juicio por Perry Mason, no por jurados. Desde luego, el acusado no querría que lo defendiera yo, Tragg. ¿Por qué dice que había veneno en el azúcar? ¿Es sólo una suposición?

—No. Encontramos arsénico blanco en el azucarero.

—¿Mezclado con todo el azúcar?

—No. Según parece, se espolvoreó una parte por encima del azúcar. Parece como si el envenenador no hubiese tenido tiempo de mezclarlo con el contenido del azucarero, sino que lo echó encima y…

Mason trató de sentarse en el lecho. Sus ojos estaban ahora lúcidos y sus palabras vibraban.

—Eso no es posible, Tragg.

—¿El qué?

—El azúcar.

—No comprendo.

—Verá, Tragg. Della y yo le pusimos azúcar al té y también Banning. Pero éste ya había cenado. Dijo que tomaría un poco de té con nosotros. El ama de llaves le sirvió primero a él. Tomó de la parte de arriba del azucarero dos grandes cucharadas; luego Della y yo nos servimos azúcar cuando se nos sirvió el té. Después Nell se sirvió otra taza y recuerdo claramente que se puso dos cucharadas llenas. Si no recuerdo mal, se distribuyeron después más tazas de té. Por lo menos Della, Banning y yo repetimos dos veces más. Si el arsénico había sido echado por encima del azucarero, y no se mezcló con el azúcar de más abajo, dudo de que pudiera recuperar gran cosa del veneno restante en el azucarero.

—Pues fue así. Nosotros… —Tragg se interrumpió de pronto. Alzó los ojos, sonrió y dijo—: Entre, Sam. Voy a presentarle a un

amigo. Sam, éste es Perry Mason, el famoso abogado, un hombre que me ha hecho polvo la digestión un montón de veces.

Sam Greggory, un hombre fornido y recio, con bonachona sonrisa y ojos acerados, cruzó el cuarto para estrechar la mano de Mason.

—Hace tiempo que deseaba conocerle —confesó.

—¡Vamos! No le diga que siguió siempre sus casos con gran interés —gruñó Tragg—. Esta clase de elogios son los que lo han echado a perder.

—De ningún modo —dijo Greggory—. Mi interés es puramente familiar. Hace tiempo que deseaba ver al hombre que le hizo la zancadilla al teniente y continúa haciéndosela.

—¡Diantre! —exclamó Tragg—. Debí haberlo pensado mejor antes de meterme yo solo en este avispero.

—¿Qué dijo la casera? —preguntó Perry—. ¿Está envenenada?

—Hasta ahora no ha dicho ni pío —replicó Tragg—, y no sabemos si está envenenada o no, por la sencilla razón de que no hemos podido dar con ella. Según parece, la hija se fue a casarse, y me sospecho que la madre anda por ahí telefoneando para tratar de impedírselo. La señora Bradisson y su hijo James salieron con un abogado llamado Moffgat. En alguna parte tuvieron una conferencia. Me parece que tienen miedo de que tenga usted un dictáfono oculto en la pared.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí? —preguntó Mason.

—Poco más de una hora. Por fortuna había aquí una enfermera y tenía un contraveneno a mano. Apenas surgieron los primeros síntomas, les hizo eliminar el veneno. ¡Es una maravilla! Lo único que tenemos en contra suya es que no nos avisó en seguida. Parece que les aplicó el tratamiento, telefoneó al médico y no dio parte entonces a la policía porque quería conocer primero el diagnóstico del médico. No la recrimino por eso. Una vez obtuvo el diagnóstico, estuvo muy ocupada con el tratamiento, tanto como para no pensar en otra cosa. Por lo menos esto es lo que dijo. Mi idea es que escondió al médico por ahí para evitar que lo interrogáramos hasta mañana por la mañana. No hemos podido comunicar con él por teléfono. Cuando acude a una llamada, el doctor informa de ello a una agencia central y allí nos dijeron que vino aquí…

Tragg sonrió a Mason.

—Las mujeres son leales. No la censuraría demasiado si demoró las cosas para que el médico pudiera escabullirse. Pero Sam está furioso. Sospecho que el médico está ya harto y Sam lo habrá bombardeado a preguntas durante una hora. Las mujeres que trabajan son verdaderamente fieras con sus patrones. Vea usted a Della Street, por ejemplo. Ha dedicado su vida a trabajar por usted. ¡Sólo Dios sabe las cosas que le habrá apañado, Mason! Pienso que, a causa de su temperamento nervioso, no es nada fácil entendérselas con usted. Llegué a pensar que lo que la ligaba con usted era la lealtad personal. Pero veo claro que es la lealtad al trabajo y a lo que éste representa.

Mason asintió.

—Es algo más grande y hermoso de lo que uno suele pensar al principio. Con alma y vida se dedican a un trabajo y… ¡Un momento! Si nosotros reaccionamos porque se nos aplicó rápidamente un tratamiento, ¿qué les ocurrirá a Banning Clarke y a la casera con la cantidad de azúcar que han consumido?

—Esto es lo que más nos preocupa, Mason —respondió Greggory —. Estamos haciendo toda clase de esfuerzos para dar con ellos. Según parece, Clarke y Bowers se fueron en ese viejo coche que tienen. Ya hemos radiado una descripción de él. En cualquier momento serán identificados.

Un hombre se asomó a la puerta y dijo:

—¿Puedo hablar con usted un momento, señor comisario?

—¿Qué ocurre? —preguntó éste.

—La señora Sims ha vuelto.

—¿Ha estado enferma?

—Parece que no. No le he dicho nada del envenenamiento. Subió a su dormitorio para acostarse.

—Vaya a buscarla —dijo Greggory, arreglando la luz de modo que ella no pudiera ver las facciones del abogado—. Quiero hacerle un par de preguntas.

Cuando el hombre se fue, Tragg dijo a Greggory:

—Hábleme de ella. ¿Qué clase de mujer es? Usted la interrogó cuando envenenaron a Bradisson.

Greggory se echó a reír.

—Es una individua llena de esquinas. Por lo que sé, Banning la mandó a buscar en enero del cuarenta y dos muerta ya su esposa.

Regentaba entonces un restaurante en Mojave, pero Banning se las compuso de modo que ella viniera aquí a dirigir la casa. Evidentemente detestaba la casa y tendría sus razones. Su mujer se desvivía por fiestas y reuniones de *bridge*, trasnochar, comidas pesadas y probablemente buenos licores. A los mineros les gusta la juerga, pero entre una y otra salen al desierto y viven y duermen al aire libre. Hay mucha diferencia entre…

Abrióse la puerta y la señora Sims, dijo con voz sin expresión.

—¿Querían verme? ¡Dios mío! ¿Es que una no se puede ir a dormir sin que la fastidien con preguntas? Creí que había registrado la casa de arriba abajo y…

—Se trata de un caso nuevo —interrumpió el comisario—. Sirvió usted anoche una cena en su cocina, ¿verdad?

—Si tanto le interesa esto, le diré que sí. Le dije al señor Clarke que la cocina no era el lugar más apropiado para servirle la cena a un abogado famoso. Pero no quería que los demás supieran que el abogado estaba aquí, y se empeñó en que fuera en la cocina. La cocina es bastante grande como para…

—Sirvió té en la comida, ¿verdad?

—Sí. No se puede ofrecer café a cada…

—Bebió usted té, ¿no?

—Sí. Si esto es lo que le disgusta, yo…

—Echó azúcar en su té, ¿no es eso?

—Naturalmente. Si vamos a eso, le diré…

—¿Se sirvió del azucarero que había en la mesa?

—Sí. Casi he perdido la costumbre de cogerla del suelo. Se necesita mucha fuerza de voluntad para librarse de una mala costumbre, pero…

—¿No sintió ningún mal sabor?

—¿De qué? ¿Del té, del azúcar o de sus preguntas?

—Evítese las ironías. Responda sencillamente a mi pregunta. ¿No sintió ningún mal sabor?

—Ciertamente, no.

—Pero otros sí.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que Perry Mason y su secretaria han sido envenenados.

—Esto no es una especie de tortura de tercer grado, ¿verdad?

—Estamos interrogándola simplemente. Esto es todo.

—Entonces, ¿a qué viene este montón de mentiras? ¿Por qué no dice de una vez qué quiere?

—Le estamos diciendo la verdad: Mason y su secretaria han sido envenenados.

La señora Sims parecía atónita, mientras la incredulidad daba paso al convencimiento.

—Pero ¿cómo?… ¿Han muerto?

—No. La enfermera puso inmediatamente en práctica un tratamiento y antídotos apropiados, y los dos reaccionaron satisfactoriamente. Sin embargo, el caso es que hemos encontrado una gran cantidad de arsénico blanco en el azúcar del azucarero.

—¡Dios mío!… ¡Yo misma saqué el azúcar de ese recipiente! ¡Esta misma noche!

—¿No sintió ningún efecto desagradable?

—No.

—¿Está segura de que el azúcar procedía del mismo recipiente, el blanco, que tiene arriba un botón redondo?

—Segura. Sólo había uno sobre la mesa. Es el que reservo para la cocina.

—¿Dónde lo guarda usted, señora?

—En la alacena, en el estante inferior.

—¿Supone que alguien de la casa podría llegar a él?

—Naturalmente… Un momento. El señor Clarke sacó también azúcar de ahí. ¿Cómo está?

—No sabemos. Todavía no hemos podido encontrarlo.

—¿Quiere usted decir que se marchó?

—Sí.

—Me parece, señora Sims —terció Greggory—, que, puesto que ésta es la segunda ocasión en que sirvió usted comida envenenada, se dará cuenta de que se encuentra en una posición un poco particular.

—No entiendo bien lo que quiere decir.

—Tendrá que explicarnos más minuciosamente lo que hizo.

—¿Qué quiere decir?

—¿Salió?

—Sí.

—¿Adónde?

—Esto es cosa mía.

—Queremos saberlo. Le dije que tendría que darnos cuenta de todo.

—No veo qué puede importarle todo esto.

—Puede tener importancia.

—Bueno, si esto le interesa, le diré que mi hija se escapó con Hayward Small. Van a Las Vegas a casarse. El caso es que Jerry Coslet está en un campamento del ejército, situado cerca de Kingman, Arizona. Le dio a Dorina la dirección de un hombre que tiene una especie de bar en Kingman. Jerry dijo que ese tipo podría hacerle llegar un recado en el caso en que ella lo necesitara. Siempre hay por allí algún chico del campamento. Bueno, telefoneé a ese bar y resultó que Jerry estaba allí. Le dije lo que pasaba. Le dije que Dorina era una buena chica, pero que ese hipócrita de negociante le estaba tendiendo el anzuelo, y que Small había tenido el campo libre.

—¿Qué dijo Jerry?

—Poca cosa.

—¿No le pidió que hiciera algo?

—No. No hice más que decírselo. Si es un hombre como debe ser, ya sabrá lo que tiene que hacer.

—¿Ha estado telefoneando todo ese tiempo?

—Estoy por decirle que sí. Trate de llamar por teléfono y la harán esperar una hora, para decir luego que hay una demora de dos horas. La guerra ha aumentado las ganas de hablar.

Tragg sonrió.

—Es barato —dijo.

—Pero no hasta Kingman, Arizona. No, señor. Y menos para una mujer que trabaja.

—¿Cómo explica usted haberse servido azúcar de ese azucarero y no sentir ninguna sensación, mientras que otras dos personas que tomaron azúcar del mismo recipiente presentaron en seguida síntomas de envenenamiento por arsénico?

—Yo no explico nada —replicó Nell—. Es usted quién debe explicarse eso. Es cosa suya.

—¿No cree que su hija esté enamorada de Hayward Small?

—Es un voceras. Elegante y con mano derecha. La ha estado entreteniendo hasta muy tarde. Cada vez más tarde. Y esto no me gusta nada. Es demasiado viejo para ella. Además, mira siempre con

los ojos fijos, pretendiendo hacer sicología sobre los demás. A una chica de la edad de Dorina le tiene sin cuidado la sicología. Le importa el amor. Él no es su tipo y ya estuvo casado. Él mismo me lo dijo. Usted sabe tan bien como yo que no es correcto que un hombre casado ande detrás de una chica de la edad de Dorina, aunque se haya divorciado. No está bien.

—¿Cree usted, señora Sims, que esas relaciones han adquirido un carácter… más íntimo?

La señora Sims lo fulminó con la mirada.

—Quien esté libre de culpa que arroje la primera piedra —proclamó—. Mi hija es una chica decente.

—Lo sé. La comprendo, señora. Sólo quiero comprender el significado exacto de… de lo que quería usted decir con…

—Dije lo que dije. No hay por qué discutir semejante cosa. Y ahora que he dicho todo lo que sé, me voy a la cama.

Se volvió y, con paso majestuoso, salió de la habitación.

Tragg dio vuelta a la luz que, hasta entonces había incidido con tal intensidad en los ojos de la mujer que ésta no había podido ver a Mason tendido en la cama.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el policía—. ¿Vuelve a sentirse influido por la inyección?

No obtuvo respuesta. Con los ojos cerrados. Mason respiraba con regularidad.

—Narcotizado —dijo Tragg—. Creo que está bastante débil. La enfermera dice que está bien. ¡Ojalá hubiera retenido al doctor Kenward para que pudiésemos interrogarlo! Bueno, Sam, haz tu composición de lugar. O esa mujer miente, o se sirvió azúcar de un recipiente lleno de arsénico y no sintió efecto alguno.

—Pudo haber mentido sobre el azúcar.

—No. Perry Mason dijo que puso azúcar en su taza.

—Es cierto… Le estoy dando vueltas a una idea que me tiene preocupado.

—¿De qué se trata?

—Supongamos que en lugar de sacar azúcar del azucarero, ella lo hubiese puesto. Habría sido fácil revolver un poco el azúcar con la cucharilla y luego, al sacarlo, aprovechando el momento en que volvía a colocar la tapa, dejar caer el veneno.

—También he pensado lo mismo —replicó Tragg—. La última

persona en servirse azúcar sin envenenarse es la primera sospechosa. Fumemos, Sam. Por ahora no vamos a ninguna parte. Nuestro próximo paso será examinar a todos los sospechosos posibles, y ver luego si podemos encontrar arsénico en posesión de alguno de ellos, o descubrir dónde ha estado alguien adquiriéndolo.

Frotaron los fósforos y encendieron sendos cigarrillos. Durante un rato fumaron en silencio. Sam, bostezando, estiró sus brazos nervudos.

—Bueno, me voy a acostar. Si…

Una seca detonación procedente de los jardines retumbó en sus oídos y obligó al comisario a cortar en seco sus palabras, volver la cabeza y escuchar.

Otras dos explosiones dieron siniestras matices al silencio que siguió.

En el piso superior se oyeron los pies de alguien que corría sobre las tablas y que se precipitó escaleras abajo.

La puerta lateral que daba al jardín se abrió con tal violencia que se estrelló contra la pared.

Sam Greggory sacó rápidamente un pesado revólver de una funda gastada y brillante por el mucho uso.

—Sospecho que se trata… —observó sombrío—. Venía de la esquina sudeste de los terrenos, ¿verdad?

—Creo que sí —respondió Tragg—. ¡Vamos!

Se precipitaron fuera de la habitación. El comisario, al frente, dijo:

—En caso de que…

Calló al oír los gritos de Velma.

Otras dos detonaciones resonaron en el jardín de los cactos.

10

Sam y Tragg, corriendo a toda la velocidad que les permitían sus piernas, tuvieron cierta dificultad en orientarse por los terrenos bañados por la luna. Ya no había grito alguno que los guiase. Una paz siniestra envolvía el lugar. Todo respiraba paz y calma.

Los dos policías, revólver en mano, avanzaban ahora con cautela.

Bruscamente, Tragg agarró del hombro al comisario.

—Voces… —susurró, y añadió luego—. Pasos… ¡Por allí!

Escucharon. El comisario, corpulento, con excesivo peso, jadeaba, haciendo imposible que se oyera otra cosa. Pero al cabo de un instante, oyeron crujir de arena y pasos que se acercaban.

El rumor procedía del otro lado de la zona circular sembrada de cactos no espinosos. Tragg fue por un lado y el comisario por otro y la rodearon rápidamente.

Velma caminaba lentamente hacia ellos. El doctor Kenward se apoyaba pesadamente en su hombro. La cara de la enfermera estaba blanca y desencajada a la luz de la luna, y se alarmó al verlos llegar hacia ella. Reconoció luego a los policías y dijo:

—El doctor Kenward ha sido herido de un balazo.

Los dedos del médico exploraban con seguridad de profesional la herida, mientras caminaban por el sendero. Tranquilamente dijo:

—Una perforación del gran aductor y, posiblemente, de la rama muscular de la arteria profunda. Una hemorragia más intensa de lo que se podría esperar. Creo que podremos detenerla sin inconvenientes. Si no les parece mal, volvamos a casa, caballeros.

Y reanudó su andar cojeante.

—¿Cómo le hirieron? —preguntó Sam— ¿Quién hizo los disparos? ¿Tiró usted algún tiro? ¿Qué hacía ahí afuera?

—Se quedó dormido cuando salimos —dijo Velma, casi con rabia—. Le dejé tranquilo, esperando que pudiera tomarse un descanso que de sobra merece. Las llamadas por la noche han estado minando su salud. No tiene ni la más remota idea de quién hizo los disparos.

Tragg levantó el brazo izquierdo del médico, y se lo echó sobre el cuello y el hombro para proporcionarle mayor apoyo.

—Estaba dormido, señor —dijo Kenward, con voz tranquila y firme—. No estoy muy seguro, pero parece que me despertó un tiro. Sea como sea, no podría jurar que esto fue lo que me arrebató del sueño. No obstante, sé que por lo menos me dispararon dos tiros en el intervalo que necesité para recobrar mis sentidos y despertarme totalmente… Tuve cierta dificultad en recordar dónde estaba… Luego advertí la señal de las balas en la arena, balas destinadas a mí.

»Me puse en pie de un salto y eché a correr. Al parecer, la persona que hacía los disparos se encontraba oculta en alguna parte. Al correr, coloqué, evidentemente, un macizo de cactos entre los dos. Mi agresor lo rodeó, me siguió a la luz de la luna y me vio el tiempo suficiente para descerrajarme dos tiros. El último fue el que dio en el blanco, señores.

—Yo le vi caer —dijo Velma— herido por el último disparo. Apenas lo vi correr en mi dirección, me di cuenta de que alguien había disparado contra él.

—¿No llegó a ver al agresor? —preguntó Sam.

—No.

—¿Vio los fogonazos?

—No.

—Yo sí —terció Velma—. Vi los de los dos últimos disparos. Brillaron detrás de aquel cacto que tiene forma de barril. Está a unos cincuenta o sesenta pies del lugar en que se había tendido el doctor Kenward.

—¿Cree usted que podría llegar solo a la casa? —preguntó Tragg al médico.

—Con la ayuda de Velma, sí. No me gusta demasiado la aparente extensión de la hemorragia, pero es muy posible que logremos contenerla. ¡Ojalá! No me gustaría molestar a un médico.

Tragg le soltó el brazo e hizo a Greggory un ademán con la

cabeza.

Los dos volvieron al jardín de cactos, ligeramente separados, revólver en mano.

—Vaya con cuidado —dijo Tragg—. Ese tipo es capaz de emboscarse y disparar contra nosotros.

El comisario se desvió un poco más a la derecha.

—Dispare primero —dijo— y pregunte después. No hay que correr riesgos.

Andaban con gran tiento, pegados a las sombras, cruzando veloces las franjas arenosas bañadas por la luna, maniobrando juntos como sabuesos bien adiestrados, manteniéndose a la misma distancia, separados de forma que cualquier individuo que se ocultara a la vista de uno no pudiera evitar el ángulo de visión del otro.

Al final de su sigilosa marcha llegaron a la reluciente blancura de la enjalbegada pared que ceñía los terrenos.

Nada oyeron ni vieron. El jardín estaba en paz bajo la luna, sumido en hondo silencio, quebrado a intervalos por el lejano trueno de la marejada. Sólo la siniestra huella rojiza dejada por el médico era el testimonio de la mortal amenaza que ocultaba la silenciosa noche.

—Volvamos —dijo Tragg— al lugar donde estaba recostado el hombre, para ver si hallamos el punto desde donde fueron hechos los disparos. Luego buscaremos las huellas.

Localizaron el fogón de piedra, cubierto con una plancha de hierro, que había servido a los exploradores como cocina al aire libre, fogón del cual se levantaba aún un vago olor de maderas quemadas. Encontraron las mantas que señalaban el lugar en que se había tendido a dormir el doctor Kenward, y los agujeros acanalados de las dos balas que se enterraron en la arena.

Convergiendo sobre el cacto en forma de barril, distante unas treinta yardas, los dos policías advirtieron el brillo de una cápsula.

Tragg la recogió.

—Automática del calibre treinta y ocho —dijo simplemente.

Detrás de los cactos advirtieron huellas. Sam Greggory, procedente de tierras dedicadas a la ganadería, bajó la linterna y la sostuvo cerca del suelo para que las huellas se hicieran más claras. Pacientemente descifró en ellas la historia de lo ocurrido, aunque

empleó veinte minutos en darse por satisfecho.

Alguien había estado rondando al médico dormido, como el cazador ronda al gamo, procediendo desde un punto situado junto al muro, saliendo luego a la luz de la luna, a gatas por la arena, y un poco más adelante, arrastrándose un poco. Seguidamente se dispararon tres tiros. El agresor se puso entonces de pie, dejando marcadas profundas huellas en la suave arena. Luego se precipitó a otro cacto, distante unas cincuenta yardas y disparó dos tiros más. Las huellas mostraban después una desenfrenada carrera hasta el muro de cintura. Esto era lo que decía claramente la arena. El resto estaba borroso. La arena era tan suave, blanda y seca, que había recubierto las pisadas, y era imposible deducir mucho de ellas, excepto que parecían un poco pequeñas.

Tragg se hizo a un lado y corrió media docena de pasos para comprobar las primeras impresiones dejadas en la arena por sus pies, con las de su presa.

—Pies pequeños —concretó.

Greggory no estaba muy seguro.

—¿No estudió nunca las pisadas de los vaqueros con sus botas de tacones altos?

—Creo que no —admitió Tragg.

—Yo sí. Es casi seguro que estas huellas son las de unas botas de vaquero provistas de tacones altos.

—¿Por qué no de mujer? —preguntó Tragg.

Greggory estudió un instante esta sugestión de su colega.

—Quizá sean de mujer —admitió, aunque a regañadientes—. Volvamos a la casa.

Sonaba el teléfono cuando llegaron a ella, pero nadie le prestaba la menor atención. Velma trabajaba con la pierna de Kenward. Con aplomo profesional, recostado contra el respaldo, el médico daba instrucciones.

Greggory se dirigió al teléfono, descolgó el auricular y dijo:

—Dígame…

—¿El comisario?

—Sí.

—Aquí central de San Roberto. Un coche de la patrulla ha radiado una comunicación solicitando que nos pongamos en relación con usted para informarle que ha ocurrido un caso de

envenenamiento por arsénico en el distrito de Skyline, y que llevan a toda prisa a la víctima al hospital de la Merced.

—¿No puede informarme más?

—Se trata de un automóvil viejo, cargado con materiales para campamento y que arrastraba una casa rodante. Paró ante una señal de tránsito. El coche de la patrulla se puso a su lado. El que llevaba el volante dijo llamarse Bowers y que su socio se estaba muriendo en la casa rodante, víctima de un envenenamiento por arsénico. Lo había llevado a la casa del doctor Kenward, pero éste había salido. Ahora se lo llevaba a toda prisa al hospital. El coche de la patrulla le abrió camino con la sirena. Bowers dijo que esto estaba relacionado con otro caso de envenenamiento y que se lo dijéramos a usted. En el coche de la patrulla hay dos hombres. Uno de ellos hizo el informe mientras el otro conducía. Puedo ir a verlos en pocos minutos. ¿Quiere que me ponga en relación con el coche de la patrulla para darle algún mensaje?

—Sí —respondió el comisario—. Dígales que me reuniré con ellos en el hospital de la Merced.

Colgó y se volvió a Tragg.

—Banning —dijo— está en una casa rodante. Salty conduce el coche. Clarke se está muriendo envenenado por arsénico. Lo llevan a toda prisa al hospital de la Merced. ¿Quiere acompañarme? Dejaremos aquí al ayudante.

Tragg se precipitó hacia la puerta.

—Vamos.

Cruzaron corriendo el vestíbulo y sus pies resonaron sordamente en el piso encerado, despertando los ecos de la casa sombría. Se lanzaron por la puerta de la calle y se encaramaron en el coche del comisario. Greggory cerró la portezuela de un golpe, puso en marcha el motor, arrancó como una bala por la enarenada alameda, llegó al camino asfaltado e hizo funcionar la sirena.

—Después de todo —protestó Tragg, agarrándose como podía entre el respaldo del asiento delantero y el cuadro de mandos del coche—, hay cuatro ruedas en este coche, Sammy, amigo mío. Podría usarlas a la vez, en lugar de emplear solamente dos.

El comisario sonrió, hizo virar el coche en otra curva y le dio mayor velocidad.

—En Nueva York me hace usted poner los pelos de punta

conduciendo como un demonio entre el tránsito de la calle, de modo que me complace que nuestros caminos lo pongan nervioso. Todo es acostumbrarse. Aquí hay curvas. Allá, tránsito.

—Pero, después de todo, minuto más, minuto menos, no creo que importe demasiado —concretó Tragg.

—El parte recibido indica que Banning se está muriendo. Quiero recoger una declaración suya *in artículo mortis*.

—No sabrá quién lo envenenó.

—Tal vez se equivoque.

No hubo más discusión. El comisario seguía como un bólido las vueltas del camino haciendo patinar y rechinar el coche. Enfiló recto al pie de la zona montuosa y, sin dar descanso a la sirena, atravesó el barrio de San Roberto, de casas dormidas, metió los frenos y entró, patinando, por la entrada para las ambulancias del enorme hospital, situado muy lejos del distrito comercial.

El farol rojo sangre del coche de la policía inundó con su resplandor una casita rodante. Un grupo de hombres estaba de pie junto a la portezuela y, al frenar el comisario y abrir la portezuela de golpe, una enfermera, acompañada por un médico con bata blanca y un estetoscopio en la mano, salió de la casa rodante.

—¿Hay esperanza, doctor?

El hombre de la bata blanca dijo, lentamente:

—Ninguna.

—¿Murió?

—Murió.

Sam exhaló un profundo suspiro de cansancio.

—Envenenamiento con arsénico, ¿verdad? —inquirió con el tono de quien formula una pregunta de rigor para reafirmar una conclusión previa.

—Aparentemente —dijo el médico con sequedad—, fue una bala del calibre treinta y ocho descerrajada en el corazón casi a bocajarro. Hay pruebas de que poco antes de recibir el balazo, el hombre había ingerido una considerable cantidad de arsénico, y dada su enfermedad cardíaca, dato facilitado por su amigo el señor Bowers, hay sobrados motivos para creer que los síntomas patológicos habían avanzado demasiado para que el tratamiento curativo pudiese dar resultados satisfactorios. La bala no hizo más que precipitar su fin.

Tragg se volvió al comisario.

—Con Perry Mason en el asunto, la situación legal aparece espléndida. Cuando lo vea el fiscal, exprésele mi mayor simpatía.

11

Perry Mason despertó de un fatigoso sueño. Su cabeza estaba ahora despejada. Desde el rincón más apartado del aposento, una luz difusa le permitía ver el reloj. Las tres y cuarto.

Se quedó sentado unos instantes al borde del lecho y luego se vistió. El estómago y el abdomen le escocían y sentíase débil y aturdido, pero de su boca había desaparecido el desagradable sabor metálico. Mentalmente, estaba despejado.

En el fondo de su mente había un vago recuerdo que, por último, cobró una claridad meridiana. En algún momento de la noche. Velma Starler lo había despertado para tomarle el pulso, y le había dicho que volviera a dormirse, después de informarle de que Banning había muerto y que Della Street descansaba en perfecto estado desde después de las once. En ese momento Mason estaba demasiado abatido para preocuparse de nada que no fuera la buena noticia de que Della se encontraba fuera de peligro. El resto de lo dicho por la enfermera habían sido palabras sin significado.

Ahora Mason estaba despejado como nunca. Sentíase bien descansado, aunque débil, y su mente estaba empezando a integrar varios hechos en un todo armónico.

La casa parecía siniestramente adormecida. Respirábase esa atmósfera de los lugares en que se ha vivido mucho tiempo, pero cuyos moradores han desaparecido misteriosamente. El largo pasillo, pobremente iluminado, parecía más un pasaje sepulcral que parte de una residencia señorial. El salón al que Perry había dirigido una rápida ojeada, podía haber sido una sala de museo, después de cerradas las puertas e ido los visitantes.

Mason no quería despertar a los durmientes. Esperaba descubrir a Velma durmiendo como los gatos en alguna habitación, abierta la

puerta. No sabía dónde estaba Della y Velma podía decírselo. A él lo habían acostado en una de las habitaciones de la planta baja, posiblemente destinada a dormitorio de los criados. Sabía, de una manera vaga, que Della se hallaba en algún aposento del piso alto, pero ignoraba en cuál.

Una lámpara de la biblioteca proyectaba un difuso círculo de luz que acentuaba las negras sombras agazapadas en los rincones del salón.

Casi directamente bajo la lámpara había una mesita de fumador y sobre ésta un teléfono cuyo hilo de extensión corría hasta un enchufe en la pared. Junto a la mesa había un sillón.

Mason pasó de puntillas junto a la mesita cuando, llevado por una idea, retrocedió, se sumió en las profundidades de los muelles de la butaca, cogió el teléfono y pidió conferencia.

—Quiero hablar con Paul Drake, de la Agencia de Detectives Drake, Los Angeles. Comunicación a cargo de Drake. No llame al número habitual. Use éste que no figura en el listín: Rexmount 6985.

Mason se dio cuenta de nuevo de cuán grande era su debilidad cuando su cabeza acogió con agradecimiento el apoyo de los cojines del respaldo del sillón, mientras aguardaba a que le dieran la comunicación.

Por último oyó la voz de Paul Drake, llena de sueño:

—¡Hola, Perry! ¿Qué le pasa? ¿No tiene bastante dinero para pagar una conferencia?

Mason hablaba en voz baja:

—Llamo desde la casa de Banning Clarke, en San Roberto, Paul. Quiero que se ponga a actuar ahora mismo.

—Usted siempre quiere que haga algo en plena noche —refunfuñó Drake, irritado—. ¿Qué le pasa esta vez?

—Quiero que se haga explorador, Paul.

—¿Cómo? —preguntó Drake, incrédulo.

—Un explorador. Un viejo y zarrapastroso minero.

—¡Déjese de bromas!

—Hablo en serio.

—Pero ¿qué idea es ésa?

—Escuche —dijo Mason, pegando los labios al teléfono, baja la voz—: Tenga bien en cuenta estas instrucciones. No podré

repetírselas. Harvey Brady, propietario de una hacienda en Las Alisas, es cliente mío y un tipo excelente. Él le echará una mano en esto.

—Sé dónde está la hacienda —contestó Drake—. ¿Qué hago?

—¿Conoce algún periodista que le haga un favor, si logra de usted una bonita historia?

—Conozco periodistas que degollarían a su abuela a cambio de eso.

—¿Aunque no sea cierta?

—Prefieren que lo sea, Perry.

—Muy bien, Paul. Haga que lo parezca.

—Continúe. ¿Qué cosa es ésa?

—Usted es un buscador —prosiguió Mason—. No le van bien las cosas. Se encuentra con Brady en el desierto y le pide usted cuartos para proseguir sus exploraciones. Harvey está interesado en algunas de las famosas «minas perdidas» de California. Se siente dispuesto a apoyarte económicamente en la búsqueda de una de esas minas perdidas, con tal de que usted siga sus planes. Él tiene una teoría sobre la forma en que podría ser descubierta.

—¿Qué mina perdida? —preguntó Drake.

—Hágase el misterioso con respecto a esto y lo ocultará bien, pero deje escapar, de un modo u otro, que se trata en realidad de la famosa mina perdida de Goler. Muéstrese misterioso y reservado en todo el asunto. Harvey Brady se sentirá contento. Y ahora escúcheme bien, Paul: tendrá que conseguirse un poco de oro, un puñado de oro para hacer más real la historia. ¿Cree que puede conseguirlo?

—Sí —gruñó Drake—. Pero no a las tres de la mañana. ¡Por compasión, Perry!

—Esta historia tiene que saberse antes del mediodía. Consiga un par de mulos, un recipiente para el oro, pico y pala, un sombrero sucio, algún jersey remendado y todo lo demás.

—Bueno. De una forma u otra me las arreglaré. ¿Qué hago después?

—Después proceda a celebrarlo —indicó Mason.

—¿A cuenta de gastos?

—A cuenta de gastos.

El tono de Drake demostró mayor entusiasmo.

—La cosa no parece tan mal —dijo—. Es usted un cliente difícil, Perry, pero tiene cosas buenas.

—Cuando esté lo suficientemente achispado —continuó Mason—, deje escapar que la mina descubierta se halla en una propiedad privada, y que tendrá que guardar el secreto hasta que el capitalista, o sea Harvey Brady, pueda adquirirla. Luego aparece Harvey Brady y dice que usted habla más de la cuenta, se lo lleva y lo retiene secuestrado.

—¿Durará mucho el secuestro, Perry?

—Ya lo dispondré yo, Paul —respondió Mason—. En ese momento yo estaré en funciones. Pero lo importante es poner en seguida manos a la obra.

—Bien. Veremos lo que puedo hacer. ¡Qué cosas más raras se le ocurren!

—¿Qué hay de raro en ésta? —preguntó Mason, fingiendo sorpresa.

—¡Oh, nada! —refunfuñó Drake—. Pero si alguna vez se siente cansado de la vida, haga la prueba de saltar de la cama a las tres y media de la madrugada con el encargo de preparar para el amanecer un par de burros y todo un equipo de buscador y conseguir, además, unos centenares de dólares en oro virgen. Póngase después un sombrero sucio que convenza a la gente y métase en un jersey hecho migas… Está bien, Perry. Creo que me estoy volviendo un poco quejica. La cosa no me gustó cuando me habló de ella, pero ahora que le paso revista a lo que he de hacer, me parece más fácil. ¿No quiere nada más?

—Déjese de sarcasmos —dijo Mason.

Y colgó antes de que Drake pudiera decirle otra palabra.

Descansó unos minutos en el sillón, poniendo en orden sus pensamientos. Luego, al repasar la conversación con Paul, frunció el ceño, molesto. Volvió a descolgar el auricular y a pedir de nuevo conferencia.

—Estaba comunicando con Paul Drake, de Los Angeles: Rexmount 6985. Hay algo que olvidé comunicarle. ¿Puede ponerme en comunicación con él? ¡Es muy importante!

Mason retuvo la línea y a los pocos segundos oyó de nuevo la voz de Paul:

—¡Hola, Perry! Olvidó algo, ¿verdad?

—Sí.

—¿De qué se trata? ¿Quiere que aparezca montado en un elefante blanco cuando me retraten, o algo por el estilo?

—Una vez completo su disfraz —murmuró Mason— tenga cuidado con lo que come y bebe, Paul.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que alguien tratará de envenenarlo con una buena dosis de arsénico. No es una experiencia particularmente agradable. Empieza con un escozor metálico en la garganta. Della y yo acabamos de restablecernos de eso.

Y Mason volvió a colgar, antes de que el atónito Paul acertase a contestar.

12

Transcurrieron tres buenos minutos antes de que lograra levantarse de las profundidades del sillón para reanudar la búsqueda de Velma.

Pasó entre pesadas cortinas y entró en el vestíbulo, avanzando de puntillas por el piso encerado. La amplia curva de las escaleras, con sus balaustradas de hierro forjado, desplegábase grácil hacia arriba. Un reloj de pared desgranaba en la sombra su monótono tictac. Fuera de éste, en la casa no se advertía ninguna señal de vida.

Mason subió la escalera, ajeno a su belleza arquitectónica y a su laboriosa construcción. Para él era solamente un medio penoso y arduo de llegar al piso alto, sostenido por el insuficiente apoyo de sus desfallecidas piernas.

En el pasillo superior, caminó de puntillas, atento a alguna puerta. Estaba seguro de que Velma Starler estaría dormitando tranquilamente, vestida, atento el oído al menor ruido procedente de sus enfermos, como experta enfermera, haciendo rondas de vez en cuando para comprobar si sus pacientes estaban bien y descabezando breves sueños en los intervalos.

Mason pasó ante una larga fila de puertas cerradas y, por último, llegó ante una abierta, y echó una ojeada al interior.

Vio un suntuoso dormitorio lujosamente amueblado. Alguien había dormido en el lecho, pues tenía la colcha echada a un lado. Evidentemente, era un dormitorio de mujer. Pero aun teniendo en cuenta el lujo que había en toda la casa, Mason no acababa de convencerse de que fuera el dormitorio de Velma.

De pie en el umbral, sus ojos advirtieron otra puerta ligeramente entreabierta. Sintiéndose seguro de que el otro cuarto tenía más

posibilidades de ser el que buscaba. Mason avanzó con pasos rápidos y silenciosos hacia la puerta entornada, y la entreabrió suavemente, un poco más. Luego, al hacer girar la puerta sobre sus goznes, para poder ver el aposento, el abogado se contuvo. Era la habitación de Banning.

Una mujer, vestida con un salto de cama, estaba sentada ante el escritorio de tapa corrediza que había en un rincón. Al principio, Mason no consiguió reconocerla. Pero aquella nuca, las líneas de aquel cuello y los hombros difícilmente hubiesen correspondido a la enfermera. Demasiado pesados… demasiado…

La mujer volvió a medias la cabeza, como si a sus oídos hubieran llegado débiles rumores.

A Mason no le costó reconocer aquel perfil. Era el de Lillian Bradisson. La luz de la lámpara puesta sobre la tapa del escritorio, perfilaba las líneas de su rostro, líneas de astucia y codicia, de una avaricia ahora desencadenada y que había borrado su dulce sonrisa, tan cuidadosamente cultivada por ella. En ese instante sus emociones se habían despojado de la mascarilla y surgían en toda su desagradable desnudez.

Cualquiera que hubiese sido el leve rumor que la obligó a levantar la cabeza y escuchar, acabó por ser descartado por la señora Bradisson, como sin fundamento, tras algunos instantes de inmóvil espera. Su cabeza volvió a girar y Mason ya no volvió a ver su rostro. Los hombros de la mujer se agitaron un poco. Mason no podía verle las manos, pero advirtió en seguida que estaba registrando hábilmente los cajoncillos del escritorio.

Mason aguardó en silencio.

La mujer hallábase abstraída ahora en lo que estaba haciendo y no se cuidaba de ruidos sospechosos. Revisaba papeles extraídos de cada cajoncito, que volvía a colocar en su lugar antes de sacar el contenido del siguiente.

Mientras Mason la vigilaba, la señora Bradisson acabó por encontrar lo que evidentemente estaba buscando, o sea un documento plegado que desdobló y leyó. Al leer, se volvió para que la luz diera de lleno sobre el papel, de manera que Mason pudo ver de nuevo su rostro y observar que su expresión de curiosidad se cambiaba en un gesto de agria determinación.

La mujer metió la mano en la abertura de su salto de cama y

extrajo de ella otro papel plegado cuya semejanza con el primero era tanta que a distancia resultaban indiferenciables. Volvió a colocar el documento en el cajoncito. Mason observó que echaba atrás el crujiente y desvencijado sillón giratorio, preparándose para levantarse y que cambiaba de mano el documento y extendía la mano derecha al interruptor de la lámpara.

Silenciosamente Mason avanzó de puntillas pasillo abajo y se dirigió a la primera puerta de su izquierda. Movió el picaporte y comprobó que no estaba cerrada con llave.

Mason entró en la habitación lo suficiente para permanecer invisible si la Bradisson iba a echar una ojeada por el pasillo.

Alguien estaba durmiendo allí. Mason advertía una suave y rítmica respiración.

La puerta, abierta en parte, hizo que una corriente de aire soplara con tal fuerza por el aposento, hinchando las cortinas y agitándose en torno al lecho, y Mason, temiendo que la corriente despertara al que dormía, cerró casi por completo la hoja, espiando con impaciencia el corredor, ansioso de ver salir a la señora Bradisson.

Pero la mujer no compareció en él. Casi dos minutos después, Mason oyó un ruido peculiar e intermitente, que procedía de la habitación en la que la señora Bradisson había estado buscando en los cajones del escritorio. Un momento después volvió a oírse una nueva serie de rumores.

Exasperado consigo mismo, Mason reparó en la situación en que se había metido. Si salía de nuevo hacia aquel cuarto para ver qué hacía la Bradisson, corría el riesgo de tropezarse con ella. Si se quedaba donde estaba, ignoraría por completo lo que estaba haciendo…

El durmiente se agitó con inquietud en el lecho.

Mason decidió jugarse el todo por el todo; salió al pasillo. En ese instante la señora Bradisson apareció en el umbral. Entre dos fuegos, Mason retrocedió apresuradamente al dormitorio.

En el mismo instante crujió el somier y una figura se sentó en el lecho.

—¿Quién es?

Con la mano en la puerta, parado en el umbral Mason sonrió al reconocer la voz de Della. Cerró la puerta y dijo:

—¿Cómo se encuentra, Della?

—¡Ah! ¿Era usted, jefe? Desperté con la impresión de que alguien estaba ahí de pie… Había algo furtivo en… ¿Todo va bien?

—Todo, si usted se encuentra bien.

—Estoy mejor —dijo ella—. ¡Dios mío! ¡Qué horrible experiencia!… ¿Qué hora es?

—Cerca de las cuatro —dijo Mason, encendiendo la luz.

—Veo que he estado durmiendo un buen rato. Recuerdo que la enfermera estuvo por aquí. Me dio una inyección. ¿Se siente usted bien?

—Algo mareado —confesó Mason—. ¿Sabe que Banning ha muerto?

—Sí. La señorita Starler me dijo que lo habían encontrado, pero no envenenado… Según creo murió de un tiro.

—Una interesante situación legal —dijo Mason, sentándose al borde del lecho—. ¿Un cigarrillo?

—No, gracias. Todavía tengo en la boca ese gusto peculiar. Sospecho que no podría saborear su cigarrillo, jefe… ¿De qué situación legal se trata?

—Supongamos que yo le doy una dosis de veneno y usted muere. Asesinato, ¿verdad?

Ella se echó a reír.

—A veces, cuando cometo un error de los buenos, mi muerte sería un homicidio perfectamente justificado… ¡Adelante! ¿Qué quería usted decir?

—Pero supongamos que antes de que el veneno produjera su efecto en la víctima elegida, apareciera un tercero, le descerrajara un disparo mortal y se diera a la fuga. ¿Quién es culpable del asesinato?

Della frunció el ceño.

—Los dos —aventuró vacilante.

Mason movió la cabeza.

—No, a menos que se tratara de cómplices o de una acción conjunta. En ausencia de un acto conjunto, o de complicidad criminal, sólo uno de ellos puede ser condenado por asesinato.

—¿Cuál de los dos?

—Piénselo usted sola.

—No puedo. ¿Dice usted que la víctima había ingerido suficiente

veneno para morir?

—Exactamente.

—¿Y estaba muriéndose de veras?

—Sí… Cosa de diez minutos, tal vez segundos, Della.

—Bueno, en tal caso no voy a romperme ahora la cabeza. Tengo otras cosas en qué pensar. Sólo usted podría tener el valor de despertarme a las cuatro de la mañana para proponerme enigmas legales. Váyase de aquí y déjeme que me vista. Supongo que usted piensa marcharse, ¿verdad?

Mason se levantó.

—Hay mucho trabajo —anunció.

—¿Qué clase de trabajo?

—Creo —respondió él, pensativo— que lo que voy a hacer ahora va a darle al amigo Sam Greggory serios disgustos.

13

Mason se detuvo en el umbral del dormitorio.

—¿Está segura de que se siente lo bastante bien para viajar? —preguntó.

—Sí. Ahora ya estoy bien. Hubo un momento en que me sentí como un trapo de cocina lleno de nudos.

—Le diré lo que quiero que haga, Della. Cúbrame los pasos mientras me cuelo en el cuarto de Banning.

—¿Qué he de hacer?

—Párese aquí en el umbral. Si oye que viene alguien, haga como si estuviese a punto de salir de la habitación, trabe conversación y…

—¿Y si esa persona va al otro cuarto?

—Es un riesgo que tenemos que correr. Lo que quiero es evitar que me vean entrar o salir del cuarto de Banning.

—Muy bien. Sea quien sea, jefe. Lo que usted quiere es que nadie sepa que está usted ahí dentro.

—Exactamente.

—Si viene el teniente Tragg habrá dificultades. Querrá saber dónde se ha metido usted.

—Sí —respondió Mason—. Roguemos al cielo para que esto no ocurra. Levante la voz y salude por su nombre al que venga, así sabré con quién tengo que vérmelas. ¿Preparada?

—Deme unos minutos para vestirme.

—No. No puedo esperar, Della. Voy a filtrarme ahora mismo por esa puerta. Cubra mis pasos. Vístase mientras tiene un ojo en el pasillo. Hasta ahora.

Mason dejó el umbral y avanzó en silencio por el pasillo hasta llegar frente al dormitorio en que había visto a la señora Bradisson

sentada al escritorio. La puerta estaba ahora cerrada. Mason la abrió con ímpetu y se precipitó adentro, cerró tras sí y aguardó un momento, atento a las señales de peligro de Della.

Al no oír nada, Mason hizo girar el interruptor instalado cerca de la puerta y se bañó de claridad el aposento. Se dirigió al escritorio y no tuvo dificultad en dar con el documento colocado por la señora Bradisson en el cajoncillo.

Lo desdobló. Era un testamento fechado el día doce del mes de julio de mil novecientos cuarenta y uno, escrito al parecer por la propia mano de Banning Clarke. Legaba todos sus bienes a su amada esposa Elvira, o «en el caso en que ella me precediera», a sus herederos legales, excluyendo no obstante, a James Bradisson de toda parte en los bienes antedichos.

Dedicó escasos segundos a este testamento. Le echó un rápido vistazo y lo dejó en el cajoncito. Luego se dedicó a la tarea de descubrir el origen del martilleo oído poco después de salir de la habitación.

Practicó primero un cuidadoso examen de la alfombra. Nada indicaba que ésta hubiese sido levantada o movida. Exploró los bordes y registró las esquinas.

En el aposento había media docena de fotos con marcos. Los descolgó y examinó el reverso para ver si habían sido desclavadas. Luego colocó en su lugar las puntas que sujetaban los cartones.

No pudo hallar huella alguna de que las fotos hubieran sido tocadas.

Tampoco había pruebas de haber sido metidas en la pared clavos o tachuelas. Volvió las sillas patas arriba, miró los fondos y registró también el de la mesa. Se echó luego de bruces en el suelo, se volvió de espaldas, metió la mano por la parte inferior de los soportes de los cajones, uno a uno, y los inclinó hasta poder ver el fondo.

En el fondo del cajón inferior del costado izquierdo del escritorio halló Mason lo que buscaba.

El escritorio era un mueble anticuado, construido con los más finos materiales, y los fondos de los cajones eran de madera pura, circunstancia ésta que obligó a la señora Bradisson a clavar las chinchetas para asegurarse de que habían sido introducidas en la madera hasta la cabeza. Esto, según supuso, explicaba el martilleo

percibido antes.

En pocos segundos vació el contenido del cajón. Luego lo volvió boca arriba y se puso a examinar el documento, extendido y asegurado en tal posición en el fondo de la madera.

Era un testamento fechado el día anterior, enteramente manuscrito, con letra angular y un poco torpe.

Decía así:

«Yo, Banning Clarke, comprendiendo que puedo morir repentinamente, no sólo a causa del estado precario de mi salud, sino por ciertas siniestras influencias que obran a mi alrededor, sin contar con la oportunidad de transmitir importantes informaciones a los seres queridos, hago este mi último testamento, conforme a las palabras y números que siguen. Conviene a saber:

»Primera: Revoco todos los anteriores testamentos hechos por mí.

»Segundo: Doy, lego y entrego a Perry Mason la suma de dos mil quinientos dólares, que confío será aceptada por dicho Perry Mason en concepto de honorarios profesionales para que haga que sean ejecutados mis deseos, y dejo a su agudo juicio y claro entendimiento la determinación de la naturaleza exacta de tales deseos.

»Tercero: Doy y lego a mi enfermera, Velma Starler, la suma de dos mil quinientos dólares.

»Cuarto: Doy, lego y entrego el resto, sobrante y remanente de mis propiedades a P. C. (Salty) Bowers, mi amigo y, durante años, mi socio.

»Hay otra persona a quien deseo dejar un legado. Pero me encuentro en la imposibilidad de hacerlo, porque todo intento mío en este sentido desbarataría sus propios fines. Dejo a la perspicacia de mi albacea testamentario la comprensión de lo que oculta mi pensamiento. Como única pista que me atrevo a suministrar, prevengo a mi albacea testamentario que existe el peligro de que el mosquito adormilado despoje de una valiosa herencia a la persona a quien quiero beneficiar.

»Designo a Perry Mason albacea testamentario ejecutor de esta mi última voluntad y mi último testamento, función que

cumplirá sin impedimento. Dirijo su atención a lo que podrá descubrir en el cajoncito superior del escritorio. Es la única pista que hasta ahora he podido encontrar, pero es algo muy significativo.

»Enteramente escrito, fechado y firmado de puño y letra del testador abajo firmante.

»BANNING CLARKE.»

Mason abrió el cajoncito indicado por el testamento. Sólo contenía un frasquito de vidrio. Había algunas partículas de oro adheridas al fondo. Pero lo que cautivó la atención del abogado fue la única cosa que había en el frasquito: un mosquito.

En el momento en que el abogado volvía el recipiente, el insecto movió sus patitas, dio una serie de espasmódicos pateos y se quedó inmóvil.

El bicho estaba muerto.

De repente rompió el hilo de su pensativa contemplación la voz de Della Street que estaba diciendo:

—¡Oh!… ¡Hola, teniente Tragg! Iba a salir justamente en su busca. ¿Sabría usted decirme dónde está el señor Mason?

Y Mason oyó responder al policía:

—Está en el dormitorio del ala noroeste de la casa, Della.

La joven vaciló un instante, pero luego, conservando alto y agudo el tono de su voz, añadió:

—¡Ah! De modo que usted y el *sheriff* lo estaban buscando, ¿verdad?

El propio *sheriff* Greggory mordió el anzuelo:

—Vamos a echarle un vistazo al cuarto de Clarke —respondió—. Estamos tratando de descubrir el motivo del crimen.

Mason, trabajando a toda prisa, desprendiendo con el cortaplumas las cabezas de las chinchetas, oyó decir a Della, en su desesperado esfuerzo por apartar de allí a los policías:

—Es que no está en ese dormitorio de la planta baja. Ya miré en él. ¿No cree usted que le haya ocurrido algo?

El *sheriff* parecía un poco preocupado.

—¿De veras no está en su dormitorio?

—Sí. Miré allá abajo hace lo menos diez minutos.

Mason acabó de sacar las chinchetas y se las guardó en el

bolsillo. Luego dobló el documento y lo metió en un bolsillo de la americana. Seguidamente volvió a dejar las cosas en el cajón, tratando de hacerlo lo más rápidamente posible y sin ruido. El frasquito fue a parar al bolsillo del chaleco.

Afuera continuaba la conversación. Greggory decía:

—Después de todo, supongo que podríamos… Bueno, probablemente andará buscando pruebas de alguna clase.

—¿Cómo? ¿Sin haber subido siquiera a preguntar cómo estaba?

—Tal vez entró a mirar… o se informó por la enfermera.

—Pues tendría que haber venido aquí —dijo Della con acento categórico—. A menos que le haya ocurrido algo grave… ¡grave!

El momentáneo silencio que se produjo indicaba la posibilidad de que Della obtuviese un respiro. Pero Tragg fue el que determinó la marcha de los hechos.

—Bueno, podría echar una ojeada, Sam. Sólo necesitaremos un minuto. Luego podremos ir a buscar a Mason.

La voz de Tragg sonaba cansada.

—Durante los tres últimos años, Sam —dijo— he deseado un caso de homicidio en el que ese tipo estuviera al otro lado y yo pudiera tener, por lo menos, las mismas probabilidades. Siempre me ha derrotado. Pero esta vez está postrado en cama a base de una buena dosis de veneno y estoy dispuesto a aprovechar la ocasión. ¡Vamos, Sam! Echémosle una ojeada al cuarto ahora mismo.

Volvió Mason el cajón a su lugar, recostóse sobre la silla giratoria, puso los pies sobre el escritorio, apoyó la barbilla en el pecho y permaneció inmóvil, cerrados los ojos y respirando profundamente.

Oyó que giraba el pestillo y decir, sorprendido, a Sam Greggory:

—¡La luz está encendida!

Y luego a Tragg:

—Bueno… ¡Que me descuarticen vivo!… ¡Miren quién está ahí!

Mason mantuvo la cabeza apoyada en el pecho, cerrados los ojos, lenta y regular la respiración.

Greggory dijo a Della:

—Bueno, aquí la tiene, señorita Della.

La exclamación de sorpresa que lanzó la joven fue ejecutada magníficamente, según la opinión del detective.

—Bueno, volvemos a las andadas. ¡Lo de siempre! Supongo que

si había pistas en este sitio él ya debe tenerlas —mascullo Tragg.

—En este condado no se va a salir con la suya —exclamó Greggory—. Si ha tocado algo en esta habitación sabrá en seguida que estas cosas no se permiten en nuestro condado.

Mason conservaba el rostro absolutamente desprovisto de expresión, cerrados los párpados y profundo el respirar.

—La treta es buena, pero no cuela, Perry —dijo Tragg—. Pero si lo desea, siga con ella. Vamos, represente el resto de la comedia. Despierte sorprendido, parpadee un poco, frótese los ojos con los puños y pregunte: «¿Qué pasa?», simulando no saber en este momento dónde está. Lo he visto hacer muchas veces para no saberlo al dedillo… ¡Hombre! ¡Si yo mismo lo ensayé en una ocasión!

La respiración de Mason no varió.

—Me parece que usted olvida —dijo Della con dignidad— que a nosotros dos se nos han aplicado inyecciones. Yo misma todavía me siento mareada. A duras penas puedo estar despierta.

—Eso es cierto —dijo el *sheriff*—. Le pusieron inyecciones, ¿verdad? ¿Se siente bien ahora, señorita Street?

—Un poco mareada —respondió ella—. No me atrevo a cerrar los ojos porque me caería de sueño. Creo conveniente para los dos que nos vayamos. El médico no dijo nada sobre el tiempo que podría estar aquí.

En el umbral se oyó la voz de la señora Bradisson:

—¿Qué pasa, por favor? ¿Ocurre algo?

—Estábamos dando un vistazo por aquí —respondió Greggory.

Su voz tenía ese tono deferente de los funcionarios ante los contribuyentes de influencia.

—Bueno, pienso que éste es un medio bastante poco frecuente de hacer las cosas, señores. Entran en mi casa como si tal cosa y…

—No podíamos perder mucho tiempo —terció el teniente Tragg —. Lo hacemos para protegerla, señora Bradisson. A usted y a su hijo. Queremos pillar al asesino antes de que intente otro nuevo golpe.

—¡Ah! Bueno, aprecio como corresponde su manera de ver las cosas…

Mason oyó la voz de Nell resonar al fondo del pasillo.

—¿Qué pasa? ¿Otro más?

—Está bien, Nell. Puede volver a casa —dijo la señora Bradisson.

Della tendió la mano, agarró del hombro a Mason y lo sacudió con energía.

—Vamos, jefe —dijo—. ¡Despiértese!

Mason masculló unas palabras ininteligibles, con la voz pastosa.

—Es la inyección —declaró Della, sacudiéndolo con mayor energía que antes—. ¡Vamos, jefe! ¿Se encuentra bien? Tal vez sea mejor buscar a la enfermera. Mientras no se trate de una recaída… ¡Tiene que eliminar de su organismo ese veneno!

Mason aplicó la lengua contra los dientes, emitió nuevos gruñidos que difícilmente podían interpretarse como palabras y luego, volviendo los ojos hacia arriba, alzó los párpados, pestañeó rápida y brevemente y los volvió a cerrar, hundiéndose más aún en su asiento.

Della continuó sacudiéndolo, abofeteándole con suavidad la cara.

—¡Despierte, jefe! —dijo—. Despiértese. ¿Se encuentra bien ahora?

Dejóse caer de rodillas a su lado, y le tomó la mano. Su voz temblaba de angustia.

—Dígame, ¿se siente bien?… ¿Se siente bien?… ¡Que alguien vaya a buscar a la enfermera, por favor! ¡Está enfermo!

Mason consideró para sus adentros que fue un magnífico acto de representación. Casi estaba por jurar que la voz de Della vibraba con un tono de histerismo.

Esta vez abrió los ojos de par en par, dedicó a la joven una borrosa sonrisa y tartajeó, ronco:

—Yo… estoy bien… Déjeme… dormir.

Ella se puso de pie, a su lado, y continuó sacudiéndolo.

—¡Jefe! ¡Tiene que despertarse! ¡Ha de reaccionar en seguida! Yo…

Mason bostezó prodigiosamente, volvió a abrir los ojos y la miró:

—¡Lleno de drogas! —murmuró, silabeando como los borrachos—. ¿Y usted? ¿Está bien?

—Sí, sí. Yo estoy bien… ¿Qué estaba haciendo aquí?

Mason, rompiendo aparentemente las cadenas del sueño, miró

en torno suyo a los demás ocupantes de la habitación, sorprendido y desasosegado.

—¿Qué pasa? ¿Ocurrió algo?

—No, no. Todo va bien, jefe. Pero ¿cómo se metió usted aquí? ¿Qué estaba haciendo en este cuarto?

El detective apreció la técnica sagaz que ella seguía, con la que le daba una amplia oportunidad de explicarse, anticipándose a las preguntas de los policías.

—Subí a ver cómo estaba usted, Della —murmuró—. Estaba durmiendo tranquilamente. Le hablé, pero ni me oyó. Entonces decidí esperar a que despertara para decirle que volveríamos en el coche cuando se encontrara bien para ello. Dejé entornada la puerta y me senté un rato en el pasillo. Había mucha corriente. Vi esta puerta abierta. Entré y me senté en esta silla, para poder oírla en cuanto se despertara… Tengo la impresión de que mi organismo no ha eliminado la droga todavía… Bueno, ¿qué noticias hay, Tragg?

El policía se volvió a su colega, e hizo un breve ademán moviendo las manos.

—Ya ve, Sam —refunfuñó—. Siempre es así. Nunca se puede saber si pretende darnos gato por liebre, o si dice la verdad como un santo varón.

—Nosotros no admitimos ninguna clase de triquiñuelas, amigo —dijo Greggory con tono de amenaza—. Cuando tratan de darnos gato por liebre, armamos el cisco.

Mason bostezó de nuevo.

—No se lo censuro, *sheriff*. Yo haría lo mismo. Bueno, ¡vamos, Della! Si se siente con fuerzas para viajar, nos vamos en seguida… ¿A qué viene esta excitación? ¿Creyó alguien que me había muerto?

—No —repuso Sam—. Estamos dando los pasos necesarios para evitar más crímenes.

Nell Sims terció desde detrás del grupo, con voz chillona e impersonal:

—Esto es como si cerráramos la puerta cuando ya se han ido los bueyes, señores.

Desde fuera llegó el ronco rebuzno de un asno solitario.

Mason agarró a Della del brazo. Sus ojos se encontraron con los de la señora Bradisson. Sólo ella conocía y podía probar, si lo deseaba, la falsedad de la historia de Mason. Pero traicionarlo

implicaría forzosamente la necesidad de admitir su propia y misteriosa incursión en la habitación del difunto.

—¡Buenos días, señora Bradisson! —dijo Mason, inclinándose burlón.

—Buenos días —contestó ella, secamente.

14

El teniente Tragg se instaló en el despacho particular de Mason como si estuviera en su casa.

—¿Cómo va? —preguntó, duros y escrutadores sus ojos, sin apartarlos del abogado.

—Todavía estoy un poco aturdido —admitió Mason—, pero bien de salud. Esta tarde he de tomar unas declaraciones. ¿Y el doctor?

—Va reaccionando.

—Y el caso, ¿cómo anda?

Tragg sonrió.

—No corresponde a mi jurisdicción. Es cosa de mi colega Sammy. De todos modos va a pedir la colaboración de la policía metropolitana. Si lo consigue es probable que el jefe me dé este trabajo.

—¿Tiene algún aspecto local el caso? —preguntó Mason, curioso.

El interpelado asintió.

—¿No puede decirme cuál es?

—Ahora no.

—¿Qué descubrió en el asesinato de Clarke?

—Es una de esas cosas extrañas que suceden en el mundo. La historia que contó Salty Bowers es una extraña mezcla de coincidencias. Sin embargo, tal vez sea verdad.

—¿Qué historia es? —preguntó el abogado.

—Clarke le había dicho más de una vez que podría provocarse una situación tal que se hiciera necesario emprender un viaje al desierto. Le dijo a Salty que se encontraba suficientemente bien para realizar este viaje, si él lo preparaba todo y estaba dispuesto a partir en cuanto él, Clarke, le diera la consabida señal.

—¿Y le hizo la señal la noche pasada?

—Aparentemente, sí. Salty salió con su novia. Pero ni siquiera llegó a acompañarla hasta su casa. La dejó al pie de la colina y le dijo que regresara con el ómnibus. Regresó luego a escape, reunió todo el equipo en el viejo coche. Hizo un trabajo rápido cuando arrolló los sacos para dormir y acondicionó los trastos en los cajones. Al parecer lo ha hecho muchas veces… El hombre sabe cómo componérselas. Dice que solo empleó diez minutos.

—¿Y los animales?

—Parece que al principio tuvieron la intención de cargar los burros en el remolque. Pero Clarke temió hacer demasiado pesado el viaje. Salty tanteó las posibilidades de la casa rodante y comprobó que Clarke podía entrar tranquilamente andando a gatas y meterse en la cama como si estuviese en un yate. Se convino entonces en que Salty haría dos viajes: el primero para llevarse a Clarke en la casa, y el segundo para recoger el remolque en el que cargaría los animales y se los llevaría consigo.

—Veamos, ¿quién provocó el éxodo? —preguntó Perry Mason.

—Usted. Por esto quería hablarle.

—¿Cómo? ¿Yo?

Mason enarcó las cejas con un ademán de sorpresa deliberada.

—Salty dijo que usted le dio a Clarke una determinada señal de partida, y que éste le hizo la indicación de que había llegado el momento de marcharse.

Mason sonrió.

—Me sospecho que fue por la citación —dijo.

—¿Qué citación?

—Verá usted… Moffgat, el abogado, comenzó a hablar de tomar declaraciones. Por la forma en que se estaba yendo fuera del tiesto, tuve la sospecha de que el tipo buscaba un pretexto para tomar declaración a Clarke, relacionada aparentemente con el caso de estafa, pero preparando en realidad un sondeo a fondo, destinado a arrancarle alguna información relativa a un asunto completamente distinto.

—¿Qué asunto?

Mason se limitó a sonreír.

—¿Cómo estaba usted al corriente de este ardid? —preguntó Tragg.

—Bueno. El caso es que Della vio una citación en la cartera del hombre cuando sacó el documento para tomar declaración a Pete Sims.

—¿La que va usted a tomar esta tarde?

—Sí.

—¿Por qué no la aplaza? —preguntó Tragg, solícito—. No se encuentra usted bien, y…

—Muchas gracias por su consideración (mejor sería que dijera por su rara consideración) sobre mi salud —y Mason sonrió—. Pero prefiero tomar la declaración y acabar de una vez con eso. Cuanto más tiempo tenga que esperar Moffgat, mayor será el número de preguntas que podrá pensar… Creo que tuve una buena cantidad de mareos y desmayos con tantas drogas como me dieron… ¿Dónde estuvo la gente por la tarde y por la noche?

—En varios lugares —respondió Tragg, evasivamente—. Ya se están haciendo las averiguaciones oportunas.

—Aparentemente, usted quiere hablar sólo de Salty.

—Pienso que es el único que puede echarme una mano en el caso.

—¿Qué desea saber?

—La razón exacta que impulsó a Clarke a marcharse al desierto.

—¿Qué dice de eso Salty?

—Sencillamente, que usted se lo insinuó.

Mason, sacudió la cabeza.

—Me temo que haya comprendido mal mi indicación.

Tragg contempló con expresión calculadora a su interlocutor.

—Y también —continuó— ¿qué estaba usted haciendo en el cuarto de Clarke cuando entramos Sam y yo?

—Esperaba a Della —repuso Mason con aire inocente, y luego añadió, bostezando—: Cada vez que lo pienso, me da sueño.

—A mí me da un poco de fatiga —dijo Tragg, glacial—. ¿Sabía que Clarke dejó un testamento en su escritorio?

—No me diga…

Tragg hizo ademán de marcharse.

—Creo que soy un optimista empedernido —anunció—. Siempre me engaño a mí mismo, creyendo que algún día podría escaparse algo.

—¿Qué le ocurrió exactamente a Clarke? —preguntó Mason—.

Exactamente, ¿cómo ocurrió?

—Ya se publicó en los periódicos —dijo Tragg—. Se fueron al desierto. Salty iba delante, conduciendo: Clarke tendido en el lecho de la casa rodante, al parecer durmiendo. Esto era una novedad para los dos. Olvidaron instalar medios de comunicación que pusiera a Clarke en comunicación con Salty, sentado en la parte delantera. El automóvil producía tal ruido que Salty no podía oír ni un trueno, y con más razón un grito.

»Después de recorrer una cierta distancia, Salty se detuvo para ver cómo se encontraba el enfermo. Lo encontró muy mal y débil, con los mismos síntomas de envenenamiento por arsénico que tuvieron los Bradisson. Salty giró a toda prisa y condujo como un loco hacia San Roberto. Voló a casa de Kenward. El doctor no estaba. Entonces acudió a una farmacia de servicio nocturno, telefoneó al hospital y dijo que llevaba un hombre envenenado. Lo paró una señal de tránsito. Apareció un coche de la patrulla. Salty continuó conduciendo, gritando fragmentarias explicaciones a los policías. Éstos les precedieron haciendo sonar la sirena para abrirle paso e informaron de todo a la central. Y éstas son, queridos oyentes, como dicen los locutores, todas las noticias que tenemos hasta este momento. Es decir: todo lo que voy a decirle a usted, Mason…

—¿Lo mató la bala?

—La bala lo mató.

—Pero ¿no moría por envenenamiento?

—Bueno, sí…

Tragg vaciló.

—¿Qué reveló la autopsia? —preguntó Mason.

—Esto me lo reservo —dijo Tragg, sonriente.

15

Lleno de suficiencia, George Moffgat estaba deseoso de entrar en materia. Pero siguió la táctica de mostrarse cortés y solícito.

—¿Está usted seguro de que se encuentra con fuerzas suficientes para tomar estas declaraciones, señor abogado defensor?

—Creo que podré tomarlas sin contratiempos —contestó Mason.

—¿Por qué no espera uno o dos días más?

—Bueno, bueno… Estoy un poco mareado… Nada más.

—Cuando gusten, señores —dijo entonces Jim Bradisson—. No se preocupe por las molestias que pueda darme, señor Mason. Aprecio debidamente la circunstancia del caso y celebro ser…

—No, no. Está bien —replicó el abogado.

Moffgat se volvió al notario, con esa expresión alerta que caracteriza al cachorrillo «bulldog» cuando se dispone a saltar a la pelota, apenas ésta es arrojada por el amo.

Solemne, anunció:

—Este es el minuto, la hora y el lugar fijados de antemano para recibir la declaración de Pete G. Sims, uno de los querellados en la acción del «Come-Bank Mining Syndicate» contra Sims y otros, y de James Bradisson, presidente de la antedicha Compañía. Los querellados tienen como representante al señor Perry Mason. Yo represento al querellante. Los dos testigos se hallan presentes y dispuestos a prestar el juramento de rigor.

—¿Se ha originado esta declaración por vía de estipulación, señores? —preguntó el notario público.

—Precisamente —dijo Mason.

—Exacto —añadió Moffgat.

—El testigo Sims prestará juramento —dijo el notario público.

Pete Sims miró con aire de duda a Mason.

—Levántese —dijo éste.

Sims, un cincuentón delgado, cuyo rostro tenía la expresión del hombre que ha peleado con la vida y resultado vencido en la lucha, se puso de pie.

—Levante la mano derecha.

Sims levantó la mano derecha.

El notario público hizo toda una ceremonia de este juramento:

—¿Jura usted solemnemente que el testimonio que va a prestar en el caso del «Come-Bank Mining Syndicate» contra Sims y otros, será la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

En la voz de Sims había cierta solemnidad medrosa.

—Sí —prometió.

Luego se sentó, cruzó las piernas y miró a Moffgat con angelical inocencia.

El abogado abrió su cartera, extrajo unos papeles, colocó un maletín a su derecha, miró a la taquígrafa judicial elegida para anotar todo lo que se dijera y se volvió por fin al testigo.

—Su nombre es Peter Sims. Es usted esposo de Nell Sims. ¿Está usted familiarizado con las minas conocidas por «Shooting Star Group»?

—Sí —dijo Pete con acento de franqueza.

—Seis meses atrás, señor Sims, tuvo usted una conversación con el señor James Bradisson, ¿verdad?

—Siempre estoy hablando con él —dijo Pete, y luego añadió—: Es decir, de vez en cuando.

—Sí, pero hace seis meses tuvo usted una conversación especial, en la que le habló de cierto descubrimiento aurífero efectuado en dichas minas, ¿no es eso?

—Bueno, la verdad —murmuró Sims—. Creo que esto no lo recuerdo.

—¿Quiere usted decir que no puede recordar una conversación que tuvo hace unos ciento ochenta días?

—Creo que tendré que explicar eso.

—Creo que sí —dijo Moffgat con sarcasmo.

—La cosa fue así. Yo poseo una de esas personalidades dobles de que tanto se habla. La mayor parte del tiempo soy yo mismo, pero con frecuencia «Bob» ocupa mi lugar, y ya no soy yo.

—¡Está hablando bajo juramento, señor Sims! —dijo Moffgat.

—Ya sé que hablo bajo juramento —replicó Sims, dignamente.

La voz de Moffgat vibró entonces con acento triunfal:

—Siga adelante, señor Sims —ordenó—. No olvide que habla bajo juramento. Díganos algo de esa doble personalidad suya, y por qué no puede recordar la conversación que tuvo con el señor Bradisson.

—Bueno, la cosa fue así —explicó Pete, dirigiendo una inocente mirada de reojo al sobresaltado notario público—. En el fondo soy un hombre bueno. Puedo beberme un vaso o no. Soy ambicioso y quiero salir adelante en la vida. Soy leal, estoy enamorado de mi mujer y creo que soy un esposo excelente.

—Ajuste su respuesta a la pregunta formulada, señor Sims —dijo Mason.

—Él la considera ajustada, señor Mason, y yo también —refunfuñó Moffgat—. Adelante, señor Sims. Quiero que me explique esa doble personalidad. Recuerde, desde luego, que habla bajo juramento.

—¡Está bien! —dijo Sims—. A esa otra personalidad la llamo «Bob». Bien es verdad que puede llamarse con otro nombre cualquiera, pero no sé cuál es el verdadero. Para mí es «Bob» y nada más… A veces estoy muy tranquilo y de pronto viene «Bob» y toma posesión de mí… Cuando sucede esto, yo me esfumo, me desvanezco… No puedo saber con exactitud lo que hace «Bob» cuando está a cargo de mi personalidad.

—¿Siente alguna especie de anuncio o aviso previo que le hace saber que esa segunda personalidad está a punto de posesionarse de usted? —preguntó Moffgat, triunfante.

—Solamente una especie de sed —respondió el testigo—. Apenas siento esa sed horrible me voy a cualquier lugar donde haya un vaso de cerveza fresca, y en cuanto he pedido el vaso, viene «Bob» y me saca de mí… Ahora les explicaré la diferencia que hay entre «Bob» y yo.

—Adelante —animó Moffgat—. Esto es lo que deseo yo saber.

—El caso es que «Bob» no puede estar sin el trago. Es un

borracho de tomo y lomo, y esto hace que me resulte muy molesto. Llega «Bob» y toma posesión de mí, me echa afuera y se emborracha. Después me despierto con un dolor de cabeza espantoso… ¡«Bob» se ha ido! No estaría mal que «Bob» se quedara a pelear con el trabajo, pero nunca lo hace. Me echa afuera y lo pasa de primera bebiendo a más y mejor. Luego se larga y que me las componga yo con el dolor de cabeza que tengo al día siguiente.

—Ya veo —dijo Moffgat, suavemente—. Ahora, volviendo a la venta de esa mina al señor Bradisson, que actuaba por cuenta del querellante de esta acción, ¿no recuerda nada de lo que dijo con respecto a esa mina?

—Sólo sé que estaba hablando de minas cuando de pronto sentí esa sed extraña. Sin duda «Bob» tomó entonces posesión de mí porque lo único que recuerdo es que me desperté dos días después con un tremendo dolor de cabeza y un montón de dinero en el bolsillo.

—¿Le dio usted algunas muestras de cuarzo aurífero, extraídas personalmente, según dice, de la mina «Shooting Star»? —preguntó Moffgat.

—Eso sí que no lo recuerdo.

—¿Diría usted que sí o que no?

—Me parece que hay una gran probabilidad de que Bradisson recibiese oro de mí mientras «Bob» llevaba el asunto.

—Pues bien —continuó Moffgat— ese oro fue sustraído de las muestras que Banning Clarke guardaba en el cajón inferior del escritorio que se encuentra en su habitación. ¿No es cierto?

—No puedo decir nada sobre esas muestras por la razón de que no recuerdo nada.

—Esa personalidad secundaria a la que llama usted «Bob», ¿no tomó posesión de su cuerpo hasta después de haber empezado a hablar con el señor Bradisson con respecto a la «Shooting Star Group»?

—No puedo recordarlo con exactitud. Comenzamos a hablar de minas… Naturalmente, como mi mujer era dueña de esa mina, yo tenía derecho a hablar… Esto fue antes de que viniera «Bob». Después no sé lo que ocurrió.

La voz de Moffgat adquirió una suavidad creciente.

—Comprendo su posición, señor Sims. Usted, por sí mismo, bajo

ninguna circunstancia, se haría culpable de una representación fraudulenta. Pero hay momentos en los que no es usted responsable de sus actos, momentos en que esa fastidiosa doble personalidad lo coloca en la penosa posición de cargar con la responsabilidad de cosas que se perpetran sin su conocimiento y efectuadas sin su voluntad.

—Exactamente —corroboró el testigo. Y luego, después de haberlo meditado un instante, añadió con acentuado énfasis—: Exactísimo.

Y sonrió, radiante, al abogado, con esa expresión de amistad inspirada sólo por la más perfecta comprensión.

—Pues bien —continuó Moffgat—, volviendo al día en cuestión, es evidente que usted no tenía idea alguna, al ser alejado por esa perversa segunda personalidad, de que ella lo impulsaría a estafar al señor James Bradisson, ¿no es cierto?

—¡Claro está que no! El señor Bradisson es amigo mío y yo no movería un dedo para perjudicarle. Es más, no tocaría uno solo de sus cabellos.

Bradisson se acarició el cráneo, prácticamente calvo, con su diestra inmaculadamente cuidada y sus ojos se suavizaron con un destello burlón.

Moffgat prosiguió con su suavidad de felino:

—Usted, por sí mismo, no tenía la intención, ni la más remota intención de tratar de vender ese día unas minas al señor Bradisson, ¿no es verdad?

—Absolutamente ninguna.

—Ahora bien: ¿había estado «Bob» en posesión de su cuerpo en algún momento previo a la conversación que sostuvo usted con el señor Bradisson?

—¿Se refiere usted a ese día?

—Ese día o uno o dos días antes o después de ese momento — dijo Moffgat, displicente.

—No. Hacía mucho tiempo que me dejaba en paz. Eso tenía que haber sido una advertencia para mí, porque cuando «Bob» permanece ausente tanto tiempo, la sed viene de pronto. Entonces él me saca afuera y obra por su cuenta.

—Comprendo. Pero, definitivamente, «Bob» no había obrado por su cuenta en ningún momento entre los tres o cuatro días previos a

su conversación con el señor Bradisson, ¿verdad?

—Exacto.

—Entonces —prorrumpió Moffgat, sarcástico, prescindiendo de sus maneras suaves y adoptando una súbita agresividad—, ¿cómo explica usted el hecho de acudir a esa entrevista con el señor Bradisson llevando cargados los bolsillos con las muestras de oro sustraído del cajón inferior del escritorio de Banning Clarke? ¡Responda!

Una expresión de asombro invadió el rostro de Sims. Su pueril optimismo se hizo pedazos bajo el impacto de aquella pregunta. Incómodo, se agitó en la silla.

—¡Vamos, conteste a la pregunta! —bramó Moffgat, en plena cara del asustado testigo.

—Bueno… ¡Un momento! ¡Usted no puede estar seguro de que esas pepitas procedieran del escritorio de Clarke!

Triunfalmente, el abogado extrajo un maletín, lo abrió, sacó de él una pepita y la puso ante el testigo.

—¿Ve usted esta muestra de cuarzo aurífero?

—Sí —respondió Sims, sin tocarla.

—¿Ve usted esta otra, marcada con una crucecita hecha a cincel en la cara de la pepita? Esta pepita marcada, ¿no es una de las muestras que dio usted a Bradisson, y no es idéntica en absoluto a otras muestras procedentes del grupo de minas de Banning Clarke, conocido por grupo «Sky High»?

Sims se revolvió unos instantes más en el asiento y luego balbució:

—¿Quiere usted decir que no dio a Bradisson esta pepita con la cruz, la misma que ahora le estoy enseñando?

—Nunca —contestó Sims, categórico—. Tanto vale su palabra como la mía. No se la di.

—Durante las conversaciones o negociaciones de las que resultó ese contrato con James Bradisson, ¿no le dio usted esta pepita y le dijo que había sido extraída del grupo de minas de la «Shooting Star» y que representaba un nuevo filón descubierto por usted en ese grupo minero?

—No, señor. Nunca.

El ademán de Sims había sido terco y concluyente.

—¿Está seguro?

—Absolutamente seguro.

—¿Cómo puede estar tan seguro de esto? —preguntó Moffgat, triunfalmente, sonriendo burlón al testigo—. No recuerda usted ni una palabra de la conversación. Su otra personalidad era la que llevaba la dirección de las cosas… «Bob», como creo que le llama usted, obraba por su cuenta.

El testigo se acarició el cráneo con la diestra y se rascó la sien.

—Bueno —dijo—, ahora me viene la memoria sobre todo. Tal vez no fuera porque viniese «Bob». Tal vez fue porque bebí algo más de la cuenta y no consigo recordar claramente las cosas.

—Durante el tiempo en que discutieron el asunto de la mina con Bradisson, ¿estuvo usted bebiendo?

—Sí.

—¿Y no puede recordar las cosas con claridad?

—No.

—Entonces, ¿cómo puede usted asegurar tan rotundamente que no le dio esa pepita junto con otras más y que no le dijo que eran otras tantas muestras de un filón que usted había descubierto en las minas de su esposa, es decir, en el grupo de la «Shooting Star»?

—Bien —dijo Sims, volviendo a moverse, incómodo, en la silla —. Ahora empiezo a recordar con mayor claridad.

—¿Diría ahora que su memoria está más clara en este asunto?

—Sí… bastante clara…

—En este caso, esa segunda personalidad, a la que llama usted «Bob», no obraba por su cuenta. No entró en el asunto, ¿verdad?

—Bueno, yo… Creo que no… Por lo menos no de la forma en que ahora aparecen las cosas.

Moffgat, sarcástico, cerró el legajo, lo metió en la cartera y, con ademán dramático, corrió el cierre.

—Esto es todo —anunció.

Se volvió a Mason y dijo:

—Bueno, colega, no me cabe la menor duda de que, en vista de las circunstancias, no seguirá adelante con el caso, ¿verdad?

—No sé —dijo Mason con gravedad—. Dedicaré al asunto unos instantes de reflexión.

—¡Bah! —exclamó Moffgat—. ¡Es caso resuelto, amigo mío!

—No olvide —dijo Mason a Moffgat, al ver que éste iba a levantarse— que hay otra declaración que tomar: la de James

Bradisson.

—¡Pero, señor Mason! ¡Usted ya no querrá tomar ahora la declaración del señor Bradisson!

—¿Por qué no?

—Porque la declaración que he tomado es terminante y concluyente. No puede eludir ya la acusación de estafa. Su propio testigo la ha admitido virtualmente. Si va a juicio no tendrá dónde apoyarse.

—De todos modos —insistió Mason— quisiera tomar la declaración de Bradisson. Aunque no tenga donde apoyarme, todavía puedo hablar…

—No veo para qué —masculló, acre, el interlocutor—. No sé de ninguna ley que establezca que se puede eludir una acusación de estafa después de haberse demostrado la existencia de tal estafa, amedrentando, como se pretende a la parte estafada.

—Quiero tomar esa declaración, y la tomaré, señor Moffgat —dijo Mason con firmeza.

—¡Levántese! —ordenó Moffgat, irritado, a Bradisson—. Levante la mano derecha para prestar juramento. Si el señor Mason cree que va a obtener algún provecho de este juramento, démosle gusto.

Bradisson se incorporó, levantó la mano y dijo:

—Sí, juro.

Y luego se volvió a Mason:

—Diga, Mason. Aunque no tengo nada que agregar a lo dicho por Sims.

—¿Es usted uno de los directores de la
«Come-Bank
Mining Syndicate»?

—Sí. El presidente.

—¿Por cuánto tiempo lo ha sido?

—Un año más o menos.

—¿Heredó usted una importante cantidad de acciones de su hermana, la señora Banning Clarke?

—Sí.

—Como presidente de dicha empresa, ¿determina usted las directrices a seguir?

—¿Acaso no están para esto los presidentes?

—Trato simplemente, de concretar los hechos.

—Bien. No soy una figura decorativa en la Compañía. He sido elegido por los directores para ponerme al frente. Procuro estar a la altura de mi cargo —dijo Bradisson, dignamente.

—Exacto. ¿Conoce usted a Nell Sims, esposa de Pete Sims, el testigo que acaba de declarar?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace que la conoce?

—No sé. Tal vez un año, acaso unos meses más. La conocí en Mojave.

—Donde regentaba un restaurante, ¿verdad?

—Sí.

—¿También conoció allí a Pete?

—Creo que sí. Es muy posible que sea así.

—Durante el año pasado estuvo usted más o menos asociado íntimamente con ellos, ¿verdad? Vivían los dos en la misma casa. ¿Actuaba ella como cocinera y ama de llaves?

—Sí.

—Protesto contra esta pérdida de tiempo. No cambiará usted el hecho de esta estafa aunque interrogue usted a ese hombre hasta el fin del mundo —dijo Moffgat.

Mason no se preocupó de semejante interrupción y siguió adelante en su interrogatorio, empleando un tono de diálogo lleno de intimidad.

—Durante ese tiempo, ¿tuvo usted ocasión de ver con alguna frecuencia a Sims?

—Con mucha frecuencia. Es decir, en los intervalos.

—¿Qué intervalos?

—Cuando no estaba bebido. Supongo que él dirá que cuando «Bob» no obraba por su cuenta.

—De modo que hace algún tiempo que conoce usted a «Bob», ¿verdad?

—Sí.

—Ahora bien, seis meses atrás, el señor Sims volvió del desierto y le habló del hallazgo que había hecho, ¿verdad?

—Me dijo que había hecho algunos trabajos de valoración en las minas de su mujer, durante los cuales encontró un filón. Suponía que era muy rico. Me enseñó el cuarzo aurífero. Yo pensé que era muy bueno y le dije que el sindicato podría adquirir la mina a un

precio razonable.

—¿Ajustaron el precio?

—Sí. Compramos las minas.

—¿Qué precio pagaron?

—Efectuamos al contado el pago estipulado, y luego presentamos esta querella para rescindir el contrato apoyándonos en que todo era una estafa, y vernos librados de abonar el saldo remanente.

—¿Cuándo se dio usted cuenta por primera vez de que había sido estafado?

—Vino el informe del perito y, semanas más tarde, me llamó poderosamente la atención que la combinación particular de los minerales de aquella muestra de cuarzo fuera exactamente la misma y apareciera exactamente en las mismas cantidades en que aparecía en otra mina que formaba parte de las propiedades de la corporación y para las cuales teníamos la opción de Banning Clarke.

—¿Tenía usted mucha experiencia en minería cuando lo nombraron presidente de la empresa?

—No tenía demasiada experiencia en ese terreno, pero sabía mucho de minas y poseía cierta aptitud natural. Captaba en seguida lo práctico, con una rapidez insólita, dicho sea sin falsa modestia.

—¿De modo que se consideraba usted plenamente competente para ser el presidente de una corporación de minas con amplios intereses?

—De no haber sido así, jamás habría aceptado la presidencia. Hice un estudio minucioso de todos los aspectos de la minería, señor Mason, y especialmente de las propiedades del «Come-Bank Mining Syndicate» y de los problemas relacionados con ellas.

—¿Sabe usted juzgar bien a las personas?

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que después de tener amplia oportunidad de ver y estudiar al señor Sims, tuvo usted de él una buena idea general, ¿verdad?

—Bueno, sí… En este sentido, sí, señor Mason…

—¿Fue usted mismo a ver esas minas, antes de cerrar el trato?

—Claro está que sí. No podía obligar a los accionistas a pagar una importante cantidad por algo que yo no hubiese inspeccionado

personalmente.

—¿Examinó el pequeño túnel?

—No es tan pequeño. Desciende hasta quince pies; luego se extiende horizontalmente unos ciento treinta y cinco o cuarenta pies.

—¿Examinó el cuarzo de la mina?

—Sí.

—¿Antes de suscribir el contrato?

—Desde luego. Las ricas muestras que encontré fueron «plantadas».

—Ya oyó usted lo de esa maligna segunda personalidad del señor Sims, ese misterioso «Bob» que obliga al cuerpo de Pete a desviarse del sendero de la honradez para pasar al terreno de la borrachera, ¿verdad?

Bradisson se echó a reír.

—Sí, señor Mason. Perdóneme que me ría, pero lo ha puntualizado usted con una gran precisión.

—Gracias. ¿Tuvo usted oportunidad de oír muchos relatos de lo que hizo el tal «Bob» cuando ha tomado posesión del cuerpo del señor Sims?

—¡Oh, sí!

—Estoy seguro de que se formó usted una especie de opinión de «Bob», ¿no es verdad?

—Nos comprendemos perfectamente, señor Mason —exclamó el testigo—. Ese supuesto «Bob» no tiene existencia alguna. Pete lo usa sencillamente como su coartada. Cada vez que Pete se sale de la raya o hace algo indebido, afirma que no recuerda lo ocurrido y que esa otra personalidad suya lo ha desalojado de su cuerpo. El tal «Bob» no es más que un recurso suyo para poder disculparse ante su mujer. No sé si ella le da o no crédito. De todos modos, no hace nada para disuadirlo de sus embustes. Por este motivo Pete ha adoptado una actitud pueril, más bien ingenua. Su mujer se traga estos embustes con tal facilidad y aparente ignorancia que el hombre no tiene que esforzarse mucho en fraguar mentiras más o menos aceptables. Como por ejemplo, vea la facilidad con que enredó hace un instante el señor Moffgat…, aunque no pretendo con lo que digo restarle mérito a la actuación de mi abogado. En fin, lo cierto es que Sims tiene una fe infantil en la eficacia de sus

propios embustes, y esta fe le impide emplear cierto cuidado en imaginarlas mejor. Lo de la segunda personalidad fue algo muy fácil para él.

El rostro y la voz de Mason reflejaron su sorpresa.

—¿Quiere usted decir que él fraguó deliberadamente esa afición de la doble personalidad?

—Naturalmente —dijo Bradisson, exteriorizando con la voz y los ademanes su desdén por la pantomima de Mason—. Supongo, señor Mason que no va usted a tener la pretensión de afirmar la existencia de esa doble personalidad.

—No he tenido el honor de gozar de un conocimiento tan íntimo como el suyo. He conocido simplemente al hombre, pero me pareció bastante sincero cuando habló de su doble personalidad. Esperaba que usted pudiera confirmar sus declaraciones.

—¡No insulte a mi inteligencia, señor Mason!

—¿Afirma usted que el señor Sims miente deliberadamente?

—Claro está que sí.

—¿Cuánto tiempo hace que se dio usted cuenta de esto?

—Casi desde el primer día en que lo conocí. Es algo que se haría evidente a cualquiera que pensase un poco. Es un viejo granuja con mala fama y un mentiroso colosal. Recuerde que esto lo ha pedido usted mismo, señor Mason. Pete tiene cierta simpatía. Pero es un bebedor empedernido y un embustero sin remedio, esencialmente deshonesto. Trata de justificar sus extravíos con falsedades que ni un niño las creería.

»Comprenda, señor Mason: usted ha sacado esto a relucir. Pero, ya que ha sido así, no me importa decirle que no tendría confianza en él ni para pedirle un vaso de agua. Es un viejo y astuto pillo sin conciencia y de inteligencia muy limitada.

»Solamente es listo en una cosa: en su habilidad para fingir que está borracho, pretender que posee ciertos secretos que quiere reservarse y en soltar, en el momento más oportuno, cuando cree que el que lo oye está descuidado, que ha descubierto un rico filón. Sabe representar la mentira mucho mejor que decirla.

—Gracias —dijo Mason—. Eso es todo.

—¿Todo? —preguntó Moffgat, con cierta sorpresa.

—Sí.

La cara de Moffgat se mostró ladina.

—Comprenderá usted, señor Mason, que tengo derecho a preguntar a mi vez a este testigo.

—Naturalmente.

—A pesar de ser mi cliente.

—Lo comprendo muy bien.

—Sobre cualquier punto relacionado con el interrogatorio al que usted acaba de someterlo.

—Así entiendo la ley.

—Usted mismo, señor abogado defensor, nos abrió la puerta.

Mason se limitó a hacer una pequeña inclinación.

—Muy bien —dijo Moffgat, volviéndose, con gesto burlón, a Bradisson—. Voy a preguntarle, señor Bradisson, si está usted al corriente de la reputación de que goza el señor Pete Sims, en cuanto a veracidad y corrección.

—Sí, lo estoy.

—¿Cuál es?

—Pésima.

—¿No lo consideran digno de confianza entre sus conocidos?

—De ningún modo.

—Esto es todo —dijo Moffgat, triunfante.

—Creo que esto completa nuestras declaraciones —dijo Mason, y se levantó estirando los brazos y bostezando.

—¿Está usted decididamente determinado a proseguir la querella? —preguntó Moffgat.

Mason se volvió a él.

—Vuelva a su puesto y relea el código, colega. Encontrará en él que se requiere más que una simulación fraudulenta para querellarse con una persona por estafa o fraude. La simulación debe ser creída, ha de ejercer influencia, debe confiarse en ella. Su propio cliente acababa de establecer que considera a Pete Sims un embustero colosal, que no confiaría en él ni para pedirle un vaso de agua, no tendría confianza en nada de lo que dijera, que él mismo es un experto en minería, que personalmente practicó un examen de esa mina antes de adquirirla. Además, no hay que decir que confiaba en su propio juicio y en su fe sobre su propia infalibilidad… Hay ocasiones en que vale la pena de gozar de mala reputación, señor abogado… Después de haber leído una vez más el código, vea usted si quiere seguir adelante con su parte en la

querella.

Bradisson miró a Moffgat. Le bastó una sola mirada al consternado rostro del leguleyo para comprender la mortal precisión de la aseveración de Mason.

—Mi cliente no dijo que fiaba en su propio juicio —exclamó Moffgat, desesperado—. Es decir, no lo estableció específicamente.

—Aguarde a que el jurado lea la declaración —dijo Mason, sonriente—. Un hombre con el don natural de asimilar nociones de minería, perfectamente capacitado para dirigir los destinos de una poderosa corporación minera aun antes de permitirse el lujo de llegar a ser su presidente, que no necesitaba recurrir a ningún ingeniero de minas para ayudarle, que realizaba su propia inspección, y que luego cerraba el trato, antes de recibir los análisis de las muestras de cuarzo… ¡Oh, no! No discuta conmigo. Evítese argumentos para el jurado. Dicho sea de paso, señor abogado, no está usted convencido de todo eso, ni convence a su cliente.

—Creo que entendió mal las declaraciones del testigo —dijo Moffgat— con respecto a la investigación efectuada por él en la aludida propiedad. Tendrá, desde luego, la ocasión de leer su declaración y firmarla debidamente antes de que sea archivada. Pero por mí mismo conozco los hechos relacionados con el caso y sé que dicha investigación no era de la clase que le induciría a rescindir el contrato firmado sobre la base de nulidad por fraude.

Y Moffgat dirigió a su cliente una mirada de advertencia para asegurarse de su silencio.

Mason sonrió.

—Lea el caso de Beckley contra Archer. En él se sostiene que aunque no se practique una investigación personal, aunque no se dé crédito a las aseveraciones del vendedor referentes al carácter de la propiedad, no puede imputarse fraude por flagrante que éste haya sido. Tenga en cuenta que su cliente afirmó que no confiaría en Pete Sims ni para pedirle un vaso de agua.

Moffgat se devanó los sesos para encontrar una respuesta y no pudo encontrar ninguna. Se volvió bruscamente a Mason y le dijo:

—Resolveremos este punto ante el tribunal, señor Mason. Mientras tanto, hay otro punto que desearía aclarar con usted.

—¿Cuál es?

—Usted tiene en su poder las acciones del

«Come-Bank
Mining Syndicate» que pertenecieron a Banning Clarke.

—Es verdad.

—Doy por sentado que usted sabe ya que se ha descubierto un testamento.

—¿De veras?

—Un testamento fechado tiempo atrás, en el que dejaba todos sus bienes a su esposa, o en caso de la muerte de su esposa a sus herederos legítimos, excluyendo, no obstante, al señor James Bradisson.

—¡No me diga! —murmuró Mason con cautela.

—Siento mucho —agregó Moffgat, compungido— que el señor Clarke creyera necesario incluir esta cláusula de exclusión en su testamento. Es una bofetada innecesaria y completamente inmerecida, un insulto gratuito a un hombre que sólo quiso ser su amigo…

Bradisson dio a su rostro una expresión de virtud e inocencia.

—En fin —prosiguió el leguleyo—, sea como fuere, el caso es que la señora Bradisson resulta ser su única heredera legal y como tal ha de heredar sus bienes. Va a presentar el documento para su legalización. Como es natural, señor Mason, no intentará usted reservarse esas acciones, sino que las entregará sin demora a la ejecutante del testamento.

—¿Por qué?

—Porque sabemos que esa venta no lo fue tal.

—¿Quién ha dicho que no lo sea?

—¿Pretenderá usted que pagó alguna suma por la transferencia?

—Ciertamente.

—Tenga la bondad de decir qué cantidad fue ésa, señor Mason.

—No veo que haya motivo para decirlo.

—Se dará usted cuenta, señor Mason, que, como abogado, actuaba usted en carácter fiduciario, que cualquier contrato hecho con su cliente sería sin duda fraudulento, que cualquier ventaja indebida arrancada a su cliente constituiría un acto muy grave que, eventualmente, podría dar lugar a una acusación de no proceder de forma profesional.

—Esto parecería una amenaza, Moffgat.

—Tal vez lo sea… Y yo no amenazo en vano.

—Celebro oírselo decir.

—¿Debo entender entonces que, a pesar de mi petición, se niega usted a hacer entrega de esas acciones?

—Está claro como la luz.

—Su decisión hará muy desagradables las cosas, señor Mason. Suscitará cierto roce muy desagradable entre nosotros.

—¡Bah! —dijo Mason—. Las diferencias de opinión son la base de los pleitos y de las carreras de caballos.

—Esto es algo más que una simple causa en litigio, señor Mason. Será necesario que ponga en duda la ética de sus acciones. La discusión se hará personal, agria y dolorosa.

—De acuerdo. Me gusta luchar, y me gustan las peripecias de una lucha dura. Ahora perdóneme, pero he de volver a mi bufete.

Y Mason salió de la oficina sin mirar atrás.

16

Della extendió el diario sobre la mesa de Mason.

—Vea a su amigo Paul Drake —dijo.

El abogado contempló la imagen con ojos de aprobación: una fotografía de Paul Drake, vestido con una camisa mugrienta, jersey remendado, tocada la cabeza con un «Stetson» más que sucio, y llevando de la brida un asno que llevaba sobre el lomo un gran envoltorio de lona. Atado a éste había un pico, una pala y una batea. El grabado trascendía fidelidad. Paul había logrado imprimir a su rostro la más apropiada expresión de sinceridad y bonachonería. En la foto aparecía alto, tostado y fuerte, curtido por los años de vida sana en el desierto. Con la diestra sostenía un saco de piel de ante.

Bajo la foto, este epígrafe: «P. C. Drake, que pretende haber encontrado una famosa mina perdida.» En la fotografía, Drake entregaba una bolsita de pepitas de oro a Harvey Brady, acaudalado estanciero de «Las Alisas». «Véase Información en la página seis».

En la citada página la historia en cuestión ocupaba un lugar destacado.

Decían los titulares: «Un buscador de oro descubre una mina perdida. Un "rey del ganado" californiano comparte el secreto con el humilde buscador». Mason leyó la noticia con gran interés. Harvey Brady, rico hacendado de «Las Alisas», deseó toda su vida ser un buscador de oro, pero la suerte quiso que se dedicara a la ganadería en pequeña escala. Con ello ganó dinero y amplió el negocio hasta que se convirtió en una potencia ganadera del estado. Pero en su alma continuaba alentando el afán de buscar oro.

Como sus grandes intereses comerciales le impedían ir personalmente al desierto, Brady comenzó a leer todo lo que

hablase de minas y minería, especialmente sobre las famosas minas perdidas del sudoeste. Devoró toda información que caía en sus manos. Poco a poco su biblioteca se convirtió en una de las más completas de aquel estado, en lo que se refiere a minas y minería.

Por temor al ridículo, Brady ocultó su pasión incluso a sus familiares y amigos más íntimos. Personas que lo conocían hacía mucho tiempo no sospechaban siquiera su interés por la minería y las minas perdidas. Ignoraban también que sus trabajos de investigación lo habían llevado a desarrollar ciertas teorías, según las cuales determinadas minas perdidas podían ser descubiertas de nuevo y explotadas.

De este modo, seis meses atrás, cuando Harvey conducía su coche a través del desierto, la fatalidad que había decretado que fuera un rey del ganado en lugar de humilde buscador de oro, decidió recompensarlo de su incansable interés. En el momento en que Brady cruzaba el desierto en dirección a Las Vegas, Nevada, para asistir a una importante reunión de ganaderos, P.
C. Drake,
típico buscador de oro del desierto, avanzaba penosa y tristemente, por el caluroso camino situado entre Yermo y Windmill Station, quejándose de que el asno se hubiera muerto en los arenales y que los únicos bienes terrenales que había logrado salvar del desierto eran los que podía llevar a hombros.

Drake, arrastrándose carretera adelante, oyó el chirrido de unos frenos, levantó los ojos y vio ante sí la cordial sonrisa de Brady. Momentos después, Drake, con su pesado equipo colocado en la parte posterior del coche era conducido rápidamente por la carretera hacia Windmill Station.

Por la conversación que se suscitó entre los dos, Brady supo que Drake se hallaba familiarizado con la zona del desierto en que él sospechaba que se hallaba situada una de las más famosas minas perdidas del país.

Drake no se detuvo en Windmill Station. Continuó el camino hasta Las Vegas huésped de Brady. Mientras duró la reunión de ganaderos, Drake permaneció hospedado en el hotel de Brady. Siempre que el ganadero disponía de un momento, se ponía a hablar con el buscador para conocerlo mejor, sondearlo y conocer su carácter.

Cuando, llegado el último día de las reuniones, habló con él, le hizo una proposición. Lo apoyaría. Drake dejaría de vagar de un lado a otro en busca de cualquier filón de oro y se convertiría, en cambio, en un «detective del desierto», rastreando determinado rumbo y huellas que, según Brady, debió haber seguido uno de los hombres que descubrieron y perdieron luego una de las más ricas minas de la comarca.

«Naturalmente —añadía el diario— ambas partes se muestran reservadas en cuanto a los pormenores de la conversación que mantuvieron, pero llegaron a un acuerdo. Dicho acuerdo culminó, en la tarde de ayer cuando Brady, que no se había olvidado del mísero buscador de oro, recogido en el desierto, recibió la noticia de que sus deducciones habían dado como resultado la localización de una de las más fabulosas y ricas minas perdidas del país.

»Y Drake, el buscador de oro, hizo entrega a Brady de una bolsita de piel de ante que contenía varios millares de dólares en oro virgen, extraído en menos de veinticinco minutos. El buscador había encontrado el lugar exacto en que, dos tercios de siglo atrás, un hombre fue presa de un júbilo tan delirante al verse dueño de una inmensa riqueza, que ni siquiera fue capaz de volver al punto en cuestión».

Mason rió entre dientes.

—Bien por Paul Drake —dijo—. Ha hecho un excelente trabajo.

—Y bien por Harvey Brady —concluyó Della—. Se ha portado como un caballero, siguiendo el juego.

—Un caballero de pies a cabeza. Probablemente sus amigos le dirán algo gordo cuando salte la trampa. Pero mientras tanto es evidente que nos ha hecho un señalado servicio respaldando la farsa que hemos inventado.

Los ojos de la muchacha brillaron.

—Tengo la sospecha de que también él se está divirtiendo lo suyo. Tiene un sentido del humor que lo hace un hombre encantador.

—Y una lealtad para con los amigos que lo hace ser muy servicial —puntualizó Mason—. ¿No hemos sabido nada de Paul Drake?

—Nada.

—Le dije que se fuera un poco de juerga.

—Le encantaría salir de juerga a cuenta de gastos.

—¡Y de qué manera! Vea si puede comunicar con Brady por teléfono, Della.

La joven se dirigió al aparato colocado en el escritorio, dio instrucciones a Gertie, la telefonista, y minutos después el hacendado estaba al habla.

—Lamento haberle pedido tanto en tan corto plazo —dijo Mason —. Se lo explicaré todo en cuanto le vea.

—No me explique nada —respondió Brady—. Un amigo que necesita explicaciones no es un amigo. Si usted pide un favor a un hacendado pueden ocurrir dos cosas: que lo haga o que lo mande a usted al diablo. ¿Hay algo más que necesite de mí?

—Por ahora, nada más.

—Drake agarró una borrachera. ¿Está bien eso?

—Sí, está bien.

—Dijo que usted quería que la pillara en público para poder dejar escapar inoportunas declaraciones. Pero como el hombre se había pasado un poco de la raya cuando me hizo esta declaración, lo mantuve encerrado para ir a lo seguro.

—¿Le da mucho trabajo? —preguntó Mason, riendo.

—No mucho. Huyó una vez y echó a correr, pero lo recuperé con un lazo y desde entonces está mucho más tratable.

—¿Puede conducir un coche?

—¡Dios mío, no!

—¿Dispone de alguien que pudiera llevarle al Mojave y dejarlo libre para que haga lo que le dé la gana?

—¿En el estado en que está?

—Sí.

—Naturalmente. Yo mismo lo llevaré. Si quiere ver a un par de auténticos buscadores de oro de los buenos tiempos, echando una cana al aire, vaya a Mojave a ver cómo Paul Drake y Harvey Brady celebran el descubrimiento de su gran filón.

—Es posible que vaya —dijo Perry Mason, riendo—. Sólo que no…

Mason calló al oír por el auricular el ruido de unos cristales rotos.

—¡Diantre! —exclamó Brady—. ¡Ese loco ha saltado por la ventana!

Luego Mason oyó el ruido que hizo el receptor al caer y los golpes rítmicos, regulares, producidos por la oscilación, al chocar el aparato contra la pared. Oyó que Harvey gritaba: «¡No monte ese caballo! ¡Es muy nervioso!» Luego quedó interrumpida la comunicación.

Mason, suspirando, colgó y dijo a Della:

—¿Oyó la comunicación?

Ella asintió.

—Parece como si Paul Drake quisiera aprender la doma de caballos —respondió.

—Sigue el camino más difícil —suspiró Mason.

—Voy a ver si puedo averiguar algo de los demás —dijo Della.

Un cuarto de hora después volvió con el informe. Salty había sido interrogado y puesto en libertad por la policía. La casa rodante estaba retenida. Salty se había limitado a sustituirla, había metido dentro los animales y alejándose con destino desconocido.

El doctor Kenward, afectado por un «*shock*» y con un cierto peligro de infección de la herida, habíase internado en el desierto, buscando paz y tranquilidad. Velma Starler lo acompañaba.

—Vaya a la agencia de detectives —dijo Mason— y vea si podemos dar de una forma u otra con la pista de Bowers.

Della cruzó el vestíbulo y entró en el despacho de la «Drake Detective Agency», y volvió con el informe de que ya tenían trabajando unos hombres.

—¿Cómo salió de sus declaraciones? —preguntó Della, curiosa.

—Bien. Hice añicos el caso de estafa.

—Seguro que Moffgat se pondría furioso.

Mason asintió.

—Convendría vigilarlo, jefe. Si lo ha derrotado dos veces seguidas, ese hombre tratará de hacerle alguna mala pasada.

—Ya lo hizo —admitió Mason—. Anda olisqueando algo.

—¿Qué?

—Ese certificado de compra de acciones. No está seguro todavía del terreno que pisa, pero reflexiona. Recuerde que firmé el certificado con el nombre de Clarke. Tuve que hacerlo. Si Clarke hubiese estampado su firma, lo habría legalizado. Si viviese, no habría problema, puesto que sabía y aprobaba lo que yo había hecho. Pero, muerto Clarke, me encuentro entre la espada y la

pared. Como ve, pueden considerarlo una falsificación, un intento, por mi parte, de apoderarme de un cuarto de millón en acciones, falsificando la firma de un cliente muerto.

—¿Moffgat sospecha algo?

—Sí. Lo supongo… Pero, por ahora, está tanteando. Hizo un amago para asustarme y obligarme a soltar las acciones. Por supuesto, no quiero retenerlas, pero no me atrevo a hacer entrega del certificado.

—¿Qué hizo usted?

—Lo paré, haciéndome el desentendido.

—Vaya con cuidado, jefe.

El abogado sonrió.

—Ahora ya es tarde… De todos modos, nunca me gustó tener cuidado.

A las cuatro de la tarde la agencia Drake dio un informe. Banning tenía unas minas en Walter Pass. Eran las conocidas con el nombre de «Sky High Group» y pertenecían por opción al «Come-Bank Mining Syndicate». La opción expiraba a medianoche. Aparentemente, Salty había ido a dichas minas, acompañado de Kenward y Velma, el médico para olvidar momentáneamente el quehacer del hospital y encontrar una quietud absoluta.

Mason anotó la exacta situación de las minas y luego sonrió a Della.

—¿No le dimos a guardar al portero unos sacos para dormir? —preguntó.

Della asintió.

—Sí. Los usamos en la excursión que hicimos al campo el otoño pasado. Pero no confío mucho en los colchones de aire.

—Vamos a correr el riesgo —dijo Mason—. Diga al portero que los saque. Vaya a su piso y prepare las cosas que necesite. Llévese una máquina portátil, una cartera con papel blanco y papel carbón, asegúrese de que tiene tinta en la estilográfica y llévese un cuaderno de taquigrafía.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

La sonrisa de Mason se hizo más amplia.

—A buscar a un asesino perdido y a escabullirnos de una acusación de falsificación.

17

Durante una larga extensión de millas el mal camino se retorció en innumerables vueltas. Las raras palmeras Joshua, erguidas como centinelas, daban con sus extendidos brazos la impresión de indicar al viajero que retrocediera. Una casual rata canguro cruzó el blanco trazo de la carretera. Macizos de erizados matojos brindaban santuarios espinosos a los tímidos conejillos. Iluminados por los faros, los cactos chollas parecían envueltos en una sedosa aureola de delicada transparencia, los cactos más engañadores y mortales del desierto de California. Un cacto barril, rígido, rechoncho y macizo, reavivó el recuerdo de aquellos buscadores de oro que, sin agua en pleno desierto, cortaban la corona de estos gigantescos cactos, hendían su medula, aguardaban a que fluyera la acuosa savia y de este modo saciaban su sed.

Della tenía desdoblado sobre las rodillas el pequeño mapa que había dibujado a lápiz. Recortaba con la mano curvada la luz de su lamparilla eléctrica, para no estorbar la acción de Mason al volante, y miraba con frecuencia el indicador de velocidad.

—Dos tercios de milla y terminamos el camino —dijo.

Mason moderó la velocidad del coche, buscó con los ojos el lado izquierdo del camino, para dar con el final, y vio que desde allí continuaban apenas dos huellas en el desierto.

Della apagó la linterna, dobló el mapa y lo guardó en el bolso.

—Desde aquí son tres millas y seis décimas. Sigamos este camino.

Ascendía éste hacia una elevada meseta, que ceñía el desierto inferior.

—He visto un destello de luz —dijo Della.

—¿Viene un coche?

—Era más bien rojizo… Ahora está a la izquierda.

La huella se retorcía en torno a un saliente promontorio y en una vuelta brusca, y desembocaba después en una franja rocosa horizontal, donde un glóbulo de luz roja se convirtió en la pequeña hoguera de un campamento.

—¿No ve a nadie? —preguntó el abogado.

—A nadie —respondió ella.

Mason frenó poco a poco el coche y lo detuvo en un lugar donde se destacaban las huellas de un camión. Los faros descubrieron un coche de último modelo, detenido cerca del coche viejo de Salty Bowers, y el remolque en que habían ido los asnos.

Mason apagó el motor y encendió los faros.

Reinaba un absoluto silencio, interrumpido sólo por los rumores del motor al enfriarse paulatinamente, rumores que, en circunstancias ordinarias no se hubiesen advertido, pero que en el silencio del desierto resonaban sordamente.

Contra este fondo de silencio, el campamento desierto parecía incongruente, absurdo casi, una especie de alegría artificial tan fuera de lugar como una broma en un ajusticiamiento.

—¡Brr! —murmuró Della—. Tenía la carne de gallina.

Mason abrió la portezuela.

Una voz, que resonó en las tinieblas a diez pasos de ellos, se alzó con cansado acento:

—¡Ah! ¿Era usted? —luego Salty elevó el tono—. No hay cuidado, amigos. Es el abogado.

Casi inmediatamente el campamento hirvió en actividad. Pero hasta que el doctor Kenward, apoyándose en sus muletas, no hubo salido de las tinieblas que ceñían el círculo luminoso de la hoguera, y la esbelta figurilla de Velma Starler no recortó su silueta en el anaranjado resplandor, Salty Bowers no se aventuró a surgir de la negrura que señalaba la posición de un macizo de enebros silvestres.

—No sobran las precauciones cuando pasa lo que está pasando —dijo—. La gente parada alrededor del fuego es el mejor blanco del mundo. Vi llegar su coche y decidí obrar sobre seguro. ¿Qué pasa? ¿Hay algo nuevo?

—Nada. Venimos a escondernos una temporada. ¿Tiene lugar disponible para dos nuevos excursionistas?

Salty sonrió y con el brazo describió un amplio semicírculo.

—Todo el lugar que guste, amigo mío. Acérquese al fuego. Le prepararé una taza de té.

—En el coche tenemos un equipo para campamento —explicó Mason.

—Lo descargará luego —repuso Salty—. Acérquese y siéntese un rato.

Los tres se acercaron a la hoguera. Mason y Della dieron la mano a Kenward y a la enfermera, y se instalaron luego en torno al fuego. Bowers sacó una cafetera ennegrecida, vertió agua en ella y la acercó a las llamas. Luego dijo:

—Solamente la uso para el té. Tengo otra para café… Quiero que sepa, señor Mason, que no huía de nada. Pero en la ciudad parece que la gente no entiende los sentimientos de un hombre para con su socio. La muerte de Banning me ha conmovido… Y la gente quería hablar de eso. De pronto sentí un ansia terrible por el desierto, como la que siente un hombre cuando quiere algo y no sabe con exactitud qué es. De pronto llega a él el olor a tocino frito y a café caliente y entonces se da cuenta de que lo único que tiene es hambre.

—Y yo —dijo el médico— decidí que necesitaba un verdadero descanso. Creo que Velma lo arregló con Salty. Le estoy muy agradecido por haberme llevado con él.

—¿Esta es la mina de Banning? —preguntó Mason.

—Ahora lo es —dijo Salty, pero consultó su reloj y corrigió—. Es decir, lo será a medianoche. Entonces expirará la opción.

—Desde luego —indicó Mason—, ellos pueden hacer uso de esa opción hasta medianoche.

—Sí, pueden —afirmó Salty glacial.

El doctor Kenward terció bruscamente:

—Voy a contarles algo referente a ese crimen. Después, si no les importa, creo que no estaría mal que nos abstuviésemos de hablar de eso.

—De acuerdo —dijo Salty, conmovido.

—¿Qué quería usted decir? —preguntó Mason.

—Aunque la policía no me demostró ninguna confianza —dijo Kenward—, presumo que su idea es que alguien trató de pegarme un tiró creyendo que yo era Banning Clarke.

—Yo también deduje lo mismo —dijo Mason—. Pero en cierto modo, tampoco yo inspiro confianza a la policía.

—Desde luego, es la conclusión más lógica. Me instalé en el sitio en que hubiese acampado Banning Clarke, si no se hubiera marchado. A la luz de la luna yo era únicamente una figura que dormía envuelta en mantas. Es lógico que cualquier persona que ignorase que Clarke se había ido al desierto y quisiera asesinarlo, creyera que yo era él.

Mason asintió.

—Pero me he estado preguntando —continuó el médico— si éste es realmente el caso.

—¿Quiere usted decir que alguien intentó matarlo, sabiendo quién era el que dormía?

—Es una posibilidad.

—¿Y el móvil? —preguntó Mason.

Kenward vaciló.

—¡Vamos! —dijo Mason—. Sólo puede haber un móvil: una determinada información que solamente usted posee. ¿De qué se trata?

—La verdad es que no quise llegar tan lejos cuando empecé a hablar de esto…

—Ahora ya hemos ido tan lejos —dijo el abogado—. Yo diría, doctor, que se trata de cierta información médica que usted ha descubierto, relacionada posiblemente con el envenenamiento. Opino que es necesario para los interesados, incluso para usted mismo, que nos lo diga.

El médico se echó a reír.

—Su deducción es exacta. Puramente por razones de rutina guardé parte del contenido del estómago con motivo del primer envenenamiento. Como recordará fue cuando descubrimos arsénico en el salero particular de Bradisson.

—¿Qué encontró? —preguntó Mason.

—Justamente antes de salir de la ciudad —continuó el médico— me llegó el análisis del contenido del estómago. A decir verdad, me lo comunicaron por teléfono, pero lo cierto es que dicho análisis no da ninguna señal de arsénico.

—¿Qué fue entonces lo que provocó los síntomas aparecidos?

—Al parecer, ipecacuana.

—¿Qué objeto tendría haber ingerido ipecacuana?

—Provocar ciertos síntomas de envenenamiento por arsénico.

—¿Por qué motivo había que provocar tales síntomas, doctor?

Kenward respondió glacial:

—Señor Mason, éste es un asunto que cae dentro de su jurisdicción. Doy cuenta únicamente de los hechos médicos.

—Pero ¿y el sabor metálico en la garganta, los calambres, el malestar?

—Pregunte cuidadosamente a Velma sobre todo esto —dijo Kenward—. En la medida en que ahora puede recordar, bien podría haber sido ella la que sugirió tales síntomas. La interrogué sobre si había preguntado a los pacientes, cuando comenzó a sospechar la posibilidad de un envenenamiento por arsénico, si sufrían calambres, dolores generales en el abdomen, sensación de ardor, si habían notado un sabor metálico y calambres en las piernas. No acierta ahora a recordar si lo preguntó o no a los enfermos, o si bien ellos le dijeron que sentían tales síntomas.

—¿Hay mucha diferencia en eso? —preguntó el abogado.

—Muchísima. Cuando un individuo enferma gravemente, casi siempre hay en él cierto grado de depresión, y con frecuencia una aguda receptibilidad a las sugestiones; ocasionalmente, también síntomas de histeria. En tales circunstancias, una persona que experimenta normalmente parte de los síntomas que rodean determinada enfermedad y aprende los otros que se supone están relacionados con los primeros, desarrolla inmediatamente esos otros síntomas.

—¿Está seguro de que era arsénico lo que había en el salero?

—No tengo la menor duda. El análisis lo demostró.

—Entonces no me explico por qué el arsénico fue puesto en el salero.

—Esta es otra cuestión más de su competencia que de la mía. Pero hay sin duda dos alternativas. Una es que el arsénico fue puesto en el salero por alguien que sabía que los Bradisson sufrían un envenenamiento que producía síntomas semejantes a los producidos por el arsénico y que, por un motivo u otro, quería aparentar que se había perpetrado un intento de envenenamiento con arsénico.

—¿Cuál es la otra alternativa?

—Que alguien intentó, real y efectivamente, envenenar a los Bradisson, que se tenía la intención de que el veneno produjera efecto al día siguiente, cuando los Bradisson utilizaran su salero particular, y por alguna coincidencia realmente extraordinaria y por fuente desconocida los Bradisson ingirieron suficiente cantidad de ipecacuana para provocar un violento malestar.

—Voy a hacerle una pregunta, doctor; ¿consideró usted la posibilidad de que los propios Bradisson tomaran ipecacuana con el deliberado propósito de simular síntomas por envenenamiento por arsénico?

—Solamente como hombre de ciencia dedicado a la investigación de todos los síntomas descubiertos y sus causas, admito que tomé en consideración esta posibilidad.

—¿No hay ninguna prueba a favor?

—Ninguna.

—¿Es la explicación más lógica?

—No hay pruebas contra ella.

—¿Cree usted que alguien trató de matarlo porque conocía estas cosas?

—Es una posibilidad admisible.

Callaron unos momentos y luego dijo Mason:

—Quiero pensar bien esto. Mientras tanto, voy a arreglar mi saco para dormir.

Mason se dirigió al coche, sacó los sacos, aplicó la bomba al motor, hinchó los colchones de aire y, cuando levantó la vista, vio a Salty a su lado.

—¿No ha estacado en el terreno «habitaciones para dormir»? —le preguntó bromeando.

—Tenemos una tienda —contestó Salty—. Las mujeres pueden utilizarla como vestuario, pero no van a querer dormir en ella. Es mejor dormir de cara a las estrellas.

—Entonces acerquemos a la tienda el saco de la señorita Street —dijo Mason—. ¿Dónde va a dormir?

Salty bajó el tono de voz.

—La verdad es que no estoy muy tranquilo con respecto a lo que está pasando. Ponga las mantas más allá, en un lugar en el que yo pueda montar la guardia, por si acaso alguien se acerca de puntillas al campamento. Agarre usted esa punta del saco, yo cogeré la otra y

lo llevaremos hasta allí. El té estará ya a punto de servirse.

Acondicionados los sacos, una vez más se reunió el grupo, al amor del fuego. Salty echó una brazada de leña al fuego, y pronto comenzó a chisporrotear, reavivándose y lanzando un halo de luz que disipaba las tinieblas que los rodeaban.

Salty sirvió el té y dijo:

—No sé por qué, pero el aire aquí es distinto.

—Ciertamente —dijo Mason—. Seco, puro, fresco y reconfortante.

—Hace meses tuve una sinusitis —dijo Kenward—. Aquí estoy mejorando con admirable rapidez. Me siento muy reanimado, amigos míos.

—¿Cómo va la herida? —preguntó el abogado.

—Bien. Por fortuna nada serio. Tuve que tomar precauciones contra ciertas complicaciones peligrosas para atacarlas a fondo en cuanto apareciesen. Naturalmente, necesitaba reposo. Se crea o no, esto ha sido una bendición para mí. Las vacaciones han sido forzosas, pero bien recibidas.

—¿Qué hace Nell? —preguntó Mason—. ¿Se quedó en casa?

—¿En casa? ¡Qué va! —respondió Salty—. Se largó a Mojave. Dice que va a volver a abrir su viejo restaurante. Creo —añadió con mordacidad— que el desierto tiene una manera muy propia de reclamar lo suyo.

—¡Es maravilloso esto! —dijo Della.

—Mucha gente odia al desierto —explicó Salty—. La verdad es que le tienen miedo. Hay muchas personas a quienes se las podría poner en pleno desierto y dejarlas luego abandonadas por unos días. Luego las encontraríamos locas de atar. Yo lo he visto. Una vez, un hombre se torció el tobillo. No podía andar. Los que estaban con él tuvieron que continuar su camino, pero le dejaron agua abundante y provisiones, montañas de cerillas y de madera. Todo lo que tenía que hacer era estar quieto tres o cuatro días hasta poder seguir adelante. El caso es que el hombre volvió a la civilización medio loco de pánico. Tenía el tobillo inflamado. Dijo que prefería perder la pierna antes de permanecer un minuto más en el desierto.

—A mí me parece muy hermoso —dijo Velma.

—¡Claro que es hermoso! —exclamó Bowers—. La gente le tiene miedo porque en él está a solas con su Hacedor. Algunos no pueden

soportarlo… ¿Más té, amigos míos?

Pasado el chisporroteo inicial, el fuego menguó en una sostenida y viva combustión.

—¿Cómo salen de exploración? —preguntó Mason—. ¿Van por el desierto buscando por un lado y por otro?

—¡Oh, no! Se ha de saber algo sobre la formación de los terrenos. Hay que imaginar cómo son esas formaciones y luego saber qué hay que buscar. Muchos buscadores de oro recogieron pedruscos que los hubieran enriquecido, y volvieron a tirarlos. Vengan, que les enseñaré algo.

—¿Qué es esto? —preguntó Mason.

—Luz negra. ¿No la han visto funcionar nunca?

—Sí, la vi utilizar en investigaciones para descubrir falsificaciones.

—Si no la ha visto en el desierto, no ha visto nada. Tenemos que ir adonde esté oscuro. ¡Vengan! Demos la vuelta a ese pedregal y les haré una demostración.

—Invoco mi condición de inválido y me quedo aquí —dijo el médico—. No me conviene andar mucho de un lado para otro.

Rodearon el gigantesco pedregal y se colocaron a sus espaldas. El resplandor del fuego no llegaba hasta allí. Las estrellas brillando con sereno fulgor, parecían interesados espectadores que contemplasen con grave atención las vagas figuras que se movían en el desierto.

Salty observó que sus compañeros miraban las estrellas y dijo:

—Dicen que titilan cuando el aire está mezclado con polvo y fina basura, y que corrientes de distinta intensidad las hacen parpadear. Yo no sé nada de esto. Tal vez alguno de ustedes lo sepa. Lo que yo sé es que aquí no titilan.

Salty movió una pequeña palanca. En el interior de la máquina vibró un sordo zumbido.

—Es una especie de carrete de inducción —explicó Bowers—. Gradúa la corriente de seis voltios a ciento quince. Dentro, hay una lamparita de dos voltios. Ya está encendida. La oscuridad se revistió de extraños matices. Apenas era luminosidad. Parecía como si las tinieblas hubiesen adquirido un color violeta intenso, casi negro.

—Ahora —dijo Salty— proyectaré el haz de luz invisible sobre ese pedregal y verán lo que ocurrirá.

Enfocó el pedregal, pero volviendo el aparato con el cuerpo a medida que giraba.

Casi inmediatamente pareció que mil luces de distintos colores habían sido proyectadas hacia las rocas. Algunas luces eran azules; otras, amarillo verdosas; otras, verde intenso. Las luces variaban de tamaño y se escalonaban desde minúsculos puntitos luminosos hasta grandes halos del tamaño de una pelota pequeña.

Della contuvo el aliento y Velma lanzó una exclamación. Mason se quedó silencioso, subyugado por aquel maravilloso espectáculo.

—¿Qué es esto? —preguntó Della.

—No lo sé con exactitud, pero creo que la llaman «luz fluorescente» —respondió Bowers—. La usamos en las exploraciones. Los minerales se reconocen por sus colores. Confieso que hice una especie de «montaje» de ese pedregal, colocando en él ciertos minerales hallados en otros lugares del desierto que, en realidad, no pertenecen a esas rocas.

»Pero antes me preguntaron ustedes sobre exploraciones. Una parte de ellas las hacemos de noche. Salimos con uno de estos aparatos y con su ayuda reconocemos los minerales. Rocas ante las cuales pasaría uno de día sin mirarlas, revelan entonces que encierran valiosos minerales, si se proyecta la luz negra. Bueno, volvamos al fuego. No quiero que el doctor imagine que hemos huido dejándolo solo. Únicamente quería hacerles esta demostración.

Salty apagó el mecanismo que producía la luz negra.

—Bueno —dijo el médico, cuando regresaron al campamento—. ¿Qué tal fue eso? ¿Funcionó el aparato?

—Muy bien —respondió Mason.

—Fue el espectáculo más impresionante y hermoso que he visto en mi vida —dijo Velma con entusiasmo—. ¿Sabe usted cómo funciona?

—En términos generales, sí. Una lamparita llena de argón, con un consumo de corriente muy bajo, de unos dos vatios, que emite luz ultravioleta. Nuestros ojos no están en condiciones de ver esa luz. Pero al incidir sobre distintos minerales, su longitud de onda cambia en otra que corresponde a la zona de luz visible. El resultado es como si esos minerales emitieran rayos de luz de distintos colores, como si fuesen otras tantas fuentes independientes

de iluminación.

—¿Ha usado usted esos aparatos? —preguntó Mason.

—¿Yo?… ¡Ay!… ¡Qué dolor en esta pierna! Está bien. Velma… No hay más remedio que aguantarse.

—Hay más té —dijo Salty, y llenó las tazas.

La leña de la hoguera chisporroteó en una postrera lengua de fuego. Hubo una pausa en la conversación, y en aquel momentáneo silencio de los hombres, el silencio del desierto se hizo tan evidente que pareció dominar incluso los sentidos. Era un silencio tan profundo que la pausa en la conversación se hizo manto de silencio.

Osciló la última llama y se desvaneció el fuego, dejando sólo un lecho de rojas brasas. Casi instantáneamente, el círculo de tinieblas que parecía haber estado aguardando a la entrada del campamento, irrumpió en él. Las estrellas cobraban un brillo más intenso. Una brisa suave descendió de las lejanas colinas que aparecían tras el campamento y reanimó por un momento las brasas agonizantes. El abrumador silencio del desierto lanzó sobre todas las cosas su mágico conjuro.

Sin decir nada, Salty se levantó y desapareció en las tinieblas. Una larga experiencia en andar de noche le daba la seguridad del ciego que se mueve entre sus cosas familiares.

—Bueno, me voy a la cama. Buenas noches.

El doctor Kenward trató de incorporarse sin la ayuda de Velma, pero antes de un segundo se halló ella a su lado.

—¿Por qué no dijo que quería levantarse? —preguntó ella con pueril enojo.

—No quiero ser tan molesto para usted, Velma… ¡ni tan dependiente!

—Alguna vez tenía que tocarle a usted el turno y depender de los demás. ¿Se va a acostar?

—Creo que sí. Si usted me ayuda con los zapatos… ¡Eso!… No quiero doblar la pierna. Gracias.

Mason y Della continuaron junto al hogar moribundo en pleno silencio del desierto, contemplando el rojo círculo de las brasas.

A sus espaldas, la cadena de montañas perfilaba su silueta contra las estrellas de occidente. Delante y hacia el este, la región se extendía en misteriosas tinieblas que recogían en su seno la dilatada extensión del desierto.

Frente a ellos dos el pequeño círculo de brasas se esfumaba gradualmente en su enorme rubí de color apagado, que la brisa del desierto no tenía ya fuerza para reavivar.

La mano de Mason se movió en un ademán de comprensión callada.

Al este, una débil franja de neblinosa iluminación, vaga e indistinta como las primeras oscilaciones de la aurora boreal, hizo palidecer el brillo de las estrellas. Luego, al cabo de pocos minutos, las cadenas de montañas que se erguían al otro lado del desierto mostraron una especie de filete dentado con orillas amarillas. El resplandor creció en intensidad hasta que la luna llena se levantó majestuosamente y derramó su luz sobre las crestas de las montañas, revestidas de dorados fulgores entre abismos de negras tinieblas, que iban decreciendo y esfumándose velozmente.

Durante más de dos horas estuvieron allí sentados Mason y Della, admirando el cambiante espectáculo, rodeados por el inmenso conjuro del silencio, que parecía surgir del desierto.

18

El rebuzno de un burro arrancó a Mason de su pesado sueño. Casi inmediatamente, el otro le hizo coro y el abogado sonrió aun antes de abrir los ojos.

Fresca y confortante alboreó la mañana. Todavía eran visibles las estrellas más radiantes. En el cielo no había suficiente humedad para que se formase la más pequeña nube, ni se sentía la menor huella de rocío sobre el saco de dormir. La lejana cadena de montañas semejaba en oriente una estrecha y negra hoja de serrucho, perfilada sobre un resplandor azul verdoso que se fundía en las sombras. Todavía era demasiado temprano para distinguir colores, pero algunos objetos del campamento adormecido se destacaban con grisáceos contornos.

Trabajosamente Mason se sentó. Pero cuando su espalda y sus hombros salieron del saco, el fresco y apacible aire de la mañana arrebató a su cuerpo la tibieza que le habían procurado las mantas del interior. Con rapidez Mason se zambulló de nuevo entre las tibias mantas.

Los burros le habían visto moverse y con pasos tranquilos y suaves, se acercaron al saco. Mason sintió en la oreja el sedoso y fino contacto de su hocico.

Momentos después unos labios exploraban en sus cabellos.

El abogado salió riendo del saco y se vistió. Al parecer los rebuznos no habían despertado a los demás. A la creciente luz de la mañana las bolsas parecían inmóviles montículos.

Mason sentía cada vez más frío a medida que se vestía. No se sentía un soplo de brisa, pero el crudo aire de la montaña era francamente frío. Miró en torno suyo buscando forraje para los burros, pero no vio nada, ni los tranquilos animales parecían

esperar nada de él. Al parecer, sólo habían querido la compañía humana, deseando ver llenarse de vida el silencioso campamento.

Mason partió leña, la encendió con una cerilla y pronto ardió una buena fogata. Dirigía miradas en torno suyo como si buscara provisiones, cuando Salty, con el revólver al cinto apareció tras las rocas y salió al llano.

Saludó a Mason con un movimiento de cabeza, evitando, al parecer, toda conversación que pudiera despertar a los demás. Se dirigió hacia los animales, les acarició el cuello y las orejas, vertió agua, completamente helada, en una palangana, se lavó y luego puso el café al fuego. Cuando Mason se lavó, el agua pareció quemarle la cara y las manos.

—Hace frío, ¿verdad?

—Aquí las noches son frías —respondió Bowers—. Aquí estamos a gran altura. Pero aguarde a que se levante el sol. Ya no le molestará más el frío.

Mason ayudó a preparar el desayuno, advirtiendo que el saco de dormir de Della se agitaba en extrañas convulsiones, pues la joven hacía la mayor parte de su tocado al amparo del saco. Momentos después se reunió con él junto al fuego.

—¿Durmió? —preguntó Mason.

—Dormí —respondió Della—. Ha sido el sueño más maravilloso de mi vida. Corrientemente, cuando duermo con tanta pesadez, me despierto amodorrada y entorpecida. Pero me siento despejados los pulmones y… ¿cuándo comemos?

—Pronto —prometió Salty.

El oriente se fundió en una deslumbradora sábana de color anaranjado. Las cumbres de las montañas parecieron teñidas en oro líquido. El primer semicírculo del sol hizo una cegadora aparición, y el desierto comenzó a adquirir tonos de color. El abogado, al ver que faltaba leña, rompió unas ramas de seca y quebradiza savia y la llevó donde Salty cortaba pequeñas lonjas de tocino con su afiladísimo cuchillo.

Apareció el sol detrás de las montañas, se elevó sobre ellas unos momentos como si reuniera fuerzas y luego lanzó sobre el desierto sus rayos de dorado calor. Durante el cuarto de hora siguiente, Mason estuvo demasiado atareado para prestar atención a lo que le rodeaba. Luego se dio cuenta de pronto de que no sólo había cesado

el frío, sino que empezaba a hacer calor.

El aroma del café se mezclaba con el olor del tocino. Velma y Kenward engrosaron el grupo reunido en torno a la lumbre. No tardaron en devorar tortas calientes, empanadas en manteca derretida, aromatizada con jarabe, y lonjas de grasiento tocino. El café era de color castaño oscuro y de excelente sabor.

—¿Cuál es el secreto? —preguntó Velma, riendo—. ¿No reza el racionamiento con ustedes?

Salty sonrió.

—Tiempo atrás Banning dejó aquí un depósito de conservas —respondió.

—¿Y no las declaró? —preguntó Mason.

—Naturalmente. Le arrancarán los cupones de la libreta de racionamiento hasta mediados de mil novecientos setenta y seis… Le gustaba comer bien, y como no quería cargar demasiado a los asnos, metió todas sus reservas en un camión y las hizo traer hasta aquí. Les sorprendería ver el tiempo que se conserva la manteca en los lugares frescos. Lo mismo ocurre con el café cuando ha sido envasado al vacío. El racionamiento está bien para la gente de la ciudad —continuó Salty con cierto calor—, pero piensen ustedes en un buscador de oro que tiene que ir al desierto y cargar suficientes provisiones para que le duren meses y que no puede subsistir con provisiones racionadas; tiene que usar conservas y provisiones secas. Nosotros estamos bien, gracias a las cosas escondidas aquí. Coman lo que quieran y quédense con lo que les guste. Esto no me perjudicará.

—Gracias por su hospitalidad, Salty —dijo el abogado—, pero después del desayuno hemos de partir para Mojave.

Della dirigió a Mason una rápida mirada, luchando por ocultar su sorpresa.

—Vaya a ver a Nell cuando llegue —dijo Salty.

—Esta es nuestra intención.

—Tal vez esté ya haciendo sus tortas para hoy. Así lo dijo.

—¿Pete se fue a vivir con ella?

Los labios de Salty se crisparon en un gesto duro.

—No lo sé.

—No simpatiza usted mucho con él, ¿verdad?

Mason sonrió.

—Bueno. Iré a echar una ojeada a Mojave.

—¿Usted no sabe cuándo…, cuándo es el entierro?

—No. Van a demorar el traslado del cadáver. Por lo menos hasta mañana.

Repentinamente Salty le tendió la mano.

—Gracias —murmuró.

Mason y Della se despidieron de los demás, cargaron el coche y arrancaron camino abajo con Della al volante.

—Imaginé que tenía usted el plan de quedarse aquí uno o dos días —dijo ella.

—En efecto —admitió Mason—. No es que me escapara, pero no quería estar a tiro para ser interrogado hasta que la situación se hubiese aclarado un poco. Si no presento ese certificado de venta, me irán mal las cosas. Si lo hago, se hará evidente que el endoso es una falsificación, tal como pintan las cosas en este momento. Además, hay una cosa que me preocupa. En cuanto la señora Bradisson se dé cuenta de la desaparición del otro testamento, se dará cuenta de quién lo tiene. Ella sabe que yo no podía haber ido a ese cuarto y quedádome dormido porque hacía muy poco que ella lo había abandonado cuando los policías me descubrieron sentado al escritorio.

—¿Qué hará cuando lo descubra, jefe?

—No lo sé. Su posición se hará entonces insostenible, y es posible que quiera sacarme ventaja. Por esto decidí que sería mejor no comparecer por algún tiempo. Pero esta información con respecto a la ipecacuana… Si intentan algo, siempre podremos replicar con violencia.

—Y de nuevo se verá metido en un lío —observó Della al cabo de unos minutos, durante los cuales concentró su atención en guiar el coche.

—Ya está bastante liado todo —admitió Mason—, y cada vez lo veo peor. No tardará mucho en ponerse realmente negro.

—¿Y entonces?

—Entonces haré frente a la jauría.

—Por una como ésta merecería usted el ostracismo verbal —protestó ella—. Voy a ponerlo en cuarentena.

—Es realmente justificada —suspiró él, apoyando la nuca sobre los cojines y cerrando los ojos—. Verdaderamente tendrían que

fusilarme.

Mason dormitó mientras el coche devoraba la distancia. Luego aquel pésimo camino desembocó en un trozo de carretera pavimentada y rodó suave hacia Mojave, coronó una pequeña eminencia y apareció la población sobre la faz del desierto, tan muerta y blanqueada por el sol como un hueso calcinado.

—Bueno —dijo Della, aminorando la presión sobre el acelerador —. Estamos aquí. ¿Adónde vamos?

Con los ojos todavía cerrados, Mason dijo:

—Al restaurante de Nell.

—¿Cree usted que podremos encontrarlo con facilidad?

Mason rió entre dientes.

—Su regreso a Mojave debió de constituir para la ciudad un verdadero acontecimiento. Sin duda alguna habrá habido una manifestación… Su personalidad es demasiado grande para desaparecer, sin dejar rastro, de una población de esta extensión.

El camino extendíase paralelamente a la línea del ferrocarril.

—Parece como si hubiese nevado —dijo Della.

Mason abrió los párpados. Había trozos de papel incrustados en cada uno de los arbustos que moteaban el desierto.

—La vía férrea está más allá —dijo el abogado, haciendo un ademán—. Los vientos soplan de esa dirección. Los trenes siempre arrojan trozos de papel y los vientos los lanzan con tal fuerza contra esos arbustos que se incrustan en ellos. Este es un trabajo de años. Un poco más allá hay un individuo que tiene una granja de sombreros.

—¿Una granja de sombreros?

—Sí… en el desierto hace calor y la gente saca la cabeza por la ventanilla para refrescarse. Hay una cantidad de sombreros que vuela y el viento los arrastra por el suelo como hojas secas hasta acumularlos junto a los arbustos de la finca de ese hombre de que le he hablado. Sus vecinos aran sus tierras con la intención de hacer crecer algo en ellas. Pero se mueren de hambre. En cambio, ese hombre dejó en su sitio los matojos y durante todo el año recoge suficientes sombreros para ganarse la vida.

Della se echó a reír.

—No es broma —dijo Mason—; es verdad. Pregunte a alguien sobre la granja de los sombreros.

—¿De veras?

—De veras. Pregunte por ahí.

El camino descendía suavemente, seguía una ligera curva y entraba en Mojave. Vista de cerca, la minúscula población del desierto daba más señales de actividad.

—Hubo un tiempo —dijo Mason— en que las únicas personas que vivían aquí eran las que no tenían dinero para pagarse el pasaje o suficiente inteligencia para largarse del lugar. Este era demasiado civilizado para tener las clásicas ventajas del desierto y tenía todavía demasiado de desierto para alcanzar las ventajas de la civilización. Ahora, con el aire acondicionado y la refrigeración eléctrica, resulta un lugar perfectamente habitable, y usted podrá apreciar la diferencia en toda la ciudad. Creo que es el lugar que necesitamos. ¿Ve el cartel?

Sobre la acera había sido instalado y colgado un letrero de madera. Con letras de color rojo, de tres pies de alto por lo menos, decía: «Nell ha vuelto.»

Della frenó el coche, y Mason mantuvo abierta la portezuela mientras ella se deslizaba bajo el volante, cruzaba el asiento y saltaba a la acera en un revuelo de esbeltas piernas.

—¿Vamos a emplear alguna particular regla de conducta? —preguntó.

—No. Entramos simplemente y entablamos conversación.

Mason abrió la puerta del restaurante para que pasara la joven. Al entrar en el salón, sus ojos torturados por el sol y la reverberación del desierto, tardaron un poco en acostumbrarse a la penumbra. Sin embargo, apenas entraron en el salón, una cosa les saltó a la vista. Era una larga y fina tira de lona extendida sobre el espejo colocado tras el mostrador, sobre el cual estaba escrito con grandes caracteres: «Porque tenía el mejor restaurante, la gente me ha arrojado adoquines».

—Este es, indudablemente, el lugar —dijo Mason.

Desde la fresca penumbra de la parte posterior del salón Nell exclamó:

—¡Por todos los santos del cielo! ¿Qué les trae a ustedes por aquí?

—El deseo de tomar una taza de café y un buen pedazo de pastel —dijo Mason, sonriendo y dirigiéndose a ella para darle la mano—.

¿Cómo está usted, Nell?

—Muy bien. Llegan a punto.

—¿De veras? —preguntó Della, riendo.

—Es todavía muy pronto para tener la alacena llena de pasteles —dijo Nell, disculpándose—. Pero hay algunos que dentro de unos minutos podrán ser sacados del horno. ¿Qué les parecería un poco de pastel de manzanas caliente y un par de cucharadas de helado de crema encima, con un trozo de queso?

—¿Puede usted hacer esto?

—¿Hacer qué?

—¿Servir pastel, queso y helado de crema al mismo tiempo?

—No me está permitido, pero puedo hacerlo. En estos lugares la hospitalidad no está de acuerdo con… En fin, por lo menos con algunos de estos nuevos y complicados reglamentos del gobierno… Siéntense y en un minuto o dos les tendré preparados estos pasteles. Les gustarán. Puse mucho azúcar. Un montón de azúcar, de manteca y de cinamomo. Es posible que yo no pueda fabricar tantos pasteles como los demás, pero los que yo hago tienen un sabor especial.

—¿Algo nuevo por aquí? —preguntó Mason como por casualidad, acomodándose en el banco.

—En la ciudad hay una gran excitación por el nuevo filón. Si usted me lo pregunta, le diré que hay algo que no está claro en ese asunto.

—¿El qué?

—Ese buscador… —respondió ella, pero se interrumpió, vacilante.

—¿El hombre que encontró la mina?

—¡El hombre que dice que encontró la mina!

—¿Qué le pasa a ese hombre? —preguntó Mason.

—¡Es un fantoche! Si él es un buscador, yo soy Napoleón. Eso sí, el oro lo tiene, y lo enseña a todo el mundo.

—¿Qué hace?

—Bebe.

—¿Dónde?

—En cualquier sitio de la ciudad donde pueda hallar lugar para apoyarse y una botella. El hacendado está con él y los dos hacen locuras.

—¿Dónde está su marido? —preguntó el abogado.

—No lo he visto desde que vine aquí. ¿Saben ustedes si se va a efectuar el entierro?

—No creo que nadie lo sepa. Se habla mucho del «*post mortem*» y cosas por el estilo.

—Era un hombre muy bueno —dijo Nell—. Es una vergüenza que desaparezcan hombres como él. Para mí fue como un hermano. Me he quedado anonadada. ¿No saben si agarraron al que…? ¡Dios mío, he olvidado mis pasteles!

Corrió a la cocina. Oyeron abrir la puerta del horno y momentos después llegó a sus narices el delicioso olor del pastel recién hecho.

Abrióse la puerta. Dos hombres entraron en el restaurante. Della echó una rápida mirada hacia atrás y apretó el brazo de Mason.

—¡Son Drake y Brady! —dijo en un susurro.

—¡Salud! —dijo Drake con la fuerte voz del hombre que ha estado bebiendo y está seguro de que sus pensamientos cobran gran importancia expresados sonoramente.

Las espaldas de Mason estaban rígidas.

—Señora mía —dijo Paul con ademanes grandilocuentes que parecían algo torpes por una lengua muy pastosa—, señora mía, se me ha comunicado que la vida civil de esta muy noble comunidad decidió inaugurar una nueva y memorable página con el feliz acontecimiento de su retorno al escenario de sus pasados triunfos. En otros términos, «*madame*», para expresarme más directamente: dicen por ahí que hace usted unos pasteles de miedo.

—A menos que mi nariz se engañe, los pasteles ya están a punto de salir del horno —dijo Harvey.

Mason se volvió lentamente.

Brady lo miró con el interés puramente casual con que se mira a un desconocido.

Paul avanzó tambaleándose y miró al abogado con el gesto característico del que encuentra cierta dificultad para enfocar los ojos.

—¡Salud, forastero! —dijo por fin—. Permítame que me presente. Mi nombre es Drake. Soy copropietario de la más rica mina descubierta en toda la historia de la minería del Oeste. Soy feliz. Usted parece que tiene hambre, amigo. ¡Sediento! ¡Descontento! ¡Desgraciado! Amigo, parece usted un político sin

escaño. Aquí no hay nada en forma de líquido refresco que me permita aliviar su triste estado. Pero le puedo mostrar a usted la auténtica hospitalidad del Oeste, invitándolo a un trozo de pastel.

—Ya comió pastel —dijo Nell.

Drake movió la cabeza lúgubremente.

—¿Cuántos trozos? —preguntó.

—Uno solo.

—¡Magnífico! Le invitaré a un segundo trozo de pastel. El primero que lo pague él: el segundo lo pagaré yo.

Drake se volvió a Brady.

—Vamos, socio. Siéntese. Comamos pastel… ¿Qué importancia tienen las muchas vivi… vicis…? ¡Uf! Es mejor retroceder y volver a intentarlo. —Aspiró una larga bocanada de aire—. ¿Qué importan las muchas vici… vicisitudes… ¡ahora!, de la vida, si hay pastel? Señora, comamos pastel, o como indudablemente se expresaría usted, comamos, bebamos y seamos felices, puesto que mañana seremos pastel de gusanos.

—¡Esa no es la verdadera cita! —dijo Nell.

—¿Cuál es? —preguntó Drake con acento beligerante.

—Come, bebe, y sé dichoso, pues el mañana y el otro mañana siguen su curso fatal.

Drake se cogió la cabeza con las manos, lo pensó y convino al fin:

—Exacto.

—Acabo de sacar los pasteles del horno —dijo Nell—. Un momento y se los traigo.

Y regresó a la cocina.

Drake se inclinó hacia el abogado y dijo con un tono confidencial que parecía un suspiro:

—Oiga, Perry: ganemos de paso un poco de dinero… Conocí a un verdadero buscador que explota una propiedad que cree que no tiene ningún valor… En sus tierras lavadas aparecen siempre unas piedras negras. Esas piedras, Perry, son pepitas de oro… Se raspa el negro y el oro está debajo. El pobre diablo no se dio cuenta. Yo no quisiera engañarle quedándome con toda la mina, pero puedo conseguir la mitad de los beneficios.

Mason se echó hacia atrás para evitar el aliento del detective.

—¡Paul! ¡Usted ha estado bebiendo!

—¡Claro que he estado bebiendo! —dijo Drake, agresivo—. ¿Por qué diablos no iba a beber? ¿Cómo puedo hacer el papel de borracho, si no bebo? ¡Y menos en un pueblo donde la gente le vigila a uno a cada paso! ¡Diantre! ¡Ha de saber que soy famoso!

Apareció Nell con los pasteles. Sirvió a Della y a Mason y luego cortó trozos más pequeños para Brady y Drake.

El hacendado apretó disimuladamente el brazo de Mason con un disimulado ademán tranquilizador y luego se instaló en el mostrador junto a Drake.

Drake se volvió una vez más a Mason y lo miró con la terquedad del borracho que ha sufrido una repulsa y está dispuesto a no soportarla.

—Otra cosa —dijo— que… ¡Ed! ¿Cómo él tiene helado en su pastel y nosotros no tenemos helado en el nuestro?

—Son órdenes del gobierno —dijo Nell—. Al menos creo que lo son. Eso me dijeron cuando tomé el restaurante.

—¿Y él? —preguntó Drake, señalando a Perry.

—Él tiene categoría de primera, expedida por la Cámara de Guerra local.

Drake miró a Mason con los ojos dilatados por el asombro.

—¡Que me zurzan si lo entiendo! —murmuró.

Al ver llegada la oportunidad, Mason dijo en voz baja:

—Quiero verle a solas en cuanto salgamos de aquí, Paul.

Con el mismo tono de voz, Brady le dijo:

—Igual que el resto de Mojave, Perry. Asome la cabeza a la calle y verá a doce o quince tipos rondando, como por casualidad, el restaurante de Nell. El caso es que, vayamos donde vayamos, esos tipos nos…

Se interrumpió de pronto cuando la puerta se abrió de golpe. Un hombre aterrorizado se escurrió y voló a la cocina.

—¡Eh, Pete! —chilló Paul, poniéndose de pie de un salto, muy cordial ahora en sus maneras—. ¡Ven aquí, amigo! ¡Ven en seguida, Pete, compadre!

Pero el compadre no pareció verlo ni oírlo.

—¡Nell! —gritó—. ¡Nell! ¡Tienes que sacarme de un lío!…

Una vez más la puerta se abrió con estrépito. La voluminosa figura del *sheriff* Greggory se recortó contra el cegador reflejo procedente de la calle principal del pueblo.

—¡Eh, amigo! —gritó—. ¡Venga en seguida! ¿Por qué diablos corre? ¡Dese preso!

Drake dirigió a Mason una lastimera mirada.

—¡Dios mío! —dijo, melancólicamente—. Ése es el individuo que iba a venderme la mitad de sus intereses en esa mina de oro.

19

El *sheriff* Greggory se dirigió al mostrador, con el rostro crispado por la resolución.

Pete rodeó el mostrador y se refugió al lado de su mujer. Sus medrosos ojillos contemplaron con temor al irritado *sheriff*.

—¿Qué has estado haciendo ahora, Pete? —preguntó Nell.

Tras el policía, aventurándose cautelosamente, aparecieron la señora Bradisson y su vástago.

Pete vio al abogado y, con la voz trémula de espanto, balbució:

—¡Ahí está mi abogado! Exijo una oportunidad de hablar con él. No pueden hacerme nada antes de hablar con un abogado.

—Pete —dijo Nell, severa—, dime en seguida qué has estado haciendo. ¡Vamos, pronto! ¡Suéltalo ahora mismo!

—Pregúntele qué hizo con las doce onzas de arsénico —intervino Greggory.

—¡Arsénico! —exclamó Nell, atónita.

—Exactamente. ¿Qué hizo con ellas, Pete?

—Ya le he dicho que no sé nada de eso.

—¡No sea estúpido! Hemos descubierto el lugar donde las compró. El vendedor identificó su fotografía.

—Le digo que es una equivocación.

—La equivocación fue creer que podía engañarnos.

—Voy a hablar con mi abogado.

—Pete, ¿pusiste el veneno en el azucarero? Si has hecho eso te… te voy a matar con mis propias manos, ¡canalla!

—¡Yo no fui, Nell! ¡No! Compré el veneno para otra cosa.

—¿Qué ibas a hacer con él?

—No puedo decírtelo.

—¿Dónde está el veneno? —preguntó Nell.

—Tú lo tienes.

—¿Yo?

—Sí.

—¡Estás loco!

—¿Recuerdas la bolsita de papel que te di para que me la guardaras?

—¿Te refieres a…? ¡Dios mío! Pensaba que era algo para la mina. Tú me lo dijiste, Pete… No me dijiste que era venenoso.

—Te dije que lo guardaras donde nadie pudiera tocarlo —repuso Sims.

—Pero si yo…

—¡Vamos! —terció el *sheriff*—. ¿Para qué lo compró?

—Yo… no sé…

Mason se volvió a Nell.

—¿Dónde lo puso? —preguntó.

En la cara de Nell se pintaba el mayor espanto y la más viva consternación.

—¿Cerca del azúcar? —preguntó el abogado.

Ella asintió, demasiado abrumada para continuar hablando.

—¿No pudo haber tomado por error dicha bolsa, en lugar de la del azúcar?

—Yo, no —respondió Nell—, pero sí Dorina. Como el azúcar está racionado y tal como van hoy las cosas… Dije a Dorina que trajera una bolsa de azúcar. Me la entregó. Cuando se fue, abrí la bolsa y eché el contenido en el cartucho grande, junto con el otro azúcar. Pero la bolsa que me había dado Pete estaba sobre el estante, y ella pudo haberla visto y creído que era la bolsa de azúcar que había comprado. Entonces, si creyó que debía llenarse el azucarero… Pero ¿por qué no me dijiste que era veneno?

—¡Yo te dije que no lo tocaras!

—¿No ves lo que has hecho, imbécil? Si Dorina tomó por equivocación ese paquete y llenó el azucarero, tú has sido el que envenenó a Banning.

—Yo no lo envenené. ¿No te dije que no tengo nada que ver con eso? Lo único que hice fue darte la bolsa…

—En primer lugar: ¿por qué compró usted el arsénico? —preguntó Greggory.

—Quise hacer unos experimentos y para ello necesitaba

arsénico.

—Entonces, ¿por qué no lo usó?

—No tuve la oportunidad de hacer esos experimentos.

Hubo un momento de silencio.

La señora Bradisson rompió la pausa.

—Si bien esto explicaría que el azúcar estuviese mezclado con arsénico, *sheriff*, difícilmente podría explicar la circunstancia de que ese mismo veneno estuviera mezclado con la sal, la noche en que mi hijo y yo fuimos envenenados.

—¡Es cierto! —dijo el policía—. No había pensado en ello. Esto demuestra que no fue un accidente, sino un acto deliberado.

—Un momento —intervino Mason con suave acento—. No tenía la intención de hacer saltar la cosa en este momento, pero, dadas las circunstancias, y dado que usted parece estar estrechando el cerco, *sheriff*, voy a decirle que la señora Bradisson no sufrió envenenamiento de arsénico.

—¡Tonterías! —exclamó la mujer con altanería—. Creo saber perfectamente los síntomas. Además el doctor Kenward lo dijo y también la enfermera.

—Y, sin embargo —replicó Mason—, usted no estaba envenenada con arsénico. Tenía ciertos síntomas y tal vez simuló otros, pero lo cierto es que las náuseas que tuvo fueron provocadas por la ipecacuana… posiblemente provocadas por deliberación…

—¡Cómo! ¡Jamás oí semejante cosa! ¿Qué quiere usted decir con eso?

—Quiero decir, señora —respondió el abogado—, que el doctor Kenward me dijo que había guardado parte del contenido del estómago en un frasco perfectamente sellado que remitió al laboratorio para su examen y análisis. El informe llegó horas después. No había rastros de arsénico, pero sí de ipecacuana. A la misma conclusión se llegó en el caso de su hijo.

—¡Cómo! —chilló ella airada—. ¡Nunca oí una cosa de este calibre!

—Ahora bien —continuó Mason con suavidad—, el arsénico pudo haber sido administrado accidentalmente o con una intención criminal. Pero hay muchas probabilidades de que la ipecacuana fuese tomada con deliberación. Esperemos que usted y su hijo nos digan por qué tomaron ipecacuana y simularon luego síntomas de

envenenamiento por arsénico. ¿Por qué hicieron esto?

—Yo nunca hice tal cosa —exclamó indignadísima, la señora Bradisson.

James Bradisson avanzó un paso.

—Creo que ya es hora de que intervenga yo en esto, Mason —dijo.

—Adelante, amigo —replicó el abogado.

Bradisson dijo en voz baja a Greggory:

—*Sheriff*, creo que tendría usted que averiguar por qué Mason trata, con tal deliberación, de hacernos ver lo blanco negro.

—No hay blanco por negro que valga —dijo Mason—. Simplemente, estoy demostrando la solidez de la teoría de que el arsénico fue puesto en el azucarero por razones puramente accidentales. Lo único que parecía contradecirla era suponer que la noche anterior había arsénico en el salero.

La señora Bradisson frunció la nariz.

—Yo puedo decirles por qué Perry Mason trajo tan súbitamente a colación el asunto de la ipecacuana —dijo con dignidad.

Greggory la miró, anhelante.

—Porque Perry Mason —prosiguió ella— sustrajo algo del estudio de Banning Clarke.

—¿Cómo? —exclamó Greggory—. Repítame eso, señora, por favor.

La señora Bradisson habló y de sus labios brotaron las palabras a borbotones.

—Dije que Perry Mason sustrajo un documento del escritorio de Banning Clarke. Y sé perfectamente lo que digo, *sheriff*.

—¿Cómo lo sabe?

—Se lo diré en seguida. Cuando supe que Banning había sido asesinado, adiviné algo muy turbio y siniestro detrás de todo eso. Deduje en seguida que alguien trataría de meter la nariz en sus cosas y si había dejado testamento, alterarlo o hacerlo desaparecer. Por lo tanto, fui a su cuarto, registré el escritorio y encontré un documento que consideré muy importante. Lo clavé con chinchetas en el fondo de uno de los cajones del escritorio y lo dejé todo como estaba antes.

—¿Por qué hizo usted eso? —preguntó Greggory de mal humor.

—Porque si aparecía alguien y trataba de traerse un tejemaneje

no pudiera descubrirlo y escamotearlo.

—¿Por qué alguien había de querer destruirlo?

—Porque es un documento escrito con la letra de Clarke. Pero no es su letra. Es una falsificación. Lega sus bienes a Mason. Y si utiliza usted la cabeza un poco, *sheriff*, verá que han estado ocurriendo muchas cosas poco claras. Perry Mason conoció a Banning Clarke hace pocos días. En tan poco tiempo Mason se quedó con todas las acciones de Banning, y además éste deja un testamento en el que le lega todos sus bienes. Por último se muere Clarke. Una significativa serie de acontecimientos (para Perry Mason) que en el testamento se le nombra albacea.

Greggory se volvió a Mason, fue a decirle algo, pero cambió de idea y se volvió de nuevo a la señora Bradisson:

—¿Por qué cree usted que Perry se apoderó del testamento?

—Está claro como el agua, *sheriff*. Cuando fui a la habitación de Banning, encontré el testamento falso y lo escondí. Recuerde que Banning era mi yerno, y lo quería como si fuera un hijo.

—¿Y puso usted un testamento en lugar del que sacó del escritorio? —preguntó Mason.

—Sí, señor Mason. Y le agradezco mucho que me llame la atención sobre este hecho, porque demuestra que me estaba vigilando.

—En efecto —admitió Mason.

Ella se volvió, triunfante, al policía.

—Ya ha oído usted —dijo— que él me estaba espiando, *sheriff*. Apenas me fui, entró él en el cuarto, descubrió dónde había dejado yo el falso testamento y probablemente lo destruyó. Yo sabía que sospechaba la verdad. Volví al día siguiente y el documento había volado… Solamente quedaban las chinchetas en el fondo del cajón… El testamento no estaba… Usted recordará haber encontrado al señor Mason sentado al escritorio cuando fueron a registrar la habitación. Creo que dijo que se había dormido. Bueno, esto ocurrió sólo diez o quince minutos después de haber salido yo del cuarto. Banning había dejado bajo mi custodia el verdadero testamento. Yo lo puse en el escritorio.

Greggory, con el ceño fruncido, dijo:

—Mason, esto es muy grave… gravísimo. ¿Admite haberse apoderado de ese testamento?

—No admito nada —dijo Mason con suavidad—. Sólo hice una pregunta a la señora Bradisson. Ella la consideró como una confesión.

—Así es.

Mason se inclinó.

—Está usted en su derecho. Yo dije únicamente que vigilaba.

—¿Dónde está el testamento?

—¿Qué testamento?

—El que ha dicho la señora.

—Pregúnteselo a ella. Ella ha hablado de él, *sheriff*.

—¿Niega usted tenerlo?

—No tengo ningún documento como el que ella ha dicho.

—Dice algo respecto a una «pista» guardada en un cajón del escritorio —continuó la señora Bradisson— y no había nada en él, salvo un mosquito encerrado en un frasco.

Mason le dedicó una sonrisa.

—Creo que fui acusado de querer hacer pasar por blanco lo negro, señora Bradisson; por lo tanto me considero ahora en libertad de hacer la misma acusación. Ahora, puesto que han sido ustedes los que lanzaron la bomba que torció el curso de la investigación en una dirección distinta, quizá tengan la bondad de explicar al *sheriff* por qué tomaron ipecacuana para simular síntomas de envenenamiento veinticuatro horas antes de que Banning injiriera una dosis mortal.

Greggory parecía aturdido mientras miraba con ojos sombríos alternativamente a Mason y a la señora Bradisson.

—¡Un momento! —intervino James—. Todo esto es nuevo para mí. Pero no me gusta esta manera de manejar las cosas. Mi madre está nerviosa y deprimida. Si tiene que hacer alguna declaración la hará en privado ante el *sheriff*. No me satisface la idea de que Mason la esté acosando como un «bulldog».

Mason se inclinó.

—No lo había advertido, pero si le parece que estoy poniendo nerviosa a su madre, me retiraré en seguida.

—¡No, no! —exclamó Bradisson—. No es esto lo que quería decir. Ella podrá hacer más tarde su declaración, una vez el *sheriff* haya terminado con usted.

—Posiblemente no sea lo que usted quiere decir —murmuró

Mason—, sino lo que yo quiero decir. ¡Vamos, Della!

—¡Eh, un momento! —gritó Greggory—. Todavía no he terminado con usted, Mason.

—Tiene razón —dijo el abogado—, pero lo más importante del momento es averiguar lo de la ipecacuana antes de que mamá y el nene tengan tiempo de conferenciar y arreglar las cosas, y yo me niego a ser interrogado en presencia de los Bradisson.

Hizo intención de dirigirse a la puerta.

—¡Espere! —replicó Greggory—. Usted no sale de aquí sin que yo le haya registrado primero.

—¿De verdad, *sheriff*? —dijo Mason—. ¿No se le ocurrió pensar nunca en qué condado estamos? Estos violentos procedimientos no me parecen muy apropiados ahora que he dejado su jurisdicción. Es mejor que interrogue a fondo a los Bradisson antes de que tengan tiempo de urdir un cuento. Vamos, Della.

Una expresión de anonadamiento apareció en el rostro del policía cuando Mason dijo que se hallaba fuera de su jurisdicción. Tranquilamente el abogado pasó por su lado y se dirigió a la puerta.

Paul Drake, espectador fascinado por aquel espectáculo tragicómico, empezó a aplaudir.

El *sheriff* se volvió hacia él, iracundo.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó.

Drake, con dignidad alcohólica, dijo:

—Si usted quiere plantear así las cosas, ¿quién diablos es usted?

Mason no aguardó la respuesta del policía.

Cuando la puerta se cerró con estrépito, Della lanzó un suspiro de alivio:

—¡Uf! ¡Buena escapada, jefe! ¿Cómo están ahora las cosas? ¿Cómo se pone ahora el terreno?

—Cada vez más inextricable —repuso Mason.

—Debemos admirar a la señora Bradisson por su valor al lanzar la contraofensiva —dijo Della.

Mason tenía el ceño fruncido cuando se deslizó bajo el volante.

—A menos que se preparara una trampa y yo haya caído en ella —murmuró.

—¿Qué quiere usted decir?

—Supongamos que ella hubiese dejado abierta la puerta adrede para que yo la viese manejando testamentos. Naturalmente, yo

deduciría en seguida que el testamento que escondía era el verdadero. Si llega a descubrirse que es falso, esta circunstancia, robustecida, por el falso endoso del certificado de venta de las acciones y la fatalidad de que Banning fuese envenenado en una comida que compartimos con él…

—¡Jefe! —interrumpió Della Street con acento consternado y temeroso.

—Exactamente —dijo Mason, y apretó el acelerador.

—Entonces no hay escapatoria.

—Sólo ha quedado abierta una probable vía de escape, Della.

—¿Cuál?

—Sabemos muy poco respecto al mosquito adormilado —dijo Mason—. Velma lo oyó. Encendió la luz y se dirigió a la ventana con una lámpara eléctrica.

»Alguien estaba de pie cerca de la pared, casi en línea recta con la ventana. El hombre disparó dos tiros. Los dos agujerearon el cristal de la ventana, algo más arriba de la cabeza de Velma. Había menos de tres pulgadas entre agujero y agujero. ¿Advierte algo que le parezca raro especialmente, Della?

—¿Alude usted a los tiros?

—Sí. Es evidente que el hombre no quiso herirla, sino alejarla de la ventana. Si tuvo la suficiente habilidad para poner dos balas a tres pulgadas escasamente una de otra, el hombre tiene que ser un tirador muy hábil.

—Pero ¿por qué quería alejarla de la ventana?

Mason sonrió.

—Por el mosquito adormilado.

—¿Qué quiere usted decir, jefe?

—¿No se dio cuenta de que cuando Salty Bowers hizo anoche su demostración de luz negra, el mecanismo que empleó poseía un carrete de inducción, por medio del cual se intensificaba la corriente de una batería que permitiese el funcionamiento de una lamparita?

Ella asintió.

—Pues bien, si usted se hubiese encontrado en la oscuridad y oído ese zumbido de tono más bien débil, le habría sonado en los oídos como si un mosquito volara por su cuarto.

Della parecía ahora muy excitada.

—¡Es cierto! —exclamó.

—Un mosquito muy especial, un poco perezoso… quizás un mosquito adormilado.

—Entonces ¿cree usted que el zumbido que oyó Velma fue causado por uno de esos aparatos de luz negra?

—¿Por qué no? Cuando se asomó a la ventana, alguien estaba de pie junto a la pared. Póngase usted en la situación de Banning. Estaba enfermo del corazón. Poseía valiosos informes. No se atrevía a confiar en nadie. Pero era evidente que se daba cuenta de que podía morir y llevarse a la tumba su secreto. Debió ingeniárselas para dejarnos algún mensaje. Su alusión al mosquito adormilado tiene ahora una gran significación dado lo que anoche pudimos admirar en materia de luz fluorescente.

—¿Quiere usted decirme que el muerto dejó en algún lugar un mensaje o código?

—Sí.

—Entonces debe de estar en la pared de las rocas.

—Exacto. Recuerdo que hizo traer del desierto todas esas rocas diferentes.

Los ojos de la joven brillaron.

—Me imagino que esto significa que vamos a ser los primeros en proyectar un haz de luz invisible hacia la pared y descifrar el mensaje del muerto —dijo, excitada.

—Vamos a intentar ser los primeros.

—Pero el hombre debió de usar uno de esos aparatos.

Mason estaba pensativo.

—El aparato pudo haber sido el que Salty Bowers o Banning Clarke utilizaban para «iluminar» una sección de la pared de rocas, situada a corta distancia del lugar en que Velma descubrió al hombre —dijo—, y éste pudo haber intentado saber qué pasaba. De todos modos creo que sacaremos algún provecho del mosquito adormilado, Della.

20

Era muy pronto aún para que la luna apareciera en el horizonte. Por el momento la noche era oscura, levemente aclarada por el fulgor de las estrellas, astros que en aquella densa atmósfera de nieblas oceánicas parecían distantes e indiferentes puntos de luz.

Della sostenía la linterna y Mason llevaba el aparato de luz negra. Los contornos del caserón que se levantaba en el extremo norte de aquellos extensos terrenos, recortaban su silueta rectangular contra el cielo nocturno. En el edificio no se advertía ninguna señal de estar habitado. Mason ocupó una luz estratégica, distante unos diez pies de la pared.

—Listo, Della —ordenó—. Apague.

La joven apagó la linterna.

Mason movió la palanquita. Del interior de la caja surgió un zumbido bajo y distinto, y segundos más tarde la oscuridad de la noche pareció volverse ligeramente luminosa, adquiriendo matices violáceos.

El abogado dirigió al muro los rayos de luz ultravioleta. Casi en el acto una serie de luces de colores parpadearon en él. Silenciosamente Mason y Della las estudiaron.

—¿Deduce algo claro de todo esto, jefe? —preguntó Della.

Mason no contestó en seguida. Cuando lo hizo, su voz sonó apagada, con una vibración de despecho:

—Nada, Della… Desde luego, debe de haber una especie de código. Sólo veo una sucesión de puntos aislados. Pero no parecen obedecer a un plan particular.

Mason avanzó a lo largo del muro.

—Es peliagudo —murmuró.

Y los finos oídos de Della pudieron advertir la desilusión que

había en su voz, mostrando hasta qué punto había depositado su fe en aquella teoría.

—Tal vez se trate de algo relacionado con esta luz ultravioleta —dijo ella, sabiendo lo que aquélla significaba para los dos, sabiendo que Mason se encontraba en un trance desesperado, del que solamente podía salvarse pensando con rapidez y bien, sabiendo que la solución del misterio del mosquito adormilado era el primer paso, y que, en caso de fallar, estaban completamente derrotados.

—No puedo imaginar qué podría ser eso… ¡Maldita sea, Della! Estamos trabajando contra el tiempo… ¿Eh? ¿Qué significa eso?

Había avanzado a lo largo del muro hasta llegar a la parte más baja donde apenas alcanzaba cuatro pies de altura.

—Es una línea recta —exclamó Della—. Esas piedras fluorescentes han sido colocadas en línea recta… ¡Oh!

El abogado había movido la luz hacia la izquierda, de modo que una nueva sección de la pared quedó dentro de su campo visual. Apareció entonces una serie de puntos de luz, como si alguien hubiese grabado un diagrama groseramente rectangular con el auxilio de un lápiz fosforescente.

—Aquí hay una especie de flor con pétalos puntiagudos —dijo Della—. Cuelga hacia abajo, jefe.

Mason frunció el ceño mirando el objeto que parecía ser una flor de cinco pétalos, colgando de un tallo ligeramente curvado. Bruscamente, exclamó:

—¡Diantre!

—¿Qué pasa? —preguntó la joven.

—¡Es la «Shooting Star»…, la estrella fugaz! —dijo Mason en voz baja—. No es una flor que cuelga hacia abajo, sino una estrella fugaz, y esas líneas deben de ser los límites de las minas, y esa cruz el punto en que Banning descubrió las pruebas que revelaban que se trataba de la mina perdida de Goler.

—¡Exacto! —dijo Della, excitada—. ¡Caramba, jefe! Tengo la impresión de haber descubierto un valle de oro. Las rodillas me tiemblan de emoción.

Como si pensara en voz alta, Mason continuó:

—Ahora comprendo por qué Banning quería disputar a toda costa ese asunto de la estafa. Su posición estaba bien clara. Si

intentaba recuperar alguna propiedad de la compañía minera, le habría dado a Bradisson la pista que le hubiese permitido localizar la mina perdida de Goler. Pero al fingir que estaba tratando de disputar un caso perdido y evitar que la señora Sims recuperara sus minas, Clarke logró echar tierra a los ojos de todos, incluso a los míos.

—Entonces, ¿la señora Sims recuperará sus posesiones? —preguntó Della.

—¡Maldita sea! —murmuró el abogado, exasperado—. Arreglaré las cosas para que no sea así, Della. Cogí en una trampa a Bradisson en su declaración haciéndole formular manifestaciones que convirtieron un caso desesperado en uno a prueba de bombas… Con ello despojé a mi cliente de una fortuna… Ahora tengo que encontrar alguna triquiñuela que me permita volver atrás, antes de que los otros adviertan su verdadero valor. Siempre hay la posibilidad de que alguien más lo sepa.

—¿El secreto de la «Shooting Star» y del mosquito adormilado?

—Sí.

—¿Se refiere usted al hombre que merodeaba?

—Sí.

—¿No cree que él estaba espiando a Banning, que empleaba esa luz negra para colocar las piedras en la pared? ¿Ese hombre pudo haber sido ahuyentado antes de que llegase a conocer el secreto? Después de todo, Banning pudo haberse despojado de sus ropas después de oír los tiros.

—Es cierto —dijo Mason—. Pero recuerde que siempre pudo haber vuelto aquí. Disparó su revólver después de haber sido visto por la enfermera, pero con la única intención de evitar que lo enfocara con su linterna. Además, hizo fuego, no para evitar ser descubierto, sino reconocido, y…

—¡Alguien viene! —exclamó Della.

—¡Pronto! ¡Hay que evitar que nos encuentren aquí! Por fortuna dejamos el coche fuera de la finca.

Mason comenzaba a escabullirse detrás de los cactos en busca de un escondrijo, cuando dos deslumbrantes haces de luz atravesaron las verjas e inundaron de luz la alameda de la entrada.

Della se detuvo al lado de Mason y éste pudo sentir la presión de sus dedos en su brazo, mientras ambos esperaban, conteniendo la

respiración.

El coche se detuvo.

Se paró el motor y apagáronse los faros. Al cabo de unos instantes, oyeron abrirse las portezuelas del coche y cerrarse después con gran ruido.

—Probablemente es Salty, que vuelve —dijo Della en voz muy baja—. Parece su coche.

—Espere —replicó Mason.

Oyeron a Nell Sims, que decía:

—Y ahora, Pete Sims, camina derechito a la despensa. Si hiciste que mi hija envenenara a Banning Clarke, te arrancaré el pellejo a tiras.

La voz de Pete sonaba con un tono quejumbroso, suplicante y trémulo, típicamente suyo en los momentos de explicación.

—Te digo, querida, que no sabes nada de negocios de hombres. Es asunto de minas…

—Lo único que sé es que el hombre que le da arsénico a su mujer para que lo guarde en la despensa está como una chiva.

—Pero escúchame, querida…

El ruido que hizo la puerta al abrirse y cerrarse con fuerza dio fin a la conversación.

Mason se inclinó y metió la larga caja de la luz negra bajo la tupida espesura de un gran macizo de cactos sin espinas.

—Vamos a verle, Della —dijo.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó la joven.

—Pasando por la puerta lateral con toda la tranquilidad del mundo. Es necesario acertar esta vez y obrar rápidamente… Quiero ver a Sims y escabullirme antes de que el fiscal del crimen comparezca en escena.

Anduvieron por la senda que conducía al fondo de la casa y llegaron ante la puerta lateral. Mason intentó abrirla. No estaba cerrada y entró. Luego, con la linterna de Della, se dirigió a la cocina.

Había luces en ella y oyeron dentro un cuchicheo. Luego Nell Sims dijo con aspereza:

—Mira esa bolsa, Pete. Fue abierta y falta una parte del producto.

—No es culpa mía —gimió Pete—. Te digo que…

Mason abrió la puerta y dijo:

—Quizá no les moleste que les haga unas preguntas.

Los dos se volvieron, sorprendidos. Nell Sims tenía una bolsita en la mano.

—¿Ese es el arsénico? —preguntó Mason.

Ella asintió.

—¿Puesto junto al azucarero?

—Junto, junto, no… Pero sí muy cerca.

—¿Qué es eso que tiene escrito?

—Lo escribí yo para que nadie pudiera equivocarse —dijo Sims, precipitadamente—. Véalo. Escribí aquí con caracteres de imprenta: «Guárdese cuidadosamente. Pete Sims. Particular».

Mason extendió la mano.

—Pete —dijo—, quiero hacerle unas preguntas. Yo…

Calló de pronto y miró las palabras escritas en la bolsa.

—Quiero que sea mi abogado —dijo Pete—. Estoy metido en un gran lío, señor Mason, y…

La puerta se abrió violentamente.

Mason giró sobre sus talones cuando oyó el grito ahogado de Della.

El *sheriff* Greggory estaba de pie en el umbral. Durante un instante su cara reflejó ira. Luego sonrió, triunfante.

—Y ahora, señor Mason —dijo—, estoy en mi propia jurisdicción, investido con toda la autoridad de la ley. El fiscal del crimen espera en su despacho. O viene conmigo en seguida a hacer una declaración, o le meto en la cárcel, donde se quedará, si no consigue un auto de «*habeas corpus*».

Mason vaciló el tiempo suficiente para trazarse un cálculo preciso de la determinación que reflejaba la fisonomía del policía. Luego se volvió a Della y dijo tranquilamente:

—Conduzca el coche al tribunal, Della. Me imagino que el *sheriff* prefiere que vaya con él.

21

Topham, el fiscal del crimen, era un individuo cadavérico y demacrado, con una nerviosa expresión de hombre acosado y con incansables tics. Agitábase en su ancha silla giratoria de respaldo de cuero, colocada tras su mesa. Contempló a Perry Mason con sus ojos inmensos y opacos y dijo al fin, con el tono del que recita un discursito más que sabido:

—Señor Mason, hay pruebas que indican que usted cometió un delito en la jurisdicción de este condado. Como es usted un abogado que ha conquistado cierta reputación ejerciendo su profesión, voy a brindarle la oportunidad de que explique los hechos, antes de emprender ninguna acción legal contra usted.

—¿Qué quiere usted saber? —preguntó Mason.

—¿Qué alega usted con respecto a la acusación de haber cometido el delito de sustraer un importante documento?

—No lo sustraje. Lo tomé, que cambia la cuestión.

—¿Del escritorio de Banning Clarke, con residencia en este condado?

—Exactamente.

—Sin duda alguna, señor Mason, comprenderá usted toda la gravedad de semejante admisión.

—Nada veo de malo en esto —dijo Mason—. ¿Por qué tanto alboroto?

—Señor Mason, prescindiendo del hecho de que la ley considera delito la alteración o desfiguración de un instrumento legal de tal naturaleza, declara, además, que tal instrumento legal es propiedad. La sustracción de semejante instrumento legal constituye un robo, y el grado del robo se determina por el valor de la propiedad que se distribuirá por medio de dicho instrumento legal.

—Por favor —interrumpió Mason—. No revelé esto anteriormente porque no quería tener que presentar ahora el testamento y explicar los términos en que está concebido, pero le manifestaré lo siguiente: mi punto de vista es que éste es el genuino testamento escrito por Banning Clarke de su puño y letra y fechado la víspera de su muerte. Se me nombra albacea. Como tal, mi deber era tomar semejante documento bajo mi custodia. De hecho, si cualquiera hubiese descubierto el testamento (incluso usted mismo), yo podría haber exigido que se me entregara, dada mi calidad de albacea, o bien al escribano del tribunal de testamentarías. Y ahora se trata de encontrar una falla en la legalidad de este razonamiento.

Topham resbaló sus largos y huesudos dedos sobre la ancha frente, miró al *sheriff* y cambió de posición en la silla que, al parecer, crujía protestando contra la constante agitación del que la ocupaba.

—¿Se le nombra albacea?

—El propio testigo del *sheriff* lo admite así.

—¿Puedo ver el testamento?

—No.

—¿Por qué no?

—Lo presentaré a su debido tiempo. Creo que, de acuerdo con la ley, aunque no he estudiado bien, dispongo de treinta días.

La silla crujió de nuevo, esta vez de una forma más estridente. El fiscal se volvió al *sheriff*.

—Sí, es cierto, nada podemos hacer —dijo.

—¿Aunque haya entrado en la casa y sustraído subrepticiamente el testamento del escritorio? —insistió el policía.

Mason sonrió mientras la silla emitía una serie de diversos crujidos.

—Verá, *sheriff* —repuso Topham—, si él es el ejecutor testamentario, tiene poder para hacerse cargo de todos los bienes del muerto. Registrar todos los efectos del difunto no sólo era su deber, sino su derecho, y creo que tiene razón en lo que se refiere a la ley de que el testamento debe ser entregado, ya al albacea, ya al escribano del tribunal de testamentarías.

—¿Por qué no me lo dijo antes? —preguntó Greggory a Mason.

—No me preguntó usted nada.

—¿Acaso es usted tonto?

Mason dijo con tono de burlona disculpa:

—A veces, *sheriff*, cuando estoy preocupado, se me traba un poco la lengua. Recordará usted que, en varias ocasiones, me amenazó con tomar medidas drásticas. Esto me preocupó. Me acobardó un poco.

El policía enrojeció.

—Ahora no está acobardado —refunfuñó ásperamente.

Mason sonrió al fiscal del crimen.

—Porque ahora no me siento preocupado en absoluto —dijo.

22

Mason encontró a Della en su coche, parado ante el edificio.

—¿Cómo salió, jefe? —preguntó la joven con ansiedad.

—Por poco —respondió él—. Me escurrí por la puerta grande, pero me libré por menos que nada.

—¿Quedó encadenada la fiera legal?

—Encadenada no es la palabra: atada. El *sheriff* imagina que tiene un buen caso contra mí porque sustraje el testamento y me acosó en este aspecto. Lo enfurecí de tal modo que olvidó el certificado de venta. Pero se recobrará pronto y enfocará este nuevo punto de vista. ¡Maldita sea! En el momento en que se hizo el endoso del certificado de venta, destinado a evitar que Moffgat pudiera pillar en la trampa a mi cliente, parecía ser la única explicación lógica. Ahora me parece un tremendo error.

—¿Cuánto tiempo de gracia cree que tenemos, jefe?

—Acaso media hora, Della.

—Entonces vayamos en seguida al campamento de Salty.

—En seguida no, Della —murmuró el abogado—. En esta media hora hemos de descubrir quién mató a Banning Clarke, descifrar el misterio del veneno y saber quién era el que merodeaba la casa la noche en que Velma oyó al mosquito adormilado. Cuando el *sheriff* empiece a buscarnos, nos encontraremos en el lugar en que menos nos espera.

—¿En casa de Banning? —preguntó Della.

Mason asintió.

—Suba y agárrese bien —dijo ella.

La señora Sims contestó al timbre.

—¡Hola! —gritó—. Llegan a tiempo. El teléfono está tratando de dar con usted desde Castaic. No creí que lo retuvieran mucho

tiempo.

Mason dirigió una mirada significativa a Della y se dirigió al teléfono. Momentos después oyó la voz de Drake:

—¡Hola, Perry! ¿Está usted sereno?

—Sí —respondió Mason secamente.

—Bien —respondió Drake—. Recuerde que le pregunté primero. Ahora escúcheme bien, Perry. Me siento un poco mareado, pero creo que hay un pez a punto de picar el anzuelo.

—Adelante.

—El tipo se llama Hayward Small, Perry. Es un tipo flaco, pero con labia. Tiene una manera de mirar fijo… ¿Lo conoce?

—Sí.

—¿Es el pez que usted deseaba?

—Si pica, sí, Paul.

—Alguien le arreó.

—¿Qué quiere usted decir?

—En el ojo izquierdo. ¡Qué maravilla!

—¿Un ojo de luto?

—De luto riguroso o picadillo, o lo que quiera.

—¿Cuál es su proposición?

—Dice que la mina descubierta por mí está entre las propiedades del
«Come-Bank
Mining Syndicate», y que tiene agarraderas en la Compañía. Si lo asocio al cincuenta por ciento, garantiza un treinta y tres a nuestras acciones.

—Si usted acepta, ¿qué quiere hacer?

—No sé. Me llevará a San Roberto si es trato hecho. Estoy en camino a Los Angeles con Harvey Brady. ¿Qué hago?

—¿Sabe que está telefoneando?

—Cree que hablo con una chica de Los Angeles. Hablo desde la caseta de un restaurante. Es lo más lejos que he podido separarme de él, Perry.

—¡Muy bien! —dijo Mason—. Acepte la proposición y siga la farsa.

—¿Qué hago cuando pida el informe?

—Dígale que le hará un mapa con la situación exacta de la mina, en cuanto lleguen a San Roberto.

—¿Antes, no?

—No, amigo mío… A menos que quiera morir envenenado —respondió Mason y colgó.

—Telefoneó el señor Moffgat —dijo la señora Sims—. Parece que la Compañía quiere arreglar el caso conmigo. Dijo que no podía hacerme directamente una proposición porque no estaría bien, pero aseguró que podríamos llegar a un arreglo.

—Sí —dijo Mason, sonriente—. Estoy casi seguro de que quiere el arreglo. ¿Dónde está su marido?

—En la cocina.

Mason fue a ver a Pete Sims y lo encontró desplomado en una silla de la cocina.

—¡Ah! ¿Era usted? —murmuró.

Mason asintió.

—Quería hablarle, Pete.

—¿De qué?

—De «Bob».

—«Bob» solamente me ha dado disgustos —murmuró.

—Venga conmigo —dijo Mason—. Todavía no ha visto nada. Della, traiga la máquina y el papel.

Y Mason condujo al afligido Pete a la habitación que Banning había utilizado en vida.

—Siéntese, Pete.

Pete obedeció.

—¿Qué quiere? —preguntó, inquieto.

—Quiero saber algo con respecto al modo de «cargar» minas.

—¿Por qué? Nunca cargué ninguna, pero sé cómo se hace.

—Carga un cartucho de escopeta con pepitas de oro muy pequeñas, luego lo descarga en una veta de cuarzo y…

Pete se estremeció.

—¿Qué pasa? —preguntó el abogado.

—Eso es muy burdo, señor Mason. No se procede de este modo.

—¿Cómo lo hace usted, Pete?

—Esto es lo que Hayward Small llamaría un caso sicológico. Usted tiene que procurar que el tonto trate de hacerle una jugarreta.

—Siento decirle que no lo entiendo —murmuró Mason, mirando de reojo a Della, que anotaba preguntas y respuestas.

—La cosa es así, señor Mason. La gente de hoy sabe mucho.

Tiene buena educación y se vuelve muy viva. Trate de venderles un ladrillo de oro o disparar oro en una veta de cuarzo, y lo probable es que ya lo sepan por haberlo leído en alguna parte o visto en el cine. Entonces lo dejan a usted burlado. Con sólo que trate de vender a cualquiera una mina de oro, el tipo desconfía. Si sabe de minas, no tiene ningún valor lo que usted diga, y si no, desconfía hasta de la camisa que lleva.

Era, evidente que Pete se sentía muy aliviado de que Mason prefiriera pedirle informaciones en lugar de formularle acusaciones directas, o exigirle embarazosas explicaciones. Y este alivio le hacía locuaz.

—Lamento decirle que no lo entiendo —dijo Mason.

—Bueno, señor Mason, se trabaja de este modo: usted pone al «tonto» en la posición que quiere y luego se las compone para que sea él quien trate de venderle algo a usted.

—No trabajó de este modo con Bradisson, Pete —dijo Mason.

Pete se movió en la silla.

—Señor Mason, no conoce usted toda la historia.

—¿Qué historia, Pete?

El hombre movió la cabeza con terquedad.

—¿No me lo dice?

Pete se agitó.

—Le dije ya lo que sabía —replicó Pete, cambiando en sombría reticencia su tono anterior de cordial volubilidad.

—Bueno, Pete. No se enfade. Discutamos generalidades. ¿Cómo puede usted hacer que el «tonto» trate de hacerle una jugarreta?

—Hay mil maneras.

—¿Puede decirme una?

—Le daré una idea base sobre el asunto —respondió Pete—. Finja ser el tipo «inocente» y deje que el «tonto» sea el «listo». Usted no es más que un inocente e ignorante hijo del desierto. Entonces el tipo listo de la ciudad piensa que usted es tan tonto que sería vergonzoso no aprovecharse de su tontería.

—No sé cómo se puede llegar a eso, Pete.

Sims atacó con calor el tema.

—Hay que ser ingenioso, señor Mason. Hay que pensar mucho y tener imaginación. Por esto muchos creen que soy un vago. Cuando estoy sentado por ahí sin hacer nada, es que pienso, es porque…

Bueno, creo que estoy hablando por los codos, señor Mason…

—Bueno, Pete. Está entre amigos —indicó Mason—. Me interesa saber cómo consigue usted que el listo de la ciudad trate de sacar provecho de su inocencia.

—Lo hacen siempre, señor Mason. Se hace usted el simple y los lleva a mostrarles una propiedad que quiere venderles. Usted se muestra entusiasmado y orgulloso de su propiedad y le enseña sus cosas buenas. Ellos siguen metidos en su concha. A la hora de almorzar, los lleva a alguna propiedad que usted dice que es suya o de algún amigo, y se sientan a comer. Luego se marcha usted con cualquier excusa, habiendo dejado «plantado» algo que el tonto pueda encontrar fácilmente, algo que le haga creer que la mina está llena de oro… ¿Comprende, señor Mason? Cuando usted vuelve, nunca le dirá el tipo: «Oiga, Pete: encontré un rico filón en su mina…» Le diré la verdad, señor Mason. Durante veinte años he estado «cargando» minas, y ni uno solo dijo eso.

—¿Cómo se las compone para que el «cliente» examine la mina?

—¡Caramba! Lo hacen todos. Usted les dice que la mina es rica y que tendrían que comprarla, y demuestran por ella no mucho interés. Pero llévelos a algún lugar que parezca prometedor, con sus lindas rocas de colores, y dígales que no vale un rábano, y entonces los deja solos. Todos empezarán a curiosear… ¡No falla uno! Esto es característico del tonto en el desierto. Cree saber más que el minero veterano.

Mason asintió.

—Bueno —continuó Pete—. Esta es la forma de tender la red. El pájaro comienza a mirar. Usted tiene allí algunas piedras tan ricas en oro que el metal parezca metido en grandes cantidades. Usted hizo volar parte de la pared de roca y encajó en su lugar debido esos fragmentos de piedra con oro. Si se hacen bien las cosas manejando dinamita y utilizando un cemento especial, no hay nada que decir. Las piedras pueden ligarse de tal modo que parezcan que han estado allí desde el año uno.

»El caso es que el tonto se echa al bolsillo una muestra de roca. Cuando usted vuelve empieza a hacerle preguntas casuales sobre el título de la propiedad, cuándo expira la concesión y muchas cosas. Después, lo primero que hace el tonto es atacarle a traición, intentando embaucarle y conseguir la propiedad. Si al principio le

dijo usted que es suya, empieza a decirle que aquel sería un lugar encantador para construir una cabaña para pasar los fines de semana; nunca había estado en un lugar que le pareciera más tranquilo, y todos esos embustes. Como el lugar no vale nada como mina, él querría comprarlo para construir una cabaña de turismo… O tiene un amigo con sinusitis y le gustaría comprar el lugar para el pobre enfermo.

»Si es usted el que descubrió el puñado de cuarzo aurífero el tonto se le volverá receloso. No le escuchará siquiera y llamará a media docena de ingenieros de minas y le exigirá toda clase de referencias bancarias. Pero como ha sido él quien lo ha descubierto, él se convierte en el vendedor y usted en el cliente. Nada más. Él se las da de listo y quiere embaucar al embaucador.

—Un interesante ejemplo de sicología práctica y aplicada —dijo Mason con gravedad—. Creo, señor Sims, que podré utilizar esta táctica en mis asuntos.

—Bueno, señor Mason, si esto era todo lo que quería saber, me retiro. Este es el secreto del asunto. Uno tiene que hacer que el tonto de la ciudad trate de venderle la mina y hacerle la jugarreta.

—Un momento —dijo Mason—. Antes de que se fuera, me gustaría hacerle una pregunta más, Pete.

Pete se sentó en el borde de la silla.

—Diga, señor Mason.

—¿Verdad que fue usted quien engañó a Banning Clarke con el revólver de seis tiros? —preguntó el abogado, de sopetón.

—¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir?

—Que usted «cargó» el grupo de minas perteneciente a su esposa y se lo vendió a Bradisson. Cuando la corporación lo denunció por estafa, se dio cuenta de que se había metido en un lío y que era necesario montar otra jugarreta. Arregló las cosas de manera que Banning Clarke creyera que la famosa mina perdida de Goler se hallaba entre las propiedades que fiscalizaba el «Shooting Star Group», ¿verdad?

—¡Señor Mason! —exclamó Sims, con tono de amargo reproche.

—A este efecto —continuó el abogado, implacable— grabó usted el nombre de Goler en las cachas de un revólver viejo de seis tiros. Pero olvidó una cosa, Pete. Tiene usted una manera muy particular de hacer la «G» mayúscula. El cartel que puso usted en la bolsa de

arsénico: «Guárdese cuidadosamente», tenía la misma «G» mayúscula que la de las cachas del revólver.

Durante un momento Pete miró fijamente a los ojos del abogado y luego apartó la vista.

Mason se volvió a Della.

—Bien, Della. Vaya a buscar al *sheriff*. Dígale que traiga la bolsa del arsénico. Buscaremos el revólver y compararemos las letras.

—¡No, no, no! —exclamó Pete—. ¡No lo llame! ¡Señor Mason, no se exalte! ¡Y no me traiga al *sheriff* aquí!

Mason sonrió.

—Decídase, Pete —dijo.

Sims exhaló un profundo suspiro.

—Deme un cigarrillo.

Mason se lo dio y Sims lo encendió. Toda resistencia parecía haberse esfumado.

—Está bien —murmuró—. Yo fui… Eso es lo que pasó.

—Bueno, hablemos ahora del arsénico —dijo Mason.

—Fue como le dije al *sheriff*. Lo compré para…

—¿Para qué? —preguntó Mason cuando lo vio vacilar.

—Pues… para hacer experimentos…

Sims cambió de posición en su asiento.

—Después de todo, tal vez sea mejor llamar al *sheriff*, Della.

Pete parecía no haber oído. Siguió hablando como si no hubiese eludido antes la pregunta.

—Este asunto de las «minas perdidas» podría ser algo muy productivo, señor Mason. Me di cuenta cuando vi picar a Clarke con el revólver de seis tiros. Comprendí que había sido un imbécil preocupándome tanto cargando minas y fabricando muestras y todo eso. Hacer que la gente sepa algo sobre minas perdidas y luego dejar escapar algún indicio que les haga pensar que han dado con una. Uno finge no saber nada de tal indicio… ¿Comprende, señor Mason?

El abogado asintió.

—Con respecto a la mina del «Shooting Star» —continuó Pete—, le diré que cuando se la vendí a Bradisson lo hice un poco descuidadamente, lo confieso. Pero entonces estaba con la cuerda al cuello, y Jim lanzaba a los cuatro vientos que era un gran director de empresas mineras y que… Bueno, el pájaro fue fácil de engañar,

y no me tomé la molestia de cubrir mis huellas.

»Pero cuando me di cuenta de que necesitaba arreglar las cosas de modo que no creyera que le había engañado, se me ocurrió la idea de “plantar” un revólver de seis tiros y dejar que Clarke lo descubriera y se lo contara a Bradisson. Encontré por casualidad el viejo revólver en medio del desierto. Solamente tuve que grabarle el nombre de Goler en las cachas y frotarlo con hojas de té secas para que las letras parecieran auténticas y viejas… Luego lo “planté” junto a un arroyuelo que corre por sus tierras, dejando que el cañón sobresaliera unas pulgadas, y enterré el resto en la arena. Me llevé allí a Clarke. Esto fue antes de que su corazón enfermara y no pudiera viajar. Pero ya estaba lo bastante enfermo como para tener que quedarse en cama. El caso es que le dije que quería buscar por ahí. Yo sabía que iría a sentarse junto al arroyo. Olvidé decir que sembré unas pepitas de oro cerca del arma. Todo salió bien. Apenas volví, vi que el revólver ya no estaba allí y que Clarke estaba tan excitado que apenas podía hablar. Desde luego, aparenté que no me daba cuenta de nada.

»Pensé que Clarke, por ser accionista de la Compañía, haría lo posible para que no armaran ningún jaleo por la jugarreta que yo les hice. Pero Clarke se entusiasmó tanto con la idea de haber descubierto la mina perdida de Goler que se empeñó en que mi mujer volviera a adquirir sus propiedades. El pobre pensó que ella tenía más derecho a las minas que la empresa. El caso es que yo estaba metido en un lío.

»Más tarde conseguí que Bradisson tuviera noticia de que Clarke había encontrado la mina perdida de Goler. Antes de haber estado conmigo, Clarke hacía seis meses que no había ido al desierto. Imaginé que Bradisson sería lo bastante listo como para sumar dos más dos y decir que la mina se encontraba en el grupo de la “Shooting Star”. Pero Jim llevó adelante su querella por fraude. ¡Y Banning me dijo después que lo había contratado a usted para defender el pleito! Entonces yo ya estaba metido hasta las orejas. No comprendía lo que él quería hacer. Ahora sí lo entiendo. Clarke deseaba que Nell se resistiera todo lo posible para que Bradisson no recelara algo y decidiera no soltar esas propiedades… Esta es la pura verdad, señor Mason.

—¿Y el arsénico? —preguntó Mason.

—Si quiere saberlo todo, señor Mason, le confesaré que he decidido dedicarme al asunto de las minas perdidas. Sospecho que soy un miserable y un granuja, pero no me dé consejos. No voy a reformarme. Estoy ahora en un mal paso y tengo un miedo que no me llega la camisa al cuerpo, pero me conozco lo bastante para saber que continuaré cargando minas.

»Si fuera usted otro hombre, me las daría de arrepentido y representaría tan bien la farsa que hasta yo mismo me engañaría. Antes llegué a ser un embustero perfecto, señor Mason. Pero todavía no había conocido a Hayward Small, que trató de hipnotizarme diciéndome muchas cosas sobre el asunto de la doble personalidad. Fingí que me había hipnotizado. Tal vez fue verdad. Entonces decidí explotar esa personalidad secundaria.

»Me arruiné como embustero. Era tan fácil cargarle la culpa a "Bob" que perdí la práctica de inventar buenas y convincentes mentiras. Para mí fue un choque terrible que el abogado aquel me enredase de tal modo que me dejó más impotente que un niño recién nacido.

»Le aseguro que no voy a dejar que nadie más mienta por mí. Me voy a librar de "Bob" en seguida. Tengo que quitármelo de encima, ¿comprende?

—Lo comprendo, Pete. Pero concretemos: ¿para qué quería usted el arsénico?

—La mina Peg-Leg —explicó Sims— y otras dos más que se perdieron en el desierto…, se perdieron porque su oro era negro. Superficialmente está cubierto por una capa negra, cuando se raspa, sale oro amarillo del bueno, pero las pepitas parecen piedrecillas negras. Oí decir que se trataba de un compuesto de arsénico, y decidí conseguir arsénico y hacer un ensayo con oro para conseguir esa capa negra. Si lo lograba podía engañar al primer tonto, haciéndole creer que había descubierto la
Peg-Leg.
Ese hacendado y su socio que suponen haber descubierto la mina perdida de Goler… El hacendado tiene la idea de salir a localizar minas perdidas, utilizando métodos científicos… Yo había pensado darle la
Peg-Leg.

—¿Usó el veneno?

—No, señor Mason, no lo necesito. La verdad es que olvidé lo del arsénico. Poco después de haberlo comprado, encontré un lugar donde había oro negro, no mucho, pero sí el suficiente para cargar una mina.

—¿Hizo usted alguna combinación con Hayward Small? —preguntó Mason.

Sims cambió nuevamente de posición en la silla.

—¡Señor Mason! En esto está usted muy equivocado. Eso no se dice. Hayward Small es un hombre recto. A mi mujer no le es simpático porque anduvo cortejando a Dorina. Pero la chica tiene que casarse algún día, y no le será fácil encontrar un tipo como Hayward.

Mason sonrió y movió la cabeza.

—Acuérdese del *sheriff*, Pete —dijo.

Sims suspiró, cansado.

—¡Está bien! No sirven las evasivas. Naturalmente, yo andaba en el asunto con Hayward Small, y éste tenía una «tranca» suspendida sobre la cabeza de Bradisson.

—¿Cómo?

—No lo sé. Pero sé lo que es una «tranca». Estuve cargando minas por cuenta de Small, que las vendía a la empresa.

—¿Estaba metido en el asunto de la «Shooting Star»?

—No. Esto era cosa mía.

—¿Sabía él que usted tenía arsénico? —preguntó Mason.

—Sí. Él mismo me dijo que no lo utilizara. Me contó que sabía dónde podíamos encontrar oro negro.

—¿Envenenó usted a Clarke? —preguntó el abogado.

—¿Quién? ¿Yo?

Mason asintió.

—¡Qué va! ¡Quítese eso de la cabeza!

—¿Tampoco le pegó un tiro?

—Oiga, señor Mason. Clarke era un hombre leal. Yo no le habría tocado un pelo de la ropa.

—¿No tiene usted idea de quién puso el arsénico en el azucarero?

—No, señor.

—¿Sabe qué «fuerza» tiene Small sobre Bradisson?

—Tampoco. No lo sé. Pero le aseguro que es una fuerza muy

fuerte. Puede creerme cuando le digo que Bradisson tiene miedo a Small. Es un chantaje.

—¿Cree usted de veras que Small es la persona más adecuada para casarse con Dorina?

—No, señor Mason. Si yo hubiese estado aquí, ese tipo no habría tenido agallas para llevársela a Nevada.

—¿No se han casado?

—Según me han dicho —contestó Sims, con una sonrisa—, ese soldado que andaba detrás de Dorina consiguió un permiso de veinticuatro horas y se dio un paseo por Las Vegas… Sospecho que cuando el chico acabó con él, Small no estaría para casarse con nadie. No tenía ánimos para ser novio. Le quedó un ojo negro como recuerdo.

—Creo que esto ya basta, Pete —dijo Mason—. Muchas gracias.

Pete se levantó precipitadamente.

—Señor Mason, no puedo explicarle lo que significa para mí poder hablar largo y tendido con una persona que me comprende. Si alguna vez tiene propiedades en el desierto y quiere librarse de ellas a buen precio… Pero usted no es de esos. De todos modos, si puedo hacerle un favor, llámeme.

Cuando Pete se fue, Mason sonrió a Della.

—Vamos a estudiar un poco la sicología de Pete, Della —dijo—. Ponga papel en la máquina e instálese debajo de la lámpara.

—¿Cuántas copias?

—Una.

—¿De qué se trata? —preguntó la joven—. ¿Documento para firmarlo alguien, carta…?

—Un modelo de mina cargada —dijo el abogado— y vamos a dejar que la descubra el tonto. Nuestra conversación con Pete Sims va a resultar muy provechosa.

Della puso papel en la máquina y colocó los finos dedos sobre el teclado.

—Vamos a empezar en medio de una frase —dijo Mason— y muy arriba de la cuartilla. Póngale un número. Por ejemplo, veintiuno. Luego escriba debajo lo siguiente: «Transcripción de declaraciones hechas ante el *sheriff* Greggory.»

Los dedos de la joven revolotearon sobre el teclado y le arrancaron un veloz martilleo. Cuando se detuvo, Mason continuó:

—Justamente debajo de eso escriba: «Continuación de la declaración de James Bradisson»… Bien. Empecemos ahora la primera línea en mitad de una frase «esto es conforme a mi mejor entendimiento y parecer». Bien, ahora punto y aparte. Empiece: «Pregunta del *sheriff*: ¿Entonces está usted dispuesto a jurar, señor Bradisson, que vio a Hayward Small con manejos sospechosos con el azucarero? Respuesta: Sí, señor». Párrafo aparte. «Pregunta: ¿No sólo le vio poner la nota bajo el azucarero, sino también la tapa?» Párrafo aparte. «Respuesta: Sí, señor. Pero quisiera recordarle que, por determinadas razones, yo no debo ser llamado a comparecer como testigo hasta el momento en que se celebre la vista de la causa. Una vez lo vea ante el juez, yo seré ese testigo sorpresa que hará que lo condenen. Me presentaré ante el juez cuando usted haya logrado algo sólido contra él, pero habrá de basarse en otras declaraciones distintas de la mía, *sheriff*.» Párrafo aparte. «Declaración del *sheriff* Greggory: Comprendo, señor Bradisson. Pero no puedo prometerle nada de una forma categórica. Hablemos ahora del arsénico. ¿Dice usted que Pete Sims le habló de que tenía a mano una cantidad de arsénico? Respuesta: Exacto. Sims quería usarla para hacer un experimento con oro, pero Small le dijo que no la usara, que él podría conseguirle en otro lugar el oro negro que quería». Párrafo aparte. «Pregunta: ¿Nunca confirmó esto Hayward Small?» Párrafo aparte. «Respuesta: En tantas palabras, no».

—¿Llega al final de la hoja? —preguntó Mason.

—Justamente al final —respondió ella.

—Bueno. Déjela en la máquina. Deje la luz encima. Llévese la cartera… Espere. Tenemos que dejar unas colillas por aquí como si esta habitación hubiera sido utilizada para las declaraciones. Parta en dos algunos cigarrillos, encendámoslos y dejémoslos por ahí.

»La cosa está pendiente de un hilo, Della. Si al *sheriff* se le ocurre preguntar a Dorina si sabe algo sobre el endoso del certificado de venta, estamos perdidos.

Della lo miró con expresión de curiosidad.

—¿Fue Hayward Small quien envenenó el azúcar? —preguntó.

El abogado sonrió.

—Pregúntele a la señora Sims el proverbio de la gallina de los huevos de oro.

—Entonces, ¿por qué deja usted esa declaración escrita?

El rostro de Mason se ensombreció.

—A mi entender, estoy realizando los deseos de mi difunto cliente —murmuró.

23

El *sheriff* Greggory prosiguió ferozmente su investigación nocturna, obrando con la tenacidad de un hombre que tiene una buena salud y una obstinada determinación. Topham, el fiscal del crimen, se daba cuenta claramente de que el asunto podía aplazarse hasta la mañana del lunes. Sin embargo, no tenía suficiente vigor físico para gastar energías discutiendo este punto y traicionaba su desaprobación con la resignada pasividad de su rostro y su reacción sicológica.

El policía consultó el reloj.

—Ahora no debe faltar mucho —dijo—. Antes de salir de aquí, quiero llegar al fondo de ciertos aspectos del caso.

Mason estiró las manos sobre su cabeza. Bostezó, sonrió al fiscal y dijo:

—Por mi parte, no veo ningún motivo para semejante prisa nocturna, señores.

El fiscal bajó y levantó las cejas con una lenta deliberación.

—Creo que deberíamos ponerle un límite a esto —dijo.

—El límite —replicó Greggory— vendrá cuando se sepa qué pasó aquí. Hay pruebas de que la firma que aparece en ese certificado de venta no es la de Banning Clarke.

Y, dicho esto, fulminó con la mirada al abogado.

De nuevo Mason bostezó.

—Si me lo pregunta —murmuró— le diré que el lugar apesta a misterio. Si Clarke estaba muriéndose envenenado y le quedaban sólo unos suspiros en el cuerpo, ¿por qué precipitar su muerte con una bala del treinta y ocho? ¿Qué podía haber hecho Clarke en esos últimos suspiros que tuviera trágicas consecuencias para el autor del balazo?

»¿Qué hará usted si encuentra al envenenador? Éste asegurará que el asesino fue el que pegó el tiro. ¿Qué me dice del pistolero? Dirá que murió de una dosis fatal de arsénico. Ahí tienen, señores, un caso duro de pelar.

Sonó el timbre de la puerta de la calle.

—Yo abriré —dijo Mason.

Pero Greggory se adelantó y abrió la puerta bruscamente.

Un más que borracho Paul Drake levantó un largo índice y luego lo bajó hasta la solapa del sorprendido *sheriff*.

—¡No abra nunca la puerta de este modo! —exclamó—. Si las visitas se caen de narices, pueden plantearle un pleito.

—¿Quién es usted? —preguntó el policía— ¡Ah, ya!… Usted es el hombre que encontró la mina.

—Descubrir, señor, es la palabra correcta, *sheriff*. Encontrar supone un elemento de suerte. «Descubrir» significa reflexión, planteamiento…

—¡Hola!… ¡Ahí está Small! Pase. Quiero hacerle unas preguntas.

Small tendió la mano.

—¿Cómo está, *sheriff*? Realmente no esperaba encontrarlo aquí. ¿Cómo está usted? —dijo, saludando—. ¡Señor Mason! ¿Cómo está, señor Mason? Traje a un amigo.

—Small —dijo el *sheriff*—, quiero que conteste a esta pregunta con sinceridad y franqueza. ¿Sabe algo acerca del endoso del certificado de venta?

—Un momento —interrumpió Mason—. Voy a sugerirles que cualquier declaración formulada por estos testigos sea hecha donde las respuestas puedan anotarse taquigráficamente. A los demás testigos les hizo usted unas preguntas, *sheriff*, cuyo sistema no me parece del todo correcto.

—Usted no tiene nada que decir de mis preguntas —dijo Greggory con aspereza—. ¡Soy yo el que dirige la investigación!

—Entonces siga usted adelante, que así va bien, *sheriff* —repuso el abogado.

—Sí…, pero no en un vestíbulo con tanta corriente —intervino Drake.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —preguntó el policía.

—Espero un trago —anunció gravemente Paul—. La hospitalidad con la que me ha favorecido poco menos que

arrancando la puerta de sus goznes, me parece un augurio de lo más favorable. Pero con infinita tristeza le advierto, mi querido *sheriff*, que su actual actitud difiere bastante de la cordialidad con que respondió usted a mi llamada.

—¡Sáquenme de aquí a este borracho! —gritó Greggory, impaciente.

—No, no —dijo Mason—. Este hombre ha venido a hablar conmigo de negocios… algo que atañe a los bienes del difunto Clarke. Como ejecutor del testamento del muerto, tengo derecho.

—Usted se viene conmigo —dijo Greggory a Small.

Mason dio a Small una llave.

—Suban a la habitación de Clarke —dijo—. Usted y el fiscal pueden practicar arriba la investigación.

—Bueno —dijo Greggory.

Hallábanse a mitad de la escalera cuando Mason dijo:

—¡Eh, *sheriff*!

—¿Qué pasa?

—Creo que hay algo que debería usted saber antes de continuar con esa investigación.

—¿De qué se trata?

—Algo que… ¿Puedo hablarle a solas? Un minuto.

El policía vaciló. Mason trepó por las escaleras y dijo:

—Vaya al cuarto de Clarke, Small. Sólo quiero decirle una palabra al *sheriff*.

—Oiga Greggory —dijo en voz baja—. Creo que es estúpido seguir ese tira y afloja. Si usted se tranquiliza un poco, verá que estoy trabajando por conseguir lo mismo que usted. ¡Quiero resolver este caso!

—Señores —dijo el fiscal—, ¿no podríamos dejar todos estos roces? Después de todo, la única cosa que podemos hacer es tomar las primeras declaraciones y levantar la sesión.

—Le prevengo que es mejor tomar por escrito la declaración de Small —dijo Mason—. En caso contrario lo lamentará.

—Aquí no tengo quien escriba —replicó el policía—. Esta es una sesión preliminar.

—Mi secretaria puede tomar las declaraciones.

La sonrisa del *sheriff* demostró su escepticismo.

—Es mejor que nada —dijo Mason.

Malhumorado, el *sheriff* le volvió la espalda.

—No lo creo —dijo—. Ahora empiezo a tenerle simpatía a mi cuñado.

—Bueno —replicó Mason—, todo lo que yo diga será anotado por mi secretaria.

—Me tiene sin cuidado lo que usted diga.

—¿No podríamos llevar el interrogatorio a un nivel más digno? —dijo Topham, cansadamente.

—¡Vamos! —dijo Greggory.

Y empezó a subir las escaleras.

Mason descendió y sonrió a Della.

—Ahora —manifestó— sabremos si el sistema sicológico de Pete produce efecto en la práctica.

—Perry —dijo Drake—, estoy completamente sobrio. El largo viaje y el fresco de la noche me limpiaron las telarañas de la cabeza… pero me ha dado frío a los huesos… Este… ¿No habría manera de que me diera permiso para un trago?

—No hay trago —repuso el abogado—. Pronto necesitará tener firmes los nervios, Paul.

Drake lanzó un suspiro.

—Bueno, nada se perdería haciendo la prueba.

—Vamos —dijo Mason en voz baja—. Deme el parte. ¿Qué ha averiguado?

—Sospecho —dijo Drake con alcohólica verborrea— que usted deseaba que sonsacase al tipo que me acompañó a Mojave… Ponerlo en su sitio, ¿no es eso?

—Eso es.

—Seguí sus deseos al pie de la letra.

—¿Qué sabe?

—Small tiene cierta «fuerza» sobre Bradisson.

—¿Desde cuándo?

—Esto —dijo Drake— es algo que también se me ocurrió a mí. Comprendí que no era fácil que el hombre se franqueara conmigo respecto a su «fuerza» sobre Jim Bradisson, pero que habría otros caminos para conseguirlo. Me aseguré de la fecha en que Small conoció a Bradisson. Small lo conoció en enero de mil novecientos cuarenta y dos. Casi inmediatamente ingresó en la cosa.

—Enero del cuarenta y dos, ¿verdad? —murmuró Mason,

pensativo.

—Precisamente. Yo…

Una puerta se abrió con estrépito en el pasillo superior. Sonoras pisadas vinieron de la parte de la escalera.

—Parece que se trata de nuestro impulsivo *sheriff* —dijo Paul.

—¡Mason, suba en seguida! —gritó Greggory.

—La llamada parece urgente —observó Drake—. Me temo, Perry, que la cosa no pinte bien.

Mason hizo con la cabeza una indicación a Della y en medio de la escalera dijo:

—Es mejor que venga, Paul. Podría necesitarle como testigo.

—Sus compromisos —dijo el ebrio— van de lo sublime a lo ridículo. ¿Cómo diantre puede subir unas escaleras tan empinadas?

Cuando Mason entró en la habitación, Greggory, indignado, señaló la máquina.

—¿Qué diablos significa eso? —gruñó.

—¡Cómo! —exclamó Mason—. Son las notas de la investigación practicada por usted.

—¡Yo no he practicado ninguna investigación!

Mason aparentó perplejidad.

—Siento no comprenderle, *sheriff*. Della anotó…

El rostro de Greggory estaba rojo.

—¡Maldita sea! No se le ocurra meterme a mí en estos cuentos inocentes —dijo, furioso—. Ya se ha inmiscuido bastante en este caso. Soy yo quien dirige la investigación, y lo haré a mi manera.

—Sí, *sheriff*. ¡No faltaría más!

—¡Qué idea dejar esa hoja en la máquina! ¿Qué pretendía?

Mason se volvió a Della con actitud de reproche.

—Della, yo suponía que el *sheriff* le había dicho que retirase de la habitación todos los papeles y echara la llave a la puerta.

Las largas pestañas de la joven se agitaron.

—Lo siento, jefe.

Topham miró a Greggory y a Mason. Sus ojos reflejaban reproche.

—Lo siento mucho —dijo Mason, como quien pide disculpas por una equivocación que se puede justificar.

—¡Yo les digo que no he tomado aquí declaración alguna! —vociferó el policía, y la rabia le hacía tartajear—. Antes de que

viniera usted, Topham, hice aquí una investigación, pero no formal.

—Desde luego —asintió Mason, precipitadamente, demasiado precipitadamente en realidad—, usted no investigaría nada sin el señor Topham.

Los inquietos ojos de Small iban de rostro a rostro recogiendo cualquier matiz de expresión, pendiente de cada palabra.

Mason codeó a Della casi ostensiblemente.

—Tiene razón el *sheriff*, señor Topham —dijo Della precipitadamente—. No hubo ninguna investigación. Lo siento en el alma.

Mason arrancó la hoja de la máquina y dijo a Small:

—Es un error. Perdone, *sheriff*.

Greggory fulminó al abogado con la mirada.

—¡Me las pagará! —rugió, iracundo—. Me…

—Pero ¿no le he dicho que lo siento mucho? Mi secretaria no tendría que haberla dejado ahí. Le pedimos perdón. Le dijimos a Small que no hubo tal investigación. Se lo hemos dicho también a Topham. Todos estamos de acuerdo con esto. Usted dijo que no la hubo y nosotros decimos que no la hubo. ¿Qué más quiere? Cuanto más diga ahora, más hará recelar a nuestro testigo.

Por un momento Greggory pareció quedarse sin palabras.

Mason continuó suavemente:

—En realidad no veo el motivo para adoptar semejante actitud. Desde enero del cuarenta y dos Small estuvo haciendo chantaje a Bradisson. Desde luego, esto le da motivo a Bradisson para achacarle el asesinato a Small, pero si usted me lo pregunta, *sheriff*…

—¡Nadie le pregunta nada! —interrumpió el policía.

Mason se inclinó como quien ha sido objeto de una repulsa por parte de una autoridad. Después se encerró en un hosco silencio.

Greggory se volvió a Small.

—Lo que yo trato de saber es lo de las acciones —dijo.

Small se humedeció los labios con la lengua y asintió.

—¿Qué sabe de eso? —preguntó Greggory.

—Lo que sé es lo que me dijo Dorina.

—¿Qué le dijo?

—¡Testigos de oídas! —dijo Mason con tono de censura—. Yo no lo repetiría, Small. Usted sabe que no puede salir fiador de eso.

—¡Le he dicho que no se meta en esto! —gritó el policía.

—Una vez le hayan sonsacado este dato, comenzará a aplicarle el «tercer grado» con respecto a esa acusación de asesinato —observó Mason—. ¿Qué les parece un cigarrillo? ¿Alguien quiere fumar?

Tranquilamente sacó la pitillera del bolsillo.

—Gracias, tomaré uno, jefe —dijo Della con dulzura.

—¡Salga de aquí inmediatamente! —exclamó Greggory, rabioso—. ¡Fuera!

—Yo creí… que usted quería que me quedara.

—Yo quería una explicación de esto.

—¡Ah, sí! ¿Quiere que volvamos a lo de antes?

—¡No!

Small, que había estado pensando un rato, dijo súbitamente:

—Voy a hablar claro en este asunto. No tengo nada que ver con el envenenamiento. Yo… Bueno, «presioné» un poco a Jim Bradisson unos dieciocho meses atrás.

—En enero del cuarenta y dos, ¿verdad? —preguntó Mason.

—Exacto.

—Poco después de la muerte de la señora Clarke, según creo.

Small no contestó.

—Y también Moffgat comenzó a ejercer un poco de presión alrededor de esa época —dijo Mason.

—No me interesa nada de eso —anunció Greggory.

—Pero a mí, sí —terció Topham, grave su voz de tranquila autoridad—. Déjelo continuar, por favor, *sheriff*.

—El tipo ha montado esta escena de teatro —dijo Greggory, acremente—. Está tratando de encubrir la falsificación de la firma del certificado y salvar su pescuezo…

—No importa —dijo Topham, con un tono tranquilo que enfrió la furia del policía, con toda la fuerza de una censura glacial—. Deseo que no interrumpa al señor Mason. Siga, señor Mason.

El abogado se inclinó.

—Gracias —y se volvió a Small—. Más o menos alrededor de la época en que murió la señora Clarke, ¿verdad?

Los ojos de Small miraron un instante los de Mason y se desviaron después.

—Bueno… Sí, señor.

—Ahora bien —continuó Mason—, nos hallamos ante una situación muy interesante. Tenemos a la señora Bradisson entrando de puntillas en el aposento de Banning Clarke y sustituyendo un testamento nuevo por otro antiguo. Procedimiento muy sencillo de hacer válido un documento espúreo. Un testamento queda revocado siempre por otro posterior. La intención del testador en cuanto a revocar el primer testamento se pone de manifiesto con la presencia del segundo. Pero, a menos que el primero sea destruido, nada hay en su contenido que demuestre su anulación, punto interesante que, por lo general no entra en los cálculos de quien no conoce la materia. Semejante plan ingenioso, que no tiene falla, parece concebido por algún abogado inteligente y perspicaz. Me pregunto si la idea de la señora Bradisson de cambiar testamentos datará de algún, episodio anterior. Usted no sabe nada de eso, ¿verdad, Small?

El hombre se llevó la mano al cuello de la camisa y tiró de él como si ejerciera una insospechada presión.

—No —dijo.

Greggory intentó decir algo y Topham le impuso silencio con la mano.

—Ya ven, señores —dijo Mason— que confrontamos un caso de envenenamiento y ataque con arma de fuego… dos crímenes distintos. Sin embargo, no debemos pasar por alto el hecho de que los dos podrían haber sido provocados por un mismo y único motivo. Dos criminales diferentes, siguiendo cada uno un camino independiente del otro, por no atreverse a concederle confianza. Uno emplea el veneno y el otro el plomo.

»A consecuencia de estas peculiares circunstancias, nos vemos forzados a recapitular sobre lo que ocurrió, interpretando cada indicio, procurando que la deducción nos dé la deseada respuesta.

»Ahora bien, señores, tenemos aquí a Hayward Small, amigo y colaborador de Moffgat, el abogado, pero virtual desconocido para Bradisson y su madre. En la primera mitad del mes de enero del cuarenta y dos murió la señora de Banning Clarke. Se presentó un testamento para que se aprobara legalmente, en el que ella legaba todos sus bienes a su madre y a su hermano, advirtiendo que tales bienes no eran gran cosa. Inmediatamente después, Moffgat y Small se convirtieron en personajes muy importantes. El abogado se

convierte en accionista de la empresa. Por su parte, Hayward Small pasa a ser agente de minas, aunque jamás las había vendido. Sin embargo, ahora las vende a manos llenas. Y todas ellas a buenos precios a la empresa, compuesta ahora principalmente por la señora Bradisson y su hijo. ¿Cuál es la respuesta, amigos míos?

—¡Está usted loco! —exclamó Small—. No sé dónde quiere ir a parar, pero desatina.

—¿No sería posible que Small fuera uno de los testigos de un testamento hecho en fecha posterior y que (con la connivencia de las partes interesadas) hubiese sido destruido? —continuó Mason impasible.

—¿Está usted haciendo una grave acusación? —tartamudeó Greggory.

—Ciertamente —dijo Mason, mirándolo con frialdad—. Es posible que usted, *sheriff*, tenga a mano otra explicación más lógica de lo ocurrido.

—¡Eso es falso! —exclamó Small, muy pálido—. No ocurrió nada de eso.

—Esto, señor fiscal —continuó Mason, dirigiéndose a Topham—, explicaría el afán de Bradisson de cargarle el crimen a Small. Explicaría el testimonio prestado por Bradisson y su madre, tan perjudicial para el testigo. Si él los había «presionado», y si ellos podían hacerlo condenar a muerte por homicidio, entonces…

—¡Le he dicho que no hubo tal investigación! —rugió el *sheriff*, rojo de ira—. Bradisson no hizo nunca semejante declaración, señor fiscal.

Topham miró con reproche al *sheriff*. Era evidente que tampoco él lo creía.

—Llamen a Bradisson. ¡Pregúntenle! —replicó Greggory con acritud.

La sonrisa de superioridad y protección del abogado descartó sin palabras esta sugestión.

—Oigan —dijo de pronto Hayward Small—. ¡Yo no permito que me compliquen en una trampa de asesinatos! Si Jim Bradisson trata de culparme de algo, yo…

—¿Qué? —preguntó Mason al ver que callaba bruscamente.

—No lo permitiré, y se acabó.

—No se preocupe, Small —dijo Mason—. No tiene

probabilidades. El *sheriff* del condado sólo cree en pistas secretas y testigos fantasmas. Ya ve a qué extremos ha llegado para convencerlo de que Bradisson no hizo ninguna declaración. Usted no verá la mano de Bradisson en este asunto hasta que se encuentre delante del juez para oír su sentencia.

—No permitiré que siga esta… —balbució Greggory, irritado.

—¡Por favor! —interrumpió Topham.

Greggory se contuvo bajo la mirada airada del fiscal.

—Personalmente —continuó el abogado— me siento inclinado a dudar de las afirmaciones de Bradisson. No me parecen lógicas. No veo por qué razón tenía Small que poner arsénico en el azúcar. Por otra parte, hay muchas razones a favor de la teoría de que Bradisson pusiera el veneno en el azucarero. Estudien imparcialmente las pruebas, señores. Bradisson y su madre manifestaron aparentes síntomas de envenenamiento. Luego salió a la luz que el envenenamiento fue provocado por ellos mismos con ipecacuana. ¿Hemos de ir más lejos para buscar un motivo? Madre e hijo, tenían la intención de que Hayward Small falleciera a la noche siguiente, envenenado con arsénico. Entonces tendrían ustedes ante sí un misterio desconcertante, en el que los verdaderos envenenadores no resultarían sospechosos porque ellos mismos habían figurado los primeros, aparentemente, en la lista de víctimas… Un individuo que hace chantaje no mata nunca la gallina de los huevos de oro. Pero, en cambio, la víctima sí desea la muerte al individuo.

Topham miró fijamente a Small y casi en el acto dio una cabezada.

—Usted está armando todo esto —dijo Small—. ¡Ganas de hablar!

—Pero el plan falló —continuó el abogado— porque aquella noche Small no se sirvió su acostumbrada taza de té. El motivo era que había planeado fugarse con la hija de la señora Sims, y sabía que esta señora no le tenía ninguna simpatía. El hombre estaba un poco asustado de su extraño poder de intuición, de su lengua mordaz y de sus ojos astutos. Por lo tanto, permaneció detrás del telón, dejando que Dorina colocara la nota bajo el azucarero. Esto deshizo los planes de los Bradisson.

»Ahora podemos ya determinar con exactitud la hora en que el

arsénico fue puesto en el azúcar. Se puso después de habernos servido nuestra primera taza de té. Della Street, Banning Clarke, la señora Sims y yo porque la señora Sims se sirvió una cuarta taza de té y fue la cuarta en tomar azúcar del azucarero. Sin embargo, no sintió efecto alguno. Después entraron en el cuarto las personas que habían estado en la reunión de la dirección. Por supuesto, hubo cierta confusión cuando la gente pasó en torno a la mesa. Entonces Banning Clarke tomó su segunda taza de té y se sirvió azúcar. En ese momento el desdichado ingirió la mayor dosis de veneno, con lo que se demuestra que el arsénico estaba entonces encima del azúcar, pues él lo recibió todo… Después, Della y yo nos servimos la segunda taza, nos pusimos azúcar y con ella una parte relativamente pequeña de veneno. Ahora bien, señores, deduzco que Bradisson trataba de envenenar a Small contando con la costumbre que éste tenía de tomar una taza de té al entrar en la cocina. Fracasado su intento de envenenarlo, Bradisson quiere ahora cumplir su propósito haciendo una declaración confidencial al *sheriff*, en la que afirma que Hayward Small es culpable de la muerte de Clarke, y si el *sheriff* consigue llevar a Small ante la justicia, apoyándose en otros testigos, Bradisson se constituirá testigo sorpresa, lo que le costará la vida. Perfecto, ¿eh?

Mason dejó de hablar, concentrando, aparentemente, todo su interés en el fiscal, y no prestando mayor atención a Small que si fuera un espectador casual.

—¿Qué le parece, señor fiscal?

—Me parece muy, pero muy lógico —dijo Topham.

Small exclamó, tartamudeando:

—El abogado tiene razón. ¡Maldito sea ese traidor de Jim Bradisson! Debí haber supuesto que trataría de hacer algo por el estilo. Está bien: ¡que el diablo se lo lleve! Ahora hablo yo y diré la verdad.

—Así es mejor —dijo Mason.

—Yo conocía a Moffgat —dijo Small— y frecuentaba un poco su bufete. Solía desenterrar algún negocio para él. Desde luego, nada importante. Pero si algún amigo que le llevaba asuntos y al que correspondía con favores. Un viernes por la mañana fui a su bufete. Nunca olvidaré la fecha, el cinco de diciembre del cuarenta y dos. Todos sabemos lo que ocurrió el siete de diciembre. Yo estaba

esperando en la salita para ver a Moffgat. La señora Clarke estaba con él en su despacho. Yo no la había visto nunca. Moffgat abrió la puerta del despacho y sacó la cabeza para ver quién estaba en la sala de espera. Me vio sentado y me preguntó si quería entrar para hacer de testigo en un testamento.

—¿Aceptó usted?

—Sí.

—¿Qué ocurrió después?

—Ya lo sabe.

—¿Sabe en qué términos estaba redactado el testamento?

—No. Sé únicamente que a primeros de enero leí que la señora Clarke había muerto y que se iba a presentar un testamento para su prueba legal. Pregunté a Moffgat si tendría que presentarme como testigo de ese documento, pero él actuó de un modo tan extraño que empecé a tener algunas dudas. Fui a revisar los archivos. El caso es que no tardé en imaginarme lo que había ocurrido cuando vi que presentaban un testamento fechado un año atrás y firmado por otros dos testigos… Me agarré a la rueda de la fortuna… Nada gordo, la verdad. Pero me convertí en agente de minas. Luego visité a Bradisson. Como por casualidad le dije que había conocido a su hermana y sido testigo de un testamento, hecho por ella días antes de fallecer. No tuve que decir más. Después, cuando sugería que la empresa adquiriera una de mis propiedades al precio que yo fijaba, el dinero llegaba en seguida. No forcé la cosa para que reventara, pero procuré que mis negocios fueran provechosos.

—Ahora —dijo Mason al fiscal—, convendría localizar al otro testigo del testamento, y sabríamos algo más sobre el asesinato de Clarke.

—El otro testigo se llama Craiglaw. Esperaba conmigo en la sala e hicimos una relación puramente casual. Todo lo que sé de él es que se llama Craiglaw y que tendrá unos cincuenta o cincuenta y cinco años.

—Hay otro aspecto de este asunto que nunca quedó aclarado —dijo Mason al fiscal—. Cuando Banning Clarke salió después de haber bebido el té envenenado, Moffgat trataba de conseguir que yo me comprometiera a que él declarase ante el juez. Moffgat iba a hacerlo personalmente. Habría sido lógico que Moffgat lo intentara, pero al parecer no lo hizo. Parece indicar que había pensado otra

cosa.

»En ese tiempo procedí un poco estúpidamente al no tener en cuenta la inteligencia de Moffgat. Creí que sería lo bastante torpe para dejar que se le escurriera un testigo que necesitaba. Pero Moffgat no era tonto. Tenía la suficiente astucia para saber que si me ponía la citación ante las narices, yo le haría una indicación a Clarke para que se escabullera. Moffgat habría entonces tenido un pretexto excelente para ir al jardín y entregarle la citación. Si le sorprendíamos allí, podría haber dicho: “¿Qué pasa? Vine aquí a entregar esta citación”. Pero si no le sorprendían, si nadie le veía entrar, si encontraba durmiendo a Clarke en la arena le bastaba oprimir el gatillo de la pistola y largarse. Advertí que el *sheriff* había averiguado dónde estaba cada uno en el momento en que fue herido el doctor Kenward, pero no en el caso de Moffgat. Éste había dicho que volvería a Los Angeles en su coche, y el *sheriff* Greggory tomó sus palabras al pie de la letra.

»Poco tiempo después, Moffgat procuró rescindir la venta del “Shooting Star Group” basándose en que había fraude. Recientemente habló de llegar a un acuerdo y conservar las concesiones. Hay una probabilidad de que Moffgat espiara a Clarke cuando éste trabajaba en la pared. O bien Moffgat manipularía la luz negra, con un aparato propio. Si proyectan un haz de luz invisible en la pared de piedra, comprenderán el sentido de estas palabras.

»Evidentemente, Clarke empezaba a sospechar algo de lo que había hecho Moffgat, algo relativo a la verdadera naturaleza de la “fuerza” que Small tenía sobre Bradisson. Creo que Clarke poseía ciertas pruebas definitivas contra los conjurados, pruebas que conservaba en su escritorio. Sé que habían sido escamoteadas estas pruebas. En efecto: sólo encontré un frasquito y un mosquito moribundo. Si Clarke hubiera encerrado el mosquito en el frasco el día en que redactó el testamento, el insecto habría muerto años antes de que yo tuviera oportunidad de verlo.

»Mire, *sheriff*: en su lugar, y teniendo un cuñado en Los Angeles, tan listo y sagaz como el teniente Tragg, sospecho que lo llamaría por teléfono para sugerirle la detención del abogado Moffgat, bajo la acusación de asesinato en primer grado y su huida del condado de Los Angeles a San Roberto, antes de que tenga ocasión de

presentar un “*habeas corpus*” o dar pasos para presionar a unos testigos.

24

Las sombras de la tarde formaban en el suelo del desierto charcos purpúreos, cuando Perry Mason y Della Street rodearon con el coche el último recodo de la cuesta y desembocaron en la meseta en donde Salty tenía instalado el campamento.

El minero salió al encuentro del coche en el momento en que Mason frenaba. Sus maneras reflejaron hostilidad y recelo hasta que reconoció el vehículo. Entonces se hizo cordial.

Mason y Della se apearon y estiraron las piernas entumecidas por el viaje.

—Le traemos algunas noticias —dijo el abogado— y después nos quedaremos aquí uno o dos días para purificar nuestras almas de esa supuesta civilización… ¡Nuestro asesinato se ha solucionado!

—¿Quién fue?

—El *sheriff* Greggory y el teniente Tragg están trabajando en ello en Los Angeles.

—Me refiero al crimen.

—¡Ah!… Moffgat mató a Clarke. Primero le pegó un tiro al doctor Kenward, creyendo que era Banning. Al advertir su error, averiguó su marcha y comenzó a buscarles a ustedes. Probablemente nunca les habría encontrado si, por casualidad, no hubiesen pasado ustedes bajo la luz de un farol situado a un par de manzanas del coche de Moffgat. Clarke había sido envenenado y usted trataba de que lo asistiera un médico. Al ir usted a telefonear al hospital, Moffgat no tuvo más que abrir la portezuela, entrar en la casa rodante, apretar el gatillo y huir. Ya ve usted si fue rápido y sencillo.

—¿Por qué lo mató? —preguntó Salty.

—Esa es la parte que le atañe a usted más directamente —

repuso Mason.

El minero lo miró, asombrado.

—La señora Clarke hizo testamento en diciembre del cuarenta y uno y murió en enero del año siguiente. Hayward Small fue testigo del testamento nuevo, y un tal Craiglaw. Los Bradisson sobornaron a Moffgat para que no hablara del segundo testamento y poder presentar a su legalización uno anterior. Éste se hizo antes de que Clarke diera a su esposa las acciones de la mina. En esa época la señora Clarke no tenía muchas propiedades a su nombre, de modo que todo lo dejó a su madre, a medias.

—Pero ¿por qué matar a Clarke? —preguntó Salty.

—Porque había descubierto una pista. Revolviendo algunos papeles de la muerta, encontró un diario, en el que con fecha cinco de diciembre, había escrito lo siguiente: «Fui a Los Angeles. Testigos: Rupert Craiglaw y Hayward Small». Este dato era todo lo que necesitaba para trabajar. Recordará que me dijo que iba a necesitarme para otro caso. El convenio con la Compañía minera y hacerme representar a la señora Sims en esa querella por fraude, eran excusas para darle ocasión de saber quién era yo. Un abogado lo había traicionado: No quería repetir la experiencia.

»Después del tiroteo y el envenenamiento de los Bradisson, Clarke creyó que su vida corría peligro. Todavía no se sentía inclinado a confiar en mí, pero en el caso de que le ocurriera algo, quería que yo siguiera adelante e hiciera justicia. Recordará usted que él conocía la gravedad de su estado y que tenía que planear todos sus movimientos teniendo en cuenta que podía morir del corazón a cada instante.

Salty arrancó un trozo de tabaco de mascar, que había sacado del bolsillo, cortó una punta con los dientes y la movió con la lengua hasta colocarla contra la mejilla.

—Moffgat volvió a casa después de haber asesinado a Clarke. Los Bradisson no estaban. Mi secretaria y yo estábamos durmiendo bajo los efectos de las drogas. Velma velaba a Kenward que, como recordará, había sido herido por un disparo de Moffgat.

»Moffgat registró el escritorio de Clarke. Habría destruido el testamento si no hubiese temido que Clarke me hubiera ya hablado de él. En este caso, al no aparecer el documento, yo podría haber sospechado la verdad. Pero Clarke había mencionado en su

testamento que la pista que me dejaba se hallaba depositada en cierto cajón de su escritorio: donde había dejado el diario de su mujer. Pero Moffgat, con diabólica astucia, sabiendo que buscaría algún indicio, y recordando lo que había dicho Velma con respecto al mosquito adormilado, aparte de que el propio Clarke lo citaba en el testamento, vació un poco de oro en un frasquito, cazó un mosquito y lo metió en ese recipiente. Luego lo dejó allí para que yo lo descubriera. El zumbido del mosquito adormilado era el que producía uno de esos aparatos de luz invisible, mientras Moffgat descifraba, a escondidas, el mensaje grabado por Clarke en el muro de piedra, o cuando espiaba a Clarke mientras éste daba los últimos toques al diagrama fluorescente.

»En su testamento, Clarke se lo deja todo a usted, Salty. Las acciones mineras colocadas a mi nombre las retendré como depositario suyo, aunque primero no me atrevía a admitirlo. Los bienes incluyen además todas las propiedades fraudulentas distribuidas entre los Bradisson.

Salty guardó silencio unos momentos. Su lengua comenzó a jugar con el tabaco que tenía en la boca.

—¿Cómo descubrió usted todo eso? —preguntó por último.

—El teniente Tragg detuvo a Moffgat en Los Angeles y encontró en su bolsillo el diario de la señora Clarke. En seguida deduje que ésta era la verdadera pista dejada por Clarke en el cajón de su escritorio. Conseguimos descubrir el paradero de Rupert Craiglaw, le telefoneamos y recordó la ocasión en que había servido de testigo. Engañamos también a Small y Bradisson obligándolos a hacerse mutuas recriminaciones. Esta fue la gota que derramó el vaso. Moffgat confesó.

»Bradisson se había cansado de que le sacaran dinero y también él quería eliminar a Clarke. Vertió arsénico en el salero usado por él y por su madre y se procuró luego un poco de ipecacuana. Madre e hijo lo tomaron y pretendieron tener exactamente los mismos síntomas que habrían tenido, de tomar arsénico. Fue un juego para desviar las sospechas de la policía, con vistas a lo que ocurría veinticuatro horas después, momento en que abrieron la bolsa de arsénico de Pete, se reservaron una parte y esperaron la oportunidad de ponerlo donde pudiera ingerirlo Small. Después de la reunión de dirigentes, los dos vieron la oportunidad. Vieron que

Dorina ponía una notita bajo el azucarero. Sabían que Small tenía la costumbre de tomar el té por la tarde. Cuando Jim vio que Small miraba la tetera, metió el arsénico en el azúcar. Su madre le hacía de pantalla con el cuerpo. Pero Small, por razones particulares no tomó té esa tarde. Jim no podía decir nada sin correr el riesgo de delatarse.

—¡Miserables! —exclamó Salty—. Si Banning me hubiese hablado de esa prueba… Bueno, las cosas ya no se pueden cambiar.

—Exactamente. Ya es caso concluido. Hay otros datos incidentales —dijo Mason—. Pero esos son los puntos principales.

—No tienen importancia los datos incidentales —dijo Salty—. Sospecho que usted, como yo, estará harto de crímenes. ¿Por qué no se acercan al campamento los dos, y tomamos algo? Lucille vendrá esta noche e iremos a la ciudad a casarnos. Pensé aplazar la boda por la muerte de Clarke, pero sé lo que pensaría él de todo eso; ¡se pondría furioso si nos casábamos!… De modo que decidimos ir los cuatro.

—¿Los cuatro? —preguntó Mason.

Salty se pasó el tabaco al otro lado de la boca.

—El doctor Kenward y la enfermera —dijo— decidieron ir a Las Vegas a casarse. Yo pensé que podía ir con Lucille. Bueno, voy a prepararles la comida. Esta noche tendremos banquete. Espero que Lucille llegue en cualquier momento.

Salty les volvió bruscamente la espalda y se dirigió al ennegrecido fogón, donde encendió fuego.

Mason se volvió a Della.

—¿Sabe una cosa? —dijo.

—¿Qué?

—Apostaría a que el sacerdote nos hace una tarifa reducida si casa tres parejas en lugar de dos.

Ella lo miró con melancólica ternura.

—Olvídelo, jefe.

—¿Por qué?

Los ojos de la joven miraron el amplio desierto que se extendía ante ella.

—Ahora somos felices —murmuró—. ¡Quién sabe lo que el matrimonio haría de los dos! Necesitaríamos un hogar. Yo sería ama de casa y usted buscaría secretaria nueva… Pero usted no quiere

hogar, y yo no quiero que tenga usted una nueva secretaria. Ahora está cansado. Midió sus fuerzas con las de un asesino. Se siente con ganas de casarse y quedarse en casa para siempre. Pasado mañana estará usted metido en un nuevo caso en el que andará loco, salvando la piel por un pelo. Así quiere usted las cosas y así las quiero yo. Nunca se instalará para vivir tranquilo, y yo no quiero que lo haga. Además, Salty no podrá dejar abandonado mañana el campamento.

Mason se acercó a ella, deslizó un brazo sobre sus hombros y la atrajo hacia sí.

—Podría rebatir toda esa argumentación, Della —dijo suavemente.

—Sin duda podría rebatírmela, jefe, pero aunque lograse convencerme, usted no podría convencerse, jefe. Y usted sabe que tengo razón.

Mason comenzó a decir algo, pero luego se contuvo y la estrechó todavía más. Quedáronse así, en silencio, contemplando un desierto en el que los picachos multicolores se bañaban en la luz solar.

—Además —dijo Della, riendo—, somos un par de curtidos veteranos que no podemos perder el tiempo en el amor cuando hay tanto trabajo por hacer… Salty necesita que lo ayudemos con ese fuego, y tal vez me autorice a hacer un poco de comida.

—Diez contra uno a que no, Della —dijo Mason.

—A qué no, ¿qué?

—Autorizarla a que le ayude en la cocina.

—No acepto apuestas. Vamos. Salty no pierde el tiempo admirando el paisaje, cuando tiene trabajo.

Se dirigieron adonde Salty estaba inclinado sobre el hornillo y lo vieron incorporarse. Luego se volvió a las cajas de provisiones, e hizo un alto para mirar el bello desierto.

Cuando llegaron junto a él, Salty dijo casi con unción:

—Haga lo que haga, siempre dedico unos minutos, a estas horas del día, a contemplar el desierto. Me hace comprender que el hombre es muy activo, pero que no es nada en comparación con el desierto. El desierto es la madre más gentil que puede tener un hombre, amigos míos, porque es tan cruel y tan implacable. La crueldad nos hace más cuidadosos y nos da mayor seguridad en nosotros mismos, y esto es lo que quiere el desierto. No quiere a los

débiles ni a los cobardes. A veces, cuando arde como un fuego y la reverberación parece querer cegar los ojos, uno solamente ve su crueldad. Pero luego, alrededor de esta hora, el desierto nos sonríe y nos hace comprender que su crueldad es realmente bondad, y uno puede entender su punto de vista, que es el verdadero.

F I N



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los seudónimos A.
A. Fair,
Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (*El caso de la mecanógrafa*

aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el seudónimo A.
A. Fair,
varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.

Notas

[1] Salado. < <